

Federico: No más silencio

JOSEFINA RILLON

ZIG-ZAG



FEDERICO: NO MÁS SILENCIO

JOSEFINA RILLON

ILUSTRACIONES DE
VERÓNICA RODRÍGUEZ



e-I.S.B.N: 978-956-12-2852-8.

1ª edición: diciembre de 2015.

Gerente editorial: Alejandra Schmidt Urzúa.

Asistente editorial: Camila Domínguez Ureta.

Director de arte: Juan Manuel Neira.

Diseñadora: Mirela Tomić Petric.

© 2015 por María Josefina Rillon Reyes.
Inscripción N° 251.612. Santiago de Chile.

© 2015 de la presente edición por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono 562-228107400. Fax 562-228107455.

www.zigzag.cl | E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio
mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,
microfilmación u otra forma de reproducción,
sin la autorización de su editor.

*Para todos aquellos
que nos miran con los ojos del alma.*

1 Yo, Federico, sigo siendo poeta

Gracias a que me puse las pilas con todo, y estudié como si fuera un clon del Choclo Quintana, uno de los más mateos de mi curso, logré pasar a segundo medio con puros azules en los exámenes finales.

La vuelta al colegio ha sido casi igual a la de todos los años. Digo casi, porque la mayoría de mis compañeros ha cambiado mucho. El Guatón subió como cinco kilos, al Quique le salieron quinientas espinillas y al Pelao por fin le aparecieron los bigotes, tantos que ahora se afeita día por medio.

Yo crecí algunos centímetros, aunque nadie se dé cuenta. Sigo igual de flaco, pero la espalda de todas maneras la tengo más ancha. Por eso, estoy seguro de que el entrenador me va a poner de titular en los partidos de básquetbol.

A De la Fuente, a Matías Hurtado y a Muñoz, no sé qué les pasó con el pelo. Hasta el año pasado eran totalmente chuzos y resulta que ahora son crespos.

La otra cuestión que nos ha cambiado a algunos en el curso es la voz, a veces nos salen gallitos cuando hablamos. A mí, por ejemplo, me pasa casi siempre. Otros, los más harmónicos ya parecen papás. Bueno, y todavía quedan unos pocos que nada de nada.

Las mujeres están igual. En las mañanas se saludan con puros chillidos. Después no paran de contarse todo lo que les ha pasado, desde que salieron del colegio hasta el día siguiente. Peor ahora que volvimos recién de las vacaciones y llegan a ahogarse de tanto hablar. Pero aunque se crean más grandes y prefieran juntarse con los de tercero y cuarto (porque, según ellas, nosotros somos unos cabros chicos) a mí me caen todas bacán.

Con las clases no ha pasado nada nuevo, siguen terrible de fomes. Lo que si ya nos advirtieron que serán mucho más peludas, son las pruebas. Aparte, los profesores interrogarán a cualquiera, sin aviso y con nota.

Al primero que calzaron ayer en física fue a mí. Aunque me estaban hablando en chino traté de

contestar, pero el Cholo, que ahora es mi amigo, cachó que no iba para ningún lado y, no sé cómo, pudo arreglárselas para soplarme y que no nos pillaran. Gracias a eso, zafé.

¡Ah! También empezaron con la cuestión chata de la PSU. En estas tres semanas de clases nos han repetido la misma lata: que se acabaron las irresponsabilidades y las flojeras, que debemos prepararnos a conciencia para obtener un buen resultado en la prueba, porque de eso dependerá nuestro futuro.

Ha sido tanta la tontera, que a varios en el curso les ha bajado por hacerse los maduros delante de los profesores y de las mujeres. Se la pasan hablando de preuniversitarios, promedios o cuánto puntaje necesitan para entrar a la carrera que quieren, pero son unos chantas, porque yo sé que no están ni ahí con eso. Cómo será, que hasta el nuevo profesor de biología, que es el más relajado de todos, en la última clase se fue en volada y nos habló la hora entera de la importancia de ser “alguien”.

—¿Cómo alguien, profesor? ¿Qué somos ahora, entonces? —le pregunté, confundido.

—Alguien, joven... ¿cuál es su nombre?

—Federico Martínez, señor.

—Bueno, Martínez, por alguien me refiero a que la sociedad espera mucho de ustedes. Se necesitan profesionales serios y preparados, que aporten con el fruto de su esfuerzo y trabajo para hacer este mundo mejor.

Algo entendí, pero eso del aporte no mucho. Porque si estaba hablando de plata, claramente la sociedad no podría contar conmigo. Se sabe que los poetas jamás han tenido ni uno, nuestra riqueza está solo en la inspiración y en las palabras bonitas.

Lo peor es que ese día el tema no terminó ahí. En la casa mi papá siguió con la misma, y a la hora de comida nos dio un tremendo discurso a mis hermanas y a mí. Però mi decisión estaba tomada y no pensaba cambiarla por ningún título universitario ni por un miserable peso. La vocación es la vocación, y la mía es la poesía, las musas y los versos. El problema es que por el momento no puedo llegar y decírselo así como así a nadie, menos a mi papá. Seguro que le da un ataque fulminante al corazón y hasta ahí no más llegaría con mis planes. Nada de escribir libros ni soñar con viajar por el mundo firmándolos. Además, por mi culpa nos quedaríamos huérfanos y mi mamá viuda. Para más remate, como soy el único hijo hombre, tendría que trabajar y mantener a la familia.

Lo mejor entonces, será seguir en las sombras. Pero como no pienso perder el tiempo pensando en la PSU, en las deudas, ni en la universidad, voy a ponerle con todo en lo que verdaderamente me importa: tener una musa de alma noble y pura. Que sea capaz de despertar en mí toda la inspiración que necesito para escribir versos llenos de sentimientos sinceros, profundos y románticos. En el fondo, una mujer que le dé sentido a mi vida de artista.

La Anita, mi vecina, aunque no lo supo nunca, fue la primera que llenó de esa fuerza mi corazón. Todo iba bacán con ella hasta que volvimos de las vacaciones. Mi musa dejó de ser la misma niña de mirada y sonrisa dulce a la que le hice grandes poemas. Llegó indiferente y agrandada. Tanto que, por su culpa, casi mando todo a la punta del cerro. Pero no, reaccioné a tiempo y me dije: “un artista jamás se deja vencer”, y menos yo, Federico Martínez, que sí o sí seguiré siendo poeta.

Por eso señores, estoy aquí, repuesto y preparado para salir en la búsqueda de una nueva fuente de inspiración, como lo hicieron miles de veces Neruda, Huidobro, Bécquer y los demás. Ellos no se hacían atado, la cuestión era simple: a musa muerta, musa repuesta y listo. Aunque se demoraran un poco, con esa actitud siempre les iba bien. Lueguito aparecía en sus vidas una nueva y vuelta otra vez a lo suyo: escribir, escribir y escribir.

Como al final ya sé que por ahora mi vida estará en manos del destino, a él le dediqué estos versos:

Destino

El destino es mi dueño.

Solo él sabe dónde y cuándo

llegará una nueva musa

a reinar en mis sueños.

Aunque el tiempo pase

esperanza tengo

que la vida me traiga

el regalo que espero.

2 La lista negra

Por mucho que yo esté concentrado en mi búsqueda, el mundo no para y menos en mi colegio.

La semana pasada empezó, como todos los años en esta época, la campaña para elegir nueva directiva para el Centro de Alumnos y se presentaron como siempre dos listas. Nunca me he metido ni he participado en nada, porque me dan mucha lata las elecciones, todas, hasta las de presidente de curso. Me cargan porque los que van de candidatos, de repente les baja la buena onda y nos hacen la pata solo para que votemos por ellos. Pero este año no pude correrme. Diego, el hermano mayor del Guatón Fernández, quería ser presidente por la lista uno. Eso también me habría dado lo mismo, si es que mi vida no hubiera estado en peligro.

El lunes estábamos con el Pelao y el Quique conversando en el recreo, cuando se nos acercó urgidísimo el Guatón.

–¡Hey!, necesito que me ayuden con la campaña de mi hermano. La competencia con la otra lista está peludísima, por eso, tenemos que jugarnos con todo para que él gane.

–¿Ayudarte en la campaña? –le contestó el Pelao– ¡Ah no!, yo esa cuestión la encuentro terrible de fome.

–Yo también –dijo el Quique, pero además la remató con un comentario bien pesado–. No entiendo para qué hacer tantas cuestiones, si ya se sabe que va a ganar la uno, porque el Chico Palma es seco.

El pobre Guatón se puso rojo de rabia y cuando iba a contestarle, apareció el propio candidato haciéndose el simpático, cuando nunca antes nos había pescado.

–Y, ¿qué onda?... ¡No los reconocí! ¡Crecieron caleta en el verano! –nos dijo el muy mentiroso.

–Seba, les estaba diciendo lo de la campaña.

–Bacán, entonces ¿todos me apañan? –nos dijo seguro de que habíamos aceptado.

–No, no quieren.

–¿Qué?, ¿me están molestando? –nos miró harto menos simpático– ¿Cómo que no quieren? Parece que no están cachando. Si gano a ustedes les conviene, porque mi programa es mucho mejor que el de ese enano. Pero les digo altiro –ahí levantó un dedo–, si pierdo no anden arrepintiéndose. ¡Ah! y además, por irse en mala, los voy poner en mi lista negra.

–A mí me da lo mismo si me conviene o no. Tampoco me importa estar en tu famosa lista –lo paró al toque el Pelao–. Yo no estoy ni ahí con estas cuestiones.

–Ni yo –le dijo el Quique.

–Ya, entonces, si así nos vamos, filo con ustedes.

Hasta ahí no más llegó la buena onda de Diego con ellos.

–¿Este parcito de egoistas son tus amigos, Rodrigo? –le preguntó al Guatón cuando ya se habían ido.

–Eee..., sí, un poco.

Faltaba yo, que obvio que por estar oyendo lo que hablaban no alcancé a atinar.

–¿Y tú, Martínez? –me miró fijo con una cara que de verdad me dio un poco de miedo.

–Yo..., eee..., yo...

–Sí, tú. ¿Eres igual de poco hombre y mal amigo que ellos? Y, ¿también te da lo mismo que pierda y estar en mi lista negra?

–No, no, es que... –traté de explicarme– yo no sirvo mucho para las campañas y esas cosas –no le pregunté eso de la lista; para qué, con lo enojado que estaba me iba a mandar quizás a dónde.

–¡Nada que ver, Fede! Rodrigo siempre dice en la casa que tú eres lejos el más aperrado del curso y que siempre estás en todas –¿En todas?, pensé. ¿De dónde sacó eso el Guatón?, cuando nunca me eligen para nada y me la paso puro castigado–, así que dale no más y apáñame. Te juro que no te vas a arrepentir.

Ni siquiera oyó cuando quise decirle que todo eso era chiva y que también me daba demasiada lata ayudar en las elecciones, porque el parcito ya estaba en la mitad del patio tratando de convencer a otro grupo de giles como nosotros.

Me fui pensando en todo lo que había pasado mientras caminaba a la sala. Primero, me enojé conmigo mismo por pavo y no haber reaccionado como el Quique y el Pelao. Además, estaba eso de estar o no en su lista negra. ¿Qué onda? Todo era raro, muy raro.

Durante el resto del día seguí preguntándome lo mismo, pero preferí no decir nada. Hasta que por fin, a última hora y gracias al profesor Villegas y a su clase de historia, me llegó la respuesta que necesitaba.

Estamos pasando el Imperio Romano y los caleta de emperadores que tuvo. Uno que era terrible de malo, Lucio Cornelio Sila, se inventó una lista negra. O sea, ahí empezó a anotar a cuanto compadre se atreviera a desobedecerle o hiciera algo que al perla no le gustara. Se picaba con ellos, les hacía la vida imposible, los torturaba hasta que los volvía locos y cuando ya no le servían, porque estaban enfermos, los echaba del imperio.

Entonces, estaba claro. Diego Fernández era un matón como el emperador romano. Y, de puro picado con los que no querían ayudarlo a ganar, los iba a torturar a punta de *bullying* y quizás qué cuestiones más.

Se me vino al tiro a la mente el pobre Guatón. ¡Qué brígido que tu hermano sea así de cruel! ¡Cómo podían ser tan distintos! Él, que a veces no más se le para la pluma, grita un poco y se pone mal genio, pero se le pasa al tiro.

Para resumir y hacerla corta: o ayudaba o me iba cortado. No tuve que pensarlo mucho. Ninguna posibilidad de dejarme caer en depresión por culpa de ese abusador. Ya es suficiente el sufrimiento que tenemos los poetas cuando nuestras musas miran para el lado o nos abandonan de un verano a otro. Y dejarme hacer *bullying*, menos todavía.

Total, pensé, como la campaña dura una semana no más, prefiero mil veces ayudar, a perderme en manos de un tipo así.

Cuando terminó la clase, Rodrigo salió corriendo de la sala y sin mirarme.

“¡Bien, se le olvidó!”, me dije, pero... ¡qué pena! En la puerta estaban los dos hermanitos Fernández esperándome. Reconozco que cuando los vi, tuve miedo. Alcancé a imaginarme

alguna de las cosas que podría hacerme ese compadre mala leche. Sin esperar que me hablaran les dije rápidamente que sí, que sí los iba a ayudar.

–Bien, Martínez, no te vas a arrepentir –dijo Diego, junto con darme un palmetazo en la espalda que me dejó sin respiración.

–Ya sé –le respondí. ¡Obvio que lo sabía!

La cosa es que empecé a trabajar en la campaña del sanguinario candidato de la lista uno.

Mi pega consistía en hacer lo mismo que ellos: ir por el patio buscando a los grupos que estaban conversando. Hablarles maravillas de la lista uno y de todas las cosas buenas que tenía el futuro presidente. Sabía que eran puras chivas, pero cuando me acordaba de la depresión y el *bullying*, se me quitaba de una el cargo de consciencia.

En el primero casi no me pescaron, mejor dicho, fueron súper pesados. Después seguí con dos más y pasó lo mismo. Cada vez que el Pelao y el Quique me veían, no paraban de reírse.

“¡Supieran”, pensaba yo, “de la que me estoy salvando!” En cambio ellos ni siquiera sospechaban que, como dicen en las películas, habían firmado su propia sentencia de muerte.

El miércoles me acerqué a varios más. Fue peor. A nadie le importaba qué lista ganara. Qué ganas de decirles que a mí tampoco, pero que de sus votos dependía mi salud mental, mi futuro de poeta y que me quedara en el colegio.

El jueves, como era el último día, tenía sí o sí que cambiar de táctica. La única alternativa era engrupir, pero engrupir firme. Total igual tenía que confesarme por todas las chivas que ya había metido, entonces unas pocas más ya me daba lo mismo.

Les dije que si ganaba Fernández, iban a poner música en los recreos. Que los terceros y cuartos tenían permiso para tomar café en las salas durante el invierno y que a fin de cada semestre haríamos un tremendo asado solo para la media. Por último, se me ocurrió lo mejor. En los grupos que había más mujeres les dije que los viernes podíamos venir con ropa de calle.

Las caras de felicidad eran increíbles.

–¿La dura?, ¿verdad?

–Obvio –les contestaba yo, súper seguro–, por algo somos la mejor lista.

Con esa tremenda idea, solos se fueron pasando el dato y yo no tuve que pasearme más.

Por fin llegó el viernes y las elecciones. No estaba ni ahí con el resultado. Ganara o perdiera, con la pega que había hecho, me había salvado de estar en la lista negra, del *bullying* y de la depresión.

La votación fue rápida. Al principio, iba ganando lejos Palma. La cara del matón estaba cada vez más pálida y la de mi amigo igual, hasta que quedamos empatados. Después era uno para cada una y todos aplaudían sus votos. De repente empezaron a salir solamente para la lista uno.

¡Habíamos ganado!

Diego Fernández, abusador y todo, ya era el presidente.

Yo, más que chato con el tema de las elecciones, me fui a la sala. Quería arreglar mis cosas para ser el primero en salir cuando sonara el timbre. Entré y había algunos compañeros conversando.

–¡Buena, Fede, ganó tu lista! –mandó un tremendo grito Matías.

–¡No es mi lista! –le contesté enojado. Sabía que si les daba jugo no saldría nunca del colegio.

–Ya, pero que le pusiste para que saliera, le pusiste.

–Nunca tanto –no quería hablar más del tema, así que tomé mi mochila y me fui.

A la hora de comida, la Cata habló de las malditas elecciones otra vez. Contó cómo había sido de pelea la votación y todo lo demás.

–Felicitaciones, mi amor, ganó tu lista.

–¡No quiero que me digan más eso! ¡No es mi lista, mamá!

–¿Cómo que no?, si te la pasaste engrupiendo toda la semana para ganar votos –dijo la Cata.

–Sí, pero no lo hice para que ganara.

–¿No? Entonces ¿para qué?

–Por otra cosa.

–No entiendo, Fede –interrumpió mi papá.

–Lo hice para que el hermano del Guatón no me hiciera *bullying* ni me torturara, como el romano maldito.

–¿De qué estás hablando, Federico? ¿Qué romano? Y, ¿quién te iba a hacer *bullying*? –con mi respuesta, no solo él dejó de comer, los demás también. Igual era difícil explicarlo y quizás ellos no entenderían por qué me había vendido, ni por qué lo primero para mí era proteger mi cabeza y mi corazón. Porque nadie, excepto mi mamá, sabía que yo era poeta.

–Lo que pasa es que él dijo que si no lo ayudaba, me pondría en su lista negra.

–Ya, pero ¿qué tiene que ver con el *bullying*?

–¿Cómo qué tiene que ver? Tiene que ver porque... –ahí les conté lo de la clase de Villegas y del emperador romano– los que caen en esa lista los torturan y los vuelven locos, o sea les hacen *bullying*, que es lo mismo.

Jajajaja... todos se largaron a reír. Yo me enojé, porque no entendía dónde estaba el chiste.

–Tranquilo, Federico, veo que te confundiste un poco –empezó a explicarme el papá, aunque trataba de no reírse-. Cuando las personas dicen: “te voy a poner en mi lista negra” es solo un decir, no es más que eso. Da lo mismo. Todo el mundo lo usa cuando se espera algo de otro y ese otro no cumple con lo esperado. ¿Entiendes? Pero nadie tortura ni vuelve loco a nadie por eso.

Quería que se acabara luego la comida, el día y esa maldita semana, y borrar de mi vida las palabras elecciones, lista y, obvio, negra.

3 Sssscupa no má

Por más que quisiera, el color negro y las torturas no me dejaron tranquilo. Ahora la culpa la tuvo una maldita muela. La muy desgraciada no me dejó dormir en toda la noche. Al principio ni la pesqué, pero de a poco el dolor fue cada vez más brígido. Cuando me levanté, yo parecía la mutación del pez globo. Tenía un lado entero de la cara hinchado. ¡Entero!, desde el ojo hasta la mitad de la boca.

Entré a la pieza de mis papás para que me dieran algún remedio.

–¡Fede!, ¿qué te pasó en la cara? –me preguntaron a coro.

–Es una muela. Me duele demasiado –les dije como pude.

–¡Pobrecito! Tengo que llevarte ahora al dentista –mi mamá se levantó de un salto. Sin ducharse se vistió y fue a buscar la cartera. De repente paró en seco–. ¡Ay, qué tonta, hoy es domingo! El doctor Newmann no va a la consulta, pero no importa, yo voy a averiguar dónde atienden urgencias dentales.

Hizo varias llamadas mientras yo me ponía una bolsa de hielo en la cara.

–¿Qué onda, Fede?, ¿qué te pasó? –era la cínica de la Paula haciéndose la loca, porque ya nos había escuchado.

–¡Ándate! –traté de gritarle, pero entre la saliva, el agua de la bolsa y el dolor, no se me entendió nada. Y obvio, ella se largó a reír con todo.

Por fin, mi mamá dio con una clínica y, aunque quedaba súper lejos y nos íbamos a demorar un montón, fuimos igual.

En cada lomo de toro sentía que me clavaban un cuchillo en la mitad de la muela. Hasta lágrimas me salieron de puro dolor. Cuando llegamos, estaba igual o más hinchado y también un poco más ciego, por eso pude ver solo la mitad de la casa donde estaba la famosa consulta.

¡Era horrible! Por fuera, la pintura estaba desteñida, manchada y las paredes llenas de grietas. Se notaba que después del terremoto del 27 de febrero, nunca nadie le echó una manito de gato a la pobre.

–Es lo que hay, Fede –dijo mi mamá, adivinándome el pensamiento.

Entramos. Con mi lado bueno, alcancé a ver a unas cinco personas en la sala de espera. Casi todos con los cachetes hinchados y las mismas caras de dolor que la mía. Pero caché a una niña como de catorce años, apoyada en la pared durmiendo y, aunque no hacía frío, tenía una tremenda bufanda negra enrollada en el cuello. Era la única que se veía de lo más bien.

Al lado de ella, también durmiendo, había un pobre viejito con la misma cara sufriente que nosotros.

Mientras caminaba con la cabeza chueca hasta unas sillas que habían desocupadas, mi mamá se acercó a la secretaria y le explicó mi situación.

–Buenos días, señorita. Traigo a este niño para que lo vea urgente un médico. Pasó toda la noche con mucho dolor de muela y mire como está ahora –le dijo con voz de drama para que la cosa fuera rápida.

–Sí, así lo veo, pero toda esa gente –le mostró con un dedo– está en la misma o peor que su hijo. Aquí viene un puro doctor los domingos, así que van a tener que saber sacar número y esperar no más– le contestó bien pesada mientras escribía.

¡Qué lata!, pero tenía que seguir aguantando.

Había una mesa con un montón de revistas viejas. Mi mamá sacó una y me pasó otra. Le dije que no moviendo la cabeza, porque prefería dormir.

Traté, y aunque los chorrocientos remedios que había tomado ya me estaban haciendo efecto, fue imposible. Tenía justo al frente mío a la niña de la bufanda negra, y con mi lado bueno alcanzaba a verle por lo menos la mitad de su cara.

Era bonita. Sí, muy bonita.

Pensé que tenía que ser demasiado buena onda para estar un domingo en la mañana acompañando a su abuelo... ¡Se pasó! Eso lo hacen solo las personas generosas y sensibles. Además, mirándola mejor, me gustó mucho como dormía; estaba tranquila y relajada. Despierta, me dije, deber ser igual de piola.

Así se me olvidó dónde estaba y me quedé mirándola –no, mejor dicho, contemplándola– un montón de rato e imaginando cómo sería su voz y de qué color serían los ojos. De repente, a lo lejos, oía el pito de la pantalla cuando cambiaba de número. Hasta que algo raro me pasó. Sentí una voz que me hizo volver. Esperé un rato para que fuera más clara. Y sí, cuando volvió, la reconocí. Era mi voz interior que me decía sin parar:

–Es ella, ella..., ahí está, acércate..., anda..., anda.

Ya sé que cuando pasa eso, los poetas no debemos pensar mucho, debemos obedecer de una. Las cosas del corazón, del alma y de la inspiración son así, vienen de repente. Pero esta vez encontré que la voz estaba exagerando un poco, así que me quedé sentado.

Mi único ojo siguió pegado en ella. Ahora, según mis cálculos, debía venirme un poco de ahogo o cualquiera de esas cosas que me han pasado cuando he estado al frente de una niña así. Pero no, todavía no me pasaba nada. Entonces pensé que por la poca experiencia que tengo en esto de encontrar musas, quizás no solo había que sentir, sino también había que esperar algún signo o algo que le diga a uno que la posibilidad está cerca.

Volví a esperar.

De repente, me llegó la luz. Bueno, más que luz, oí una voz chillona. Era la secretaria que llamaba al abuelo de mi posible casi nueva musa.

–¡Caballero, caballero! –lo llamaba con voz fuerte.

Nada. El “caballero” ni se movía. Y la nieta, menos.

–¡Hey, don Gerónimo, le toca!, ¡despierte! –insistía.

Ninguno de los pacientes se paró. Con eso caché que de todas maneras era la señal y al toque atiné. Quizás, si ella me veía ayudando a su abuelo, se fijaría en mí. Ya sin dolor, pero igual de hinchado, ciego y con la cabeza doblada, fui a su asiento. El pobre roncaba. Le moví el hombro, pero no me pescó. Me acerqué y le hablé al oído. Siguió inmóvil. Empecé a subir el tono. Y aunque casi le grité, el abuelo parecía muerto. Mejor, porque en vez de que él abriera los ojos, desperté a la nieta. Ella, asustada, dio vuelta la cara para ver qué estaba pasando. Fue ahí cuando más que una señal, sentí que una roca gigante me caía en la cabeza. La supuesta bella posible futura nueva musa, tenía el cachete mil, pero mil veces peor que el mío. Además, tenía la boca tan chueca que con la saliva había mojado toda la bufanda negra.

Me quedé tieso y helado. Si hasta se me olvidó por qué estaba ahí.

–¿Q...quépa...ss..? –preguntó todavía medio dormida y sin poder mover los labios.

–¡Oye!, es que ... –traté de hablar y disimular como pude mi impresión– ¡le toca a tu abuelo!

–¿Ah?, ¿qué?, ¿qué abuelo? –me habló toda enredada.

–Que le toca a tu abuelo –le repetí–, el señor que está aquí –se lo mostré, pensando que en una de esas con tanto dolor y la hinchazón había perdido también la memoria.

–No...ten...do a...vuelo. Essestoy spedando... uda dadioo... grafi... a –le pude oír mientras se limpiaba un poco la boca con el pañuelo que tenía en la mano, pero a los dos segundos estaba igual. Se acomodó y siguió durmiendo.

Con la conversación, el caballero que ya no era abuelo, por fin despertó, y sin mirar a nadie, se fue caminando a la consulta.

Muy confundido y todavía helado, volví a mi silla.

Primero tenía que descongelarme y después pensar.

Las musas también tienen muelas, igual que los poetas, a ellas también les pueden doler. Por eso yo no podía olvidarme de ella y abandonarla así como así con la primera enfermedad. Quizás, traté de convencerme, mi mamá tenía razón, que a veces nos equivocamos al ver en las personas caras y no corazones. Si era así, la niña en verdad era generosa, buena y todo lo que quieran, pero... pero...

Decidí que lo mejor sería borrar la imagen de su cachete hinchado, de la bufanda negra mojada y seguir mirándola como antes. Me concentré en eso, pero no, no pude, la mente se me iba.

Por fin, el viejito desconocido salió y entramos nosotros.

El doctor tenía cara de pesado, y era pesado.

–Siéntese y abra la boca –me dijo, apurado. Traté, pero me dolía tanto que no pude.

–¡Abra, abra! –volvió a decirme mostrándome una manguera. Apenas moví los labios, él empezó a echarme agua –Ahora, “ssscupa no má, ssscupa no má”.

Tampoco pude escupir porque me había tragado el agua, entonces el doctor, más enojado y más chato conmigo, volvió a echarme agua y a repetir lo mismo. Menos mal que me resultó, si no, con la poca paciencia que le iba quedando, era capaz de abrirme la boca con sus propias manos para que la botara.

Mientras tomaba el agua y escupía, tenía dos cosas en la cabeza: una, la bufanda negra mojada con saliva de mi supuesta casi (pocas posibilidades) nueva musa, y la otra, me la imaginaba haciendo lo mismo que yo. Tomando agua y ssscupiendo no má.

El doctor me puso la anestesia. Esperó súper poco y empezó a taladrar como si mi pobre muela fuera una pared de piedra. A cada rato, después de echarme agua con la famosa manguerita, repetía lo mismo: “ssscupa no má” y yo, dale con tragarme el agua, acordarme de la niña, de su cara hinchada, la boca caída y... la bufanda mojada.

La tortura duró un buen rato, hasta que el doctor miró a mi mamá y le dijo que estábamos listos.

–Por hoy al menos, tiene que comer alimentos blandos porque la carie era muy profunda y la amalgama demorará en secar.

–Por supuesto, doctor –dijo ella, y yo moví la cabeza de arriba abajo.

Crucé los dedos para que mi ninguna posibilidad de nueva musa siguiera durmiendo. Pero no, estaba despierta y bien despierta.

Mi mamá se adelantó y fue a pagar.

Cerrado. Ella no era, ni sería nunca mi musa, pero igual me sentí un poco culpable. Entonces, como era lo mínimo que podía hacer, y para salvar mi honor y consciencia, me acerqué a advertirle lo que pasaba adentro.

–Oye, cuando el doctor te eche agua, no se te ocurra tragártela. Tú ssscupela no má.

No esperé que me diera las gracias y me fui.

4 Gringa chanta

Después de esos días negros que pasé con las elecciones, la maldita muela y la niña de la bufanda mojada, mi vida volvió a ser la de antes, pero me juré que nunca más iba a dejar que la ansiedad o los dolores me confundieran. Los poetas podemos sobrevivir, por un tiempo, sin musas; así que tengo que mantener firme la esperanza de que llegará, sí, llegará. Entonces, ese día, su luz despertará la fuerza de mi inspiración. Por eso me repito todos los días: paciencia, Fede, más paciencia, Federico.

Con este juramento, me ha ido de lo más bien. Tanto, que ayer llegó una compañera nueva al curso. Viene de Canadá, pero es chilena. Cuando la vi, por un segundo, pero por un solo segundo se me pasó por la cabeza que quizás había llegado el momento, pero por suerte que los segundos son eso, y no duran nada, porque la gringa pesaba menos que un paquete de cabritas.

La cuestión es que se llama Adriana, pero quiere que le digamos Adrienne, igual que sus amigos de allá. Estuvo tres años viviendo en Toronto, hasta que la empresa en que trabajaba el papá quebró y tuvieron que saber volverse. Según ella, ha sido lo peor que le ha pasado, porque estaba tan acostumbrada que se sentía una canadiense más. Aparte, nos dijo que no estaba ni ahí con Chile.

¿Cómo tanto?, ¡qué exagerada!, pensamos todos cuando la oímos decir eso. En tres años nadie puede olvidarse así como así de su país. ¡Puras chivas!, pensamos, lo decía para hacerse la bacán no más. A las mujeres les encanta eso de ponerle color a todo, así que filo con el comentario.

Al principio, los muy barsas le dijimos que bueno a eso del nombre, sin sospechar lo difícil que era achuntarle a la pronunciación. Nos enseñó cómo se decía, pero tuvo que repetir mil veces que se marca bien la “dri” junto con hacer unos górgoros en la garganta para que suene perfecto. A todos nos ha costado caleta, por eso, cada vez que alguno se equivoca, mueve la cabeza con cara de asco.

Para llamar más la atención todavía, habla mitad castellano y mitad inglés, porque, según ella, se confunde, ¡jaaaa!

Los primeros días la muy patuda creyó que podía hacer cualquier cosa por ser nueva, tanto que cuando entró a la sala, sin conocer a nadie, preguntó:

–¿Cuál de las mujeres es *the best student*?, ¿la que tiene mejores notas?

Verdugo le contestó que era la Vale Pinto y le mostró su banco. Para allá partió y, sin decirle nada a nadie, puso la mochila arriba del escritorio de al lado, o sea en el de la Fran Díaz, que al igual que yo, anda a patadas con los cuatro y por eso se sienta ahí. Cuando la pobre se dio cuenta de que le habían quitado su puesto, en vez de enojarse, ordenó sus cosas y se fue al único lugar desocupado que había al fondo de la sala. Es que de todas las compañeras, ella es lejos la más generosa y buena onda.

Los primeros días vino con ropa de calle, hasta que le compraron el uniforme. Llegaba a clases ultra producida y las mujeres la miraban de arriba abajo sin disimular nada.

En un recreo oí cómo le hacían miles de preguntas sobre moda. La gringa contestaba toda sobrada y haciéndose la interesante.

–Oye, Adriana –preguntó inocente la Florencia–, ¿cómo se usa el pelo allá?

–Dime A-dri-a-nne, con “dri” –le explicó– bueno, *now*, ahora, corto, así como el mio. *Nobody* tiene el pelo largo –mirándola de arriba abajo–. Está totalmente *out, out*. ¡Se ve horrible!

La respuesta fue entera desubicada para la Flo y para todas las demás que estaban escuchando, porque acá se la pasan midiendo y comparando quién tiene el pelo más largo.

Cuando la llevamos a almorzar al casino, antes de sentarse, nos preguntó una cuestión muy rara.

–*I suppose*, me imagino, que aquí *food is organic*, orgánica.

–¿Orgánica? –repitió Matías– O sea..., así como orgánica orgánica, no.

–Es que todos los días cambian el menú, entonces nunca sabemos qué va a tocar –seguí yo, porque todos se miraron y nadie le contestó. A mí me sonaba un poco eso de orgánica, pero no sabía qué era. Tampoco le iba a preguntar, así que le contesté cualquier cosa, antes de

quedar como idiotas frente a la sabelotodo-. Pero Adri.... –ella terminó el nombre–, cuando aquí no hay, nos vamos al quiosco. Siempre tienen un montón de cosas ricas y son mucho más baratas.

–*Well, ok, let's go. Vamos, I want to have lunch there.*

Antes de llegar, supimos por el olor que todo nuestro almuerzo estaba calentándose en el horno.

–¿Qué quieres comer tú Adrienne? –le preguntó el Pelao todo caballero y pronunciando por primera vez bien el nombre.– Hay hamburguesas, empanadas, pizzas y chaparritas.

–*What? ¿Qué? ¡Oh, no! My God! Estas mugres are not organic. No, no, this is poison. Poison!*, puro veneno, ¡veneno! –nos dijo gritando, desesperada y con cara de pánico.

La señora María, dueña del quiosco, se puso blanca y no sabía qué decir. Los que ya habíamos empezado a comer, llegamos hasta ahí no más después de oír eso de la *poison*, que en verdad le sonó a satánico y mortal.

–¿Pero si están recién hechas, cómo van a estar malas? –le pregunté sacándome la hamburguesa de la boca y mirando a los demás que quedaron igual de asustados que yo.

–¿De dónde? Nosotros comemos lo mismo hace caleta de tiempo y no nos ha pasado nunca nada –trató de arreglarla el Quique con su chaparrita en la mano, pero con cara de duda.

–*Of course*, ustedes ya tienen *that poison*, recorriéndoles *your body*, and *you don't feel it*, no se dan cuenta de que eso *it's killing you*, matando *little by little*. Apuesto que *you feel more tired*, están más cansados; les han salido cosas raras en la cara, como espinillas, granos, and *other things*. También el pelo cambia con el veneno. Hay casos que hasta... –no siguió porque yo volví a interrumpir.

–¿La dura?, entonces, según tú, ¿ya estamos envenenados? Y, ¿cuánto se demora el efecto hasta matarnos?

–Cállate, Martínez, no la pesqué. Son puras tonteras, puros rollos no más. Imagínate los millones de muertos que habrían en las calles si fuera verdad –me contestó el Guatón que fue el único que nunca le creyó y le dio un tremendo mordisco a su pizza.

Pensé que mi amigo podría tener razón y casi hice lo mismo con la hamburguesa, pero paré en seco cuando me fijé que el Quique tenía las espinillas más grandes y rojas. Que la Florencia

estaba súper flaca y que todos los días dice que está muerta de sueño. Las ojeras de Hurtado, a parte de negras como siempre, ahora se veían infladas. A Gutiérrez le encontré algo raro, no sé qué, pero estaba distinto. Bueno, y yo para qué decir; ya ni me muevo cuando suena el despertador. Entonces no lo pensé más y boté mi almuerzo “envenenado” a la basura.

Pero la gringa siguió dando jugo.

–No sé ustedes, pero *I need to eat, quickly*, rápido, no puedo quedarme sin comer –nos dijo mirando el reloj.

Cada vez se ponía más histérica y chata la famosa Adrienne, pero en el colegio nos han enseñado a recibir bien a los nuevos, sean como sean, así que tuvimos que apañar no más.

–Y, ¿qué puedes comer entonces? –le preguntó la Fran.

–Verduras y frutas sin ningún tipo de fertilizante. También semillas y frutos secos.

Todos nos miramos. ¿De dónde íbamos a sacar cuestiones tan raras?

–Yo traje un plátano –le ofreció la Xime–, y vi que la Sole tenía una naranja, ¿te sirven?

–Puede ser, por último tienen cáscara.

–¡Ya sé dónde hay semillas! –dije, apurado, después de que se fue la Xime, porque me acordé que don José, el portero, tiene un canario y debería tenerle comida; entonces me podría dar un poco de esas semillas. No pregunté nada y partí.

Nadie más se movió.

No sé cuánto me demoré en dar mi vuelta maratónica por el colegio hasta encontrarlo. Se las pedí y me fui corriendo de vuelta. Cuando llegué, todos los giles le echaban aire a la muy patética. Le bajó con que por el hambre, ya no tenía ni fuerzas para respirar.

–Aquí tengo las semillas –se las pasé.

–Pero... *oh my God!* ¡Esto es alpiste! *I just eat* semillas de calabaza, girasol o sésamo, ¡no alpiste!, eso es para los pájaros, *you idiot* –me gritó la muy pesada.

¿Cómo iba a saber esa cuestión? Para mí todas las semillas se podían comer.

La señora María estaba oyendo y para ayudarme un poco, tomó una bolsa de maní salado y cuando se lo iba a pasar, yo la paré.

–¡No!, no le de... o le va a gritar –ella movió la cabeza y despacito me dijo que sí, que no me preocupara porque el maní era un fruto seco.

¿Fruto seco? Tampoco cachaba que el maní tuviera ese nombre.

Pero la perla los miró y dijo que la sal era veneno para su *body*. Después se anduvo arrepintiendo y se los comió todos. La señora María, de puro buena onda, le pasó otra bolsa y también se la devoró.

Al poco rato, la Xime llegó con un plátano medio negro en la mano. Ella casi no le dio las gracias y en dos mascadas se lo tragó entero.

Así que después de ese “*show* orgánico” que nos hizo la famosa gringa, ni las mujeres ni nosotros la pescamos más. Ahora anda de lo más piola y, según Hurtado, el otro día la vio escondida detrás del quiosco comiéndose una empanada.

Los únicos que todavía le contestan en inglés, como le gusta a la *lady*, son Verdugo y el Choclo.

Igual, aunque me costó reconocerlo, seguí pensando en eso de que la Adrianne se creyera canadiense, aunque fuera chilena como los porotos con rienda. Tanto que una noche me bajó la inspiración patriótica. Fue tan fulminante que le escribí este poema a mi Chile querido.

A mi patria

Nunca he estado lejos

de mi patria y de mi tierra,

pero de solo pensarlo

mi alma se aprieta.

¿Cómo vivir sin cordillera,

sin campo, sin mi estrella?

Este corazón patriota

no sería el mismo sin ellas.

Juro sobre mi bandera

que si algún día,

estos pies me llevaran

a otras playas o mesetas,

jamás cambiaré mi patria,

ni el color de mi bandera.

¡¡ VIVA CHILE!!

5 ¡Dale oh, dale oh, dale oh!

Aunque mi juramento seguía en pie, después de tantos días esperando que apareciera en mi camino la musa que necesitaba, empecé a bajearme. Lo poco que había subido las notas en estos meses, lo bajé todo de una. Me volvieron a llover las anotaciones por irresponsabilidad y distracción. ¿Cómo no?, si pasaba y pasaba el tiempo, y de luz inspiradora, nada de nada. Entonces las únicas preguntas que me hacía todo el día eran ¿qué iba a ser de mí?, ¿cuánto más tendría que esperar?, ¿dónde?, ¿cuándo? Que sí... que sí no...

—¡Volvimos a las andanzas, señor Martínez! —me dijo el inspector cuando me entregó la cuarta papeleta del mes.

—No, inspector, han sido puras injusticias.

—Claro, por supuesto. Se me había olvidado lo dura que es la vida para usted. ¡Pobre inocente!, ya, váyase será mejor.

Pero como a nadie le falta Dios, por fin el destino quiso darme una oportunidad y gracias al campeonato interescolar de atletismo mi esperanza volvió con todo.

Aunque el colegio tiene dos atletas más o menos pasables, Guillermo Gálvez, de nuestro curso, y otro compadre de octavo, vamos igual. Fabricio, el entrenador, dice que algún día se nos van a dar las cosas. ¡A dónde!, si llevamos como diez años soñando con lo mismo y yo creo que ni en cien se nos van a dar.

En la otra competencia, la que hay entre las barras, también nos va pésimo, pero al rector le da con que ese es nuestro fuerte y no pierde las esperanzas de ganar o por lo menos salir entre los tres primeros. Por eso, todos los alumnos tenemos la obligación de ir al estadio los dos días que dura la lata. Contratan buses especiales y hasta nos regalan el picnic. ¿Para qué?, para asarnos de calor, quedar afónicos por tanto gritar, y de premio, nada. Nunca nada, cero.

¡Ah!, pero pobre al que se le ocurra faltar, porque la amonestación no se la quita nadie. Yo, aunque lo encuentre rancio, no alego y voy no más. Tendría que ser demasiado tonto para dejar que me anoten por eso y después me suspendan. Con lo del colegio tengo de sobra.

El centro de alumnos se encarga de organizar la barra. Este año, Diego Fernández, como está recién elegido, se la jugó con todo. Compró gorros, banderas e hicieron millones de plumeros. Bueno, más bien obligaron a los cabros chicos a hacerlos.

Ellos también son los jefes de la barra y, obvio, se creen los grandes. No paran de darnos instrucciones y mandarnos todo el rato. La cuestión es saltar como monos y gritar sin parar: ¡DALE OH, DALE, DALE OH! DAME LA C, DAME LA U y así, las dieciséis letras que tiene el nombre del colegio. ¡Dieciséis! Yo, desde la quinta me quedo callado y solo muevo la bandera o el plumero.

Les encanta hacer la ola cantando las mismas canciones fomes de siempre. Dicen que así, marcamos presencia.

Más apuesto todavía, son los profesores. Igual que nosotros, van obligados por el rector. No dejan que nos movamos ni un minuto de los asientos: “La barra nunca debe quedar sola, porque nos bajan puntos”. Solo a la hora de almuerzo podemos salir donde queramos. Por eso el sábado al Pelao, al Quique y al Guatón, se les ocurrió recorrer el estadio para conocer niñas de otros colegios. No me motivó para nada la idea. Estaba muerto de calor y prefería ir almorzar a los pasillos que hay detrás de las galerías, que es el único lugar donde hay sombra. Pero fueron tantas las cosas que me dijeron, que lo pensé un poco más. En verdad, entre quedarme solo como los *losers* o ir, fui.

Primero estuvimos sentados en la barra de un colegio de mujeres que había como a tres lugares del nuestro. Esperamos un rato por si alguna nos pescaba, pero ni nos miraron.

Lo mismo pasó en las dos siguientes. Nada, pero ninguno arrugó.

Cuando llegamos casi al otro lado del estadio, vimos por fin una barra donde la cosa se veía mejor. Había tres grupos de niñas sentadas en distintas partes. Las de más arriba eran como de cuarto o tercer medio. Altiro cachamos que no había ninguna posibilidad con ellas, así que filo. Otras súper enanas al medio, filo también. Pero justo delante de la reja que da a la cancha, había cuatro niñas que parecían de nuestra edad.

—¡Vamos! —dijo el Guatón, y partimos al toque.

Hablaban y se reían mientras se pasaban un paquete de papas fritas.

El Pelao, haciéndose el choro y creyendo que se las sabe todas, fue el primero que las saludó:

–¡Hola! ¿De qué colegio son?

–Ahí está el cartel –le mostró la que estaba sentada primero con cara de lata.

–Del San Esteban Mártir –contestó hartito más simpática la del medio y siguió comiendo. Las otras se reían.

–¡Ah! , nosotros del Cuarto Centenario –se metió el Quique, sin que nadie le hubiera preguntado.

–¿Cuál es ese?

–Es que no es muy grande y tampoco nos nombran en los primeros lugares, porque el atletismo no es el fuerte del colegio. Pero somos secos en fútbol y en básquetbol.

Cuando dije eso, aunque sabíamos que era puro grupo mío, los otros tres también pusieron cara de sobrados.

–¿Cómo se llaman? –ahora, el canchero fue el Guatón.

–Carolina, Verónica y Luz María –se nombraron de a una.

–Y yo, Sofía –dijo una con pecas, que estaba sentada al final de la fila y aunque estaba un poco más lejos y tenía el sol en contra, la encontré bonita y su nombre también me gustó al tiro.

–¿Almorzaron? –nos preguntó toda coqueta una media colorina.

–No, pero tenemos unos sándwiches y cuando se desocupen los quioscos vamos a ir a comprar bebidas y algo más.

–Si quieren, yo tengo otro paquete de papas fritas –ofreció la Sofía y mientras lo buscaba en su mochila, yo no le saqué los ojos de encima.

–Toma –estiró el brazo y movió la cabeza para entregármelas. Mientras las recibía ella me miró fijamente a los ojos. En ese segundo volví a sentir lo que hacía tantos meses esperaba; dejé de respirar, el corazón se me congeló y en la guata se me hizo un hoyo gigante. Por último, pensé que todo el mundo desaparecía, menos nosotros.

El Guatón me la quitó de las manos, ¡menos mal! porque con eso reaccioné, si no se me habrían caído todas las papas al suelo.

Le di las gracias, aunque todavía no me entraba bien el aire, pero antes de atreverme a hablar, caché que mis amigos estaban en lo mismo con las otras niñas.

–¿En qué... en qué curso estás? –partí un poco tupido.

–En primero y ¿tú?

–En segundo.

–¡Ah! Y, ¿siempre has estado en el mismo colegio? –me preguntó.

–Sí, desde Kinder.

–¡Qué suerte! Yo no. Me he cambiado un montón de veces. A mi papá, por el trabajo que tiene, lo mandan a todas partes. Es súper chato porque cada vez que empiezo a tener amigas y amigos en un país, tenemos que irnos.

Con ese comentario me acordé al tiro de la gringa Adrianne y lo grupienta que había sido con nosotros, entonces atiné a preguntarle qué onda, a ver si ella era igual.

–Oye, Sofía, cuando vives en otro país, ¿se te olvida que eres chilena?

–¡No!, nunca, ¿por qué?

–Es que yo tengo una compañera que vivió tres años en Canadá y dice que se siente canadiense.

–Ah no, yo soy chilena, aquí o donde esté.

¡Bien!, pensé.

Hablamos de cómo era vivir en otras partes, cuántos hermanos tenía y cosas así.

Le pegué una mirada a mis amigos y todos seguían embalados conversando, por eso, no nos dimos cuenta de que la competencia ya había partido y que su barra empezaba a llenarse otra vez.

Fue bacán conocerla todo el rato que estuvimos juntos. La Sofía aparte de bonita, era buena onda. Caché que a ella le había pasado lo mismo, así que jugándomela con todo le pregunté si quería almorzar conmigo el domingo a la misma hora. Me dijo al tiro que sí y quedamos de encontrarnos en uno de los quioscos del estadio.

Traté de pasar piola con lo motivado que estaba, para que mis amigos no se dieran cuenta y empezaran con las tonteras típicas de cabro chico.

El domingo estuve toda la mañana en otra y a cada rato mirando el reloj. No le achunté a ni una. Levanté el plumero cuando había que bajarlo. Mostraba la bandera y era el plumero. O sea mal, todo mal.

Por fin, a la hora de almuerzo, sin que nadie se alcanzara a dar cuenta, partí corriendo a mi “cita” como dicen los mamones de las películas gringas. Salí tan rápido, y más lo nervioso que iba, que me confundí de quiosco dos veces.

–¡Hola! –me saludó con un beso cuando me vio llegar–. Pensé que se te había olvidado.

–No, para nada, lo que pasa es que como hay tanta gente, cuesta un montón caminar –no le iba a decir que por pavo me había perdido.

–Traje unas bebidas y galletas, ¿quieres?

–Ya, yo traje unos sándwiches. –Los saqué de mi mochila y le pasé uno.

Nos sentamos en el suelo. Me contó que le gustaba pintar y hacer deporte. Que no es matea, pero igual le va bien.

–¿Qué te gusta hacer a ti? –me preguntó.

–Nada en especial. Juego básquetbol y ando en bicicleta.

De que era poeta y que mi vida eran los versos y las rimas, ni una palabra. Tampoco que ando a patadas con los cuatro. Seguimos con su familia y la mía. Con las vacaciones y anécdotas divertidas que nos habían pasado.

A las 3:30 p. m. empezó otra vez el griterío y tuvimos que volver a las barras. Nos despedimos y, cuando ya había caminado un poco, me llamó.

–Fede, Fede –me di vuelta y volví donde ella–. ¡Ah!..., se me olvidó decirte que, eh..., eh... ¿te gustaría ir a una fiesta de curso que vamos hacer el próximo sábado? Invita a tus amigos también.

–Sí, sí, ya, bacán, obvio –le contesté altiro.

–Dame tu celular –me dijo, tomando el de ella para grabarlo–. Yo te llamo para darte la dirección.

Me tupí entero, y entre el ruido y la sorpresa, tuve que repetírselo como tres veces.

¡No podía estar más feliz!

Volví riéndome solo a la barra. Yo creo que todos los que me vieron tienen que haber pensado que estaba loco. Y sí, así me sentía de puro contento.

Era verdad que recién la estaba conociendo, pero ese poco ya había sido suficiente para despertar la inspiración que buscaba. Sin ningún esfuerzo, empecé a hacer algunos versos en mi mente.

Sofía

Tu nombre es dulce melodía

y tus pecas iluminaron mi día.

Conocerte devolvió a mi alma

la inspiración y la alegría.

Me senté. Tomé un plumero y me puse a gritar con todo. ¡DALE OH, DALE, DALE OH! ¡DALE, DALE OH...!

Ahora la frase más fome y típica del interescolar sería mi grito de ánimo para triunfar en la conquista de mi nueva musa y en la cancha de la poesía.

¡DALE, DALE, FEDE! ¡DALE, DALE OH!

6 Sofía Montero quiere ser tu amiga en facebook

El lunes, cuando llegué del colegio, por milagro de no sé qué santo, el computador estaba desocupado, así que me senté altiro y me encontré con la mejor sorpresa de mi vida.

“Sofía Montero quiere ser tu amiga en Facebook”.

¡Bien, bien, bien!

Ella me había buscado primero. Nunca se me pasó por la cabeza que esto iba a pasar. ¡Esto era increíble! Estaba tan feliz, que el dos que me saqué en otra interrogación sorpresa se me borró. Tampoco que la miss de inglés se le ocurriera trabajar con los diccionarios, el mismo que yo no tenía y que por eso me anotara. Y que el director nos echara la foca con el mismo *speech* de siempre, por no haber llegado con ningún premio del interescolar.

Chao, chao con todo.

Obvio que al toque respondí que sí, que la aceptaba. Miré el reloj, eran las 4:30 p. m. Ya debe estar en su casa pensé, así que le escribí altiro con la esperanza de chatear con ella.

¡Hola! ¿Qué onda el colegio hoy?

¿Estabas muy cansada después del fin de semana en el estadio?

Yo sí, caleta.

Esperé un rato, pero no contestó. Apuesto que debía estar estudiando o haciendo algún trabajo. Tengo que tener un poco de paciencia, ya se va a conectar, me repetí varias veces. Entonces, para bajar un poco la ansiedad, se me ocurrió entrar a su perfil. Leí la biografía y después vi sus fotos.

Aparecieron varios álbumes. Uno se llamaba Marruecos. Parece que lo había subido hace poco tiempo, porque ella estaba igual de cara. Pero encontré bien raras a las amigas. Todas con pañuelos de colores en la cabeza y unos vestidos oscuros, largos y sueltos. Otro se llamaba Jericoacoara. También lo abrí, pero como nunca había escuchado ese nombre lo busqué en Internet. Era una playa en Brasil que le dicen “mágica” y que van puros hippies. Estaban con traje de baño tendidas en la arena y tomando unos jugos bacanes con paraguas y pedazos de fruta en los bordes.

El último álbum que alcancé a ver, antes de que llegara la cabra cacho de la Paula, decía Londres. Me costó reconocerla en una de las típicas fotos de curso, no porque estuviera mucho más chica, sino también por el uniforme todo mamón y la cara tan seria. Se notaba que ese colegio era todo producido y del año uno.

Volví a mirar el reloj y la ventana del chat, pero nada.

Esperé un rato más y no, no hubo caso, no se conectó. Después me quitaron el computador.

En serio me dio lata, aunque se sepa que para nosotros los poetas las cosas nunca son fáciles y que el sufrimiento y la espera son parte de la vida que elegimos, igual quería hablar con ella.

Después de comida, cuando mis hermanas se fueron a ver la teleserie, me fui corriendo al computador para ver si en una de esas aparecía. Pero otra vez la maldita suerte eliminó de una todos mis planes. La que estaba ahora frente a la pantalla era mi mamá. No sé qué le bajó. Jamás ha usado el computador en la noche.

O sea, claramente el lunes no fue mi día.

El martes tampoco. Y el miércoles estuve a punto de perderlo también. Hasta que en la noche, otra vez gracias a la teleserie y a que mi mamá fue donde una amiga, logré conectarme tranquilo.

La saludé. Ella no contestó.

“No pienso salir de aquí hasta que aparezca”, me dije, “así que ¡calma, Fede, calma!”

Esperé un rato, pero nada. Igual algo en mi instinto de poeta, que a estas alturas quedaba bien poco, me decía que en cualquier minuto iba a aparecer.

Para no empezar a bajonearme de nuevo, hablé con el Quique y el Guatón que estaban en el chat.

De repente, se produjo el milagro. Ahí estaba. Menos mal que ella no me veía, porque empecé a transpirar y sentí que tenía los cachetes ardiendo.

¡Hola!

¡Hola!

No sé cómo apreté las teclas, pero salió.

Los otros dos giles seguían mandándome mensajes, pero yo no los pesqué más. Era demasiado importante lo que me estaba pasando para poner mi poquísima concentración en dos partes.

¿Le acordaste a tus amigos lo de la fiesta del próximo sábado?

Sí, ya saben.

Y, ¿van?

El Pelao y el Quique de todas maneras, pero el Guatón todavía no me contesta.

Ya, entonces de ahí te llamo para darte la dirección.

Bacán.

Ojalá que resulte buena.

Obvio, ¿por qué no?

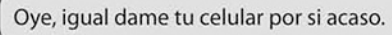
Es que es la primera fiesta que ayudo a organizar en Chile.

¿En la casa de quién es?

De una compañera. No la conozco, pero dicen que es cuática.

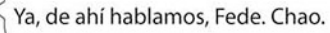
¡Filete!

Le contesté motivadísimo.



Oye, igual dame tu celular por si acaso.

Me lo mandó y al tiro lo anoté. Y antes de volver a hablarle, ella se despidió:



Ya, de ahí hablamos, Fede. Chao.



Chao

Aunque yo habría seguido hablando toda la noche con ella, ese poco rato fue justo lo que necesitaba para quedarme tranquilo. No había que seguir buscando; la Sofía era mi musa, la musa que llenaría mi alma de inspiración.

Facebook

Me gustaría

publicar en Facebook:

Federico, el poeta,

encontró la musa

que le ha devuelto

la esperanza y el alma.

Sofía es su nombre

y solo a ella dedicará,

versos y palabras inspiradas.

7 La espera desespera

El jueves y el viernes traté de volver a hablar con la Sofía, pero fue imposible. Mi mamá siguió investigando unas cuestiones raras en Internet y cuando terminó ya era demasiado tarde. Así que filo, tuve que olvidarme de chatear con ella esa semana.

La fiesta empezó a ser tema cada vez más entre mis amigos; y para mí, que llevaba la cuenta exacta de los días que faltaban, una bomba atómica de ansiedad. Pero delante de ellos tenía que pasar piola, así que cada vez que decían algo, yo ni pescaba.

Lo bueno es que la Vero y la Luz María, dos de las amigas que estaban en el estadio con la Sofía, también se hicieron amigas del Pelao y del Quique en Facebook, y gracias a eso, fuimos sabiendo cosas de la organización.

–Oye, Martínez –me dijo, alucinado, el Pelao– parece que la cuestión va a ser súper producida.

–¿Por qué tanto? –le contesté haciéndome el que no le importaba.

–Sí –se metió el Quique–, la Luzma me contó que los papás se pusieron con un carrito de hot dog y otro de helados.

Ahí le saltó el maní al Guatón, que todavía no estaba seguro de ir, pero cuando escuchó lo de la comida, se dejó de tonteras y se subió a la micro altiro.

–Además –volvió a comentar el Pelao–, contrataron a un DJ cuático.

Aunque cada vez me costaba más, también tuve que disimular lo que me pasaba en la casa y sobre todo en clases. Pero no hubo caso, igual se me iba la cabeza cuando pensaba en ella. Y... pensaba todo el rato en ella.

Aunque algunos profesores me cacharon, de pura buena onda se hicieron los locos. En cambio el profesor Sanhueza, que andaba de mala, me echó por no trabajar en clases; y Jiménez estuvo a punto, pero gracias a mi respuesta, zafé.

–Martínez, nómbrame tres verbos regulares terminados en ar, y luego, tres irregulares, los que quiera.

–Eh... –me demoré un poco, porque justo estaba pensando en cómo y cuándo la Sofía me iba a dar la dirección de la fiesta– ¿Regulares, me dijo?

–Exacto. Regulares y terminados en ar.

El primero que se me ocurrió fue el que estaba viviendo intensamente durante esos días y se lo dije.

–Esperar, profesor.

–Bien, continúe, le faltan dos.

–Llamar y desesperar –los dije de corrido.

–Correcto, Martínez, ahora los irregulares.

De los irregulares, lo único que tenía claro era que la vida de los artistas era así, irregular, pero no podía decírselo al profe, así que le contesté que de esos no se me ocurría ninguno.

En los dos entrenamientos que tuve, el profesor Bruno me retó caleta de veces. Por perder los pases y por no encestar ni una sola vez. Casi me echa cuando, de puro pavo, me caí arriba de otro compañero que dejé medio aturdido y con la nariz sangrando.

Otro día me subí a la micro equivocada. Me bajé como veinte minutos después y cuando quise tomar otra de vuelta, la tarjeta BIP no tenía ní uno, así que por gil tuve que caminar miles de cuadras hasta mi casa. Pero lo peor de esta espera fue que mientras más se acercaba el día, más pesadillas me daban con la famosa fiesta. En una aparecía la Sofía haciéndome señas para que fuera donde ella. Yo iba feliz y quería hablarle, pero mis labios estaban pegados y por más que hacía fuerzas, no podía abrirlos.

También soñé que trataba de bailar; pero tampoco me iba bien, en esta tenía los pies pegados al piso. Lejos, lejos la peor de todas fue la última. En esa estaba bailando de lo mejor en la mitad de la pista, cuando de la nada, me caía completamente dormido al suelo. Nadie se daba cuenta y seguían todos saltando y pisándome como si yo fuera una cerámica más.

La cuestión es que la espera me tenía desesperado, hasta que por fin recibí un wasap.

Fede, la dirección de la fiesta es: Los manantiales 2075, casa C. Aunque tus amigos no vengan, ni se te ocurra arrugar. Yo te espero.

¿Arrugar? Jamás y menos después de leer ese mensaje.

El manantial. Así se llamaba la calle donde iba a ver a mi musa y con esa sola palabra brotaron de mí estos versos:

Manantial

Bailar contigo quiero;

mañana y siempre

espero.

Estar junto a ti es mi sueño,

porque sin verte

desespero.

Y si no me hablas,

peor aún:

muero.

8 Milagros

Cuando por fin llegó el mega ultra esperado sábado, ya estaba despierto por culpa de otra de mis malditas pesadillas. Y aunque eran las ocho y media de la mañana, no quise seguir acostado para que la ansiedad no me matara. Quizás, pensé, haciendo hartas cosas en el día se me pasaría más rápido.

Mi papá, como todos los sábados, ya estaba levantado y haciendo cosas en la casa, por eso cuando me vio se mandó un grito de sorpresa.

–¡Qué milagro, Fede, verte madrugar! ¡Justo necesitaba ayuda para lavar el auto! Toma –me pasó un paño–, hazlo tú, así yo puedo arreglar la máquina de lavar y la plancha, si no, entre la Hortensia y tu mamá me van a volver loco.

–Pero, papá, yo tenía otr... –nada, no me oyó.

–Ya, ya... menos peros y anda a buscar las otras cosas.

No me quedó otra. Traje los detergentes y prendí la manguera sin alegar nada. Al final me servía para cambiar de tema.

¡Qué cambiar de tema! ¡Nada de cambiar nada!, al revés. De puro seguir pensando en la fiesta de la noche, hice todo mal. No cerré las ventanas y, obvio, los asientos se empaparon. Para más remate, no sé cómo ni cuándo, el perro apestoso de la señora Matilde, Pascual, sacó las gomas que tenía secando y las mordió enteras.

–¡Pero Federico! ¿Qué significa esto? –me gritó el papá cuando vio la embarrada que había dejado con el auto. Rojo de rabia, con las cejas juntas y la boca chueca, empezó a revisar todo, mientras seguía alegando contra mí.

¡Hasta aquí no más llegué!, ahora sí que no me salva ni Dios. Para él, su auto vale casi más que la familia completa. Entonces, chao con mi sueño de encontrarme con la Sofía en esta o en otra fiesta. Este castigo, aparte de ser el peor de mi vida, acabaría con la ilusión de tenerla a ella como mi nueva musa. Sin vernos... todo se acabaría.

–¡Papá!, fue culpa de Pascual que siempre anda haciendo tonteras –traté de sacármela por ahí, pero nada. No tenía más defensa, así que esperé la condena, callado, y con un nudo en el estómago.

–Lo que has hecho es muy, pero muy grave, Federico –miraba el auto y se agarraba la cabeza con las dos manos. Pensó un rato y por fin dio su sentencia–. Vas a dejar impecable, pero ¡impecable! el patio. Después vas a cortar PERFECTAMENTE el pasto y tendrás que sacar la basura durante un mes. ¡Ah! –siguió– Además con tu mesada, o mejor dicho, muchas mesadas, tendrás que comprar las gomas originales del auto.

¡Bieeeeeennnn! ¡Voy a la fiesta! Todos esos castigos eran casi un premio para mí. Traté de disimular la felicidad por el milagro que recién había presenciado.

¡Yes, yes, yes, mi papá se olvidó de que tenía fiesta!, me dije. Además le tocaba hacer el turno de vuelta. Igual puse mi mejor cara de víctima y, bajando la cabeza, le pedí perdón.

8 Milagros

Cuando por fin llegó el mega ultra esperado sábado, ya estaba despierto por culpa de otra de mis malditas pesadillas. Y aunque eran las ocho y media de la mañana, no quise seguir acostado para que la ansiedad no me matara. Quizás, pensé, haciendo hartas cosas en el día se me pasaría más rápido.

Mi papá, como todos los sábados, ya estaba levantado y haciendo cosas en la casa, por eso cuando me vio se mandó un grito de sorpresa.

–¡Qué milagro, Fede, verte madrugar! ¡Justo necesitaba ayuda para lavar el auto! Toma –me pasó un paño–, hazlo tú, así yo puedo arreglar la máquina de lavar y la plancha, si no, entre la Hortensia y tu mamá me van a volver loco.

–Pero, papá, yo tenía otr... –nada, no me oyó.

–Ya, ya... menos peros y anda a buscar las otras cosas.

No me quedó otra. Traje los detergentes y prendí la manguera sin alegar nada. Al final me servía para cambiar de tema.

¡Qué cambiar de tema! ¡Nada de cambiar nada!, al revés. De puro seguir pensando en la fiesta de la noche, hice todo mal. No cerré las ventanas y, obvio, los asientos se empaparon. Para más remate, no sé cómo ni cuándo, el perro apestoso de la señora Matilde, Pascual, sacó las gomas que tenía secando y las mordió enteras.

–¡Pero Federico! ¿Qué significa esto? –me gritó el papá cuando vio la embarrada que había dejado con el auto. Rojo de rabia, con las cejas juntas y la boca chueca, empezó a revisar todo, mientras seguía alegando contra mí.

¡Hasta aquí no más llegué!, ahora sí que no me salva ni Dios. Para él, su auto vale casi más que la familia completa. Entonces, chao con mi sueño de encontrarme con la Sofía en esta o en otra fiesta. Este castigo, aparte de ser el peor de mi vida, acabaría con la ilusión de tenerla a ella como mi nueva musa. Sin vernos... todo se acabaría.

–¡Papá!, fue culpa de Pascual que siempre anda haciendo tonteras –traté de sacármela por ahí, pero nada. No tenía más defensa, así que esperé la condena, callado, y con un nudo en el estómago.

–Lo que has hecho es muy, pero muy grave, Federico –miraba el auto y se agarraba la cabeza con las dos manos. Pensó un rato y por fin dio su sentencia–. Vas a dejar impecable, pero ¡impecable! el patio. Después vas a cortar PERFECTAMENTE el pasto y tendrás que sacar la basura durante un mes. ¡Ah! –siguió– Además con tu mesada, o mejor dicho, muchas mesadas, tendrás que comprar las gomas originales del auto.

¡Bieeeeeennnn! ¡Voy a la fiesta! Todos esos castigos eran casi un premio para mí. Traté de disimular la felicidad por el milagro que recién había presenciado.

¡Yes, yes, yes, mi papá se olvidó de que tenía fiesta!, me dije. Además le tocaba hacer el turno de vuelta. Igual puse mi mejor cara de víctima y, bajando la cabeza, le pedí perdón.



Los milagros no se acabaron ahí.

La Horte amaneció de buena y me ayudó con el patio, por eso terminé súper rápido con la primera lata. Mi mamá ni se fijó en el desorden de la pieza y tampoco le bajó con que estudiara para el lunes. ¡Bacán!

La Paula no me pescó porque estaba con fiebre y la Cata estuvo de lo más simpática a la hora de almuerzo. Y yo, sin que nadie me lo pidiera, levanté los platos de la mesa. Después, aunque hacía un calor rancio, me puse a cortar el pasto. De ahí seguí motivadísimo y regué las plantas de los trillones de maceteros que tiene mi mamá.

Como ya había hecho todo y mi papá estaba durmiendo, aproveché de salir un rato en bicicleta. Me daba lo mismo para qué lado ir, la cuestión era pasar el rato, así que pedaleé y pedaleé hasta quedar entero transpirado.

De vuelta, en la puerta del condominio, me encontré con la Anita.

–¡Hola, Fedé! ¿Cómo estás?

–Bien, bien, ¿y tú?

–Súper. Estoy pololeando –lo soltó así no más.

–¡Ah! ¿Sí? –tragué saliva. No sabía si preguntarle con quién, pero ella se adelantó.

–Se llama Max y lo conocí en las vacaciones. Llevamos tres meses. ¿Y tú? –me preguntó, interesada.

–¿Yo? No, no, pero casi –le exageré un poco–. Bueno, me tengo que ir.

No tenía tiempo. Tampoco quería volver al pasado. La Anita para mí hace rato estaba enterrada, ahora lo que me importaba era el futuro. Y ahí la única viva era la Sofía.

Miré el reloj, eran las siete veinte, o sea todavía tenía que hacer un poco más de hora. Me duché, tranquilo, porque el Pelao pasaría a buscarme a las nueve y media.

Después de la ducha escribí por fin los versos que inventé mientras lavaba el auto:

Los milagros existen

Hoy es el día

que tanto he esperado,

para volver a ver

aquellos ojos

que me inspiraron.

¡Por fin,

se ha hecho en mí un milagro,

y otra oportunidad

tengo en mis manos!

Terminé, pero me seguía sobrando tiempo. Guardé la poesía donde siempre y fui a ver televisión. Puse cualquier cosa, la cuestión era esperar sin que se notara lo nervioso que estaba. Lo único que no calculé fueron los paseos de la Cata. Iba de allá para acá haciendo no sé qué, y en una de esas se paró al lado del sillón y no se movió más.

–¡Pero, Fedé! ¿Por qué estás viendo ese programa? ¿Cuándo te han gustado a ti los animales? –me dijo bien amorosa e interesada.

–Desde ayer. Y ¡cállate!, que no oigo.

–¿Por qué tan pesado?

–Perdón, pero quiero escuchar.

Y tuve que seguir poniendo la misma cara que pone mi papá cuando está viendo fútbol, pero yo no estaba ni ahí con las chitas, las gacelas ni los gorilas.

Cuando se fue, volví a mirar la hora. Por fin ya eran casi las nueve y media. Fui al baño de mi papá y le saqué un poco de colonia. Un poco no más, porque sigo encontrándolo de mamón; pero como al Quique y al Pelao les ha dado por echarse, no quise quedarme atrás.

Estaba en eso cuando tocaron el timbre. Había llegado la hora y todo lo que pasara esa noche, milagros o desgracias, estaba en mis manos.

9 Por dos pailas y un hot dog

Cuando me subí al auto, aparte del Quique, el Pelao y el Guatón, iba también Guillermo Gálvez. Mejor dicho, el Pailón Gálvez. Le decimos así porque siempre se las arregla para meterse en las conversaciones y donde nadie lo llama. Además, cree que por ser uno de los dos atletas que hay en el colegio, se las sabe todas, cuando la mitad de las cosas que dice son puras chivas. Además, es enfermo de pintamonos. La cuestión es que cuando supo lo de la fiesta no paró de chatear con que también quería ir. Nos tenía tan locos con la tontera, que el viernes tuvimos que decirle que sí podía ir con nosotros.

En el auto el único que habló, habló y habló sin parar fue él.

–Oye y ¿cómo se llama el colegio donde están estas niñas? –preguntó al aire. Silencio. Ninguno se inmutó. Pero los ojos abiertos y cejas levantadas de la mamá del Pelao lo obligaron a contestarle, para que después no le llegara reto.

–Algo con Esteban –listo, no más detalles.

Y vuelta otra vez, obvio, quería saber más.

–¿Cuál de los tres Esteban? ¿Esteban Mártir, San Esteban o Esteban Diácono?

–¡Qué sé yo!

–Y, ¿en qué curso?

–En primero –seguía el pobre Pelao.

–¿Son bonitas? –nos miramos.

–¿Qué te importa cómo sean? –salté yo–, si no están en el concurso de Miss Chile.

–Pero de todas maneras les apuesto que a alguno de ustedes le gusta una de ellas. –Terminó la frase y para mi mala suerte, como era yo el que tenía al lado, me mandó un tremendo codazo para que contestara.

–Yo... ¿a mí?, no, nadie –me corrí. Ahora sí que quería matarlo.

El muy metido, aunque nosotros apenas le contestábamos, siguió hasta que llegamos.

No puedo negar que estaba terrible de nervioso, pero no podía dejar que mis amigos se dieran cuenta y menos el Pailón, así que después de despedirme de la tía, caminé rápido hasta la puerta. Los esperé y sin preguntar nada toqué el timbre. Nos abrió la Luz María y altiro se le fueron los ojos a Gálvez. Le mandó “la mirada”. Quedó claro que no le gustó nada. Él se dio cuenta, pero la saludó de lo más simpático.

–Entren. La Vero, la Sofía y las demás están en la terraza.

Para allá partimos.

Como había un montón de gente bailando nos costó encontrarlas.

–¡Ahí están! –gritó el Guatón levantando la mano y haciéndoles señas.

Al fin volvía a verla. Estaba igual de bonita y con la misma sonrisa que tenía en el estadio.

–¡Hola! –dijo ella primero. Se acercó a saludarnos con un beso a cada uno. Después siguieron la Vero, la Carola y otras amigas que nos presentaron.

–¿Por qué se demoraron tanto? –preguntó mirándome fijo–, pensamos que no iban a venir.

–Lo que pasa es que nos costó encontrar la calle –le contestó el Quique, pero en verdad lo habíamos planeado así. No queríamos ser los mamones que llegan primero.

–Me llamo Guillermo Gálvez –se presentó solo el Pailón– y estoy en el mismo curso con ellos.

–¡Ah! Pero tú no estabas en el interescolar –le dijo la Vero.

–Sí, sí estaba, pero en la cancha. Como soy el mejor atleta que tiene mi colegio, me tocó hacer un montón de pruebas. Así que me la pasé puro compitiendo y gan...

El cachito apestoso empezó a dar jugo. Nosotros nos miramos y en un segundo “emprendimos la retirada”, como dicen los comandos militares en las películas. El Pelao sacó a bailar a la Carola. El Quique a la Luzma, que apareció justo. El Guatón a la Vero. Y yo, más que rápido, a la Sofía, para que Gálvez, que no paró de mirarla, se avivara.

Nos fuimos tan rápido que cuando el Pailón reaccionó, ya estaba solo.

Bailamos, bailamos y bailamos. Después de un buen rato traté de decirle que paráramos porque tenía los pies acalambrados, pero ella estaba tan motivada que ni me escuchó. Esperé un poco y volví a insistir.

–Llegaron los hot dogs, ¿vamos a comer uno? –la invité de lo más educado.

–No –contestó sin mirarme y moviendo la cabeza–, prefiero bailar. ¡Anda tú primero! –y siguió como si nada.

Yo tampoco tenía ganas de comer, pero si no paraba se me cumpliría la peor de mis pesadillas: caer planchado en la pista.

Igual me dio un poco de lata que ella no me acompañara, pero estaba reventado.

Me acerqué al carro y pedí uno con palta y mayonesa. Después busqué dónde sentarme con la esperanza de que ella se arrepintiera y quisiera comerse uno conmigo. Pero no, no apareció. Entonces fui a pedir otro, para hacer algo mientras me recuperaba. Cuando ya lo tenía en la mano, levanté la cabeza y vi al Pailón conversando con la Sofia. Ella se reía mientras él le hablaba muy cerca del oído.

¿Qué onda? ¿No era que quería bailar? Entonces, ¿por qué estaba ahí de lo más contenta conversando con ese gil, mientras yo como los tontos la esperaba con un hot dog en la mano?

Tuve que contar hasta ciento cincuenta para no ir y ponerle un combo y una salchicha en cada paila al *loser* y desubicado de Gálvez.

Y ahora, ¿qué? La única respuesta era de lo más simple: ni muerto iba a dejar que un compadre como él me quitara a una musa como la Sofia.

Está bien que los poetas hayamos nacido para sufrir desengaños y abandonos por parte de nuestras mujeres, pero no por culpa de tipos como él, que de sensibilidad y arte tienen menos que una lagartija.

Esa comparación fue suficiente para que se despertara en mí el orgullo de hombre y de artista para defender lo que era mío. Pesqué un vaso de bebida y muy seguro partí donde estaba el parcito.

Menos mal que cuando me vieron dejaron de hablar en secreto.

–Sofia, te traje una bebida. Me tinca que estás muerta de sed –se la pasé sin dejar de mirarla y poniéndome delante del desgraciado.

–Gracias, Fede, te pasaste. ¡Qué amoroso!

–¿Tráeme una a mí también, Martínez? Estoy muerto de calor –me dijo el muy cara dura.

–No pienso, ¡anda tú! –le contesté sin mirarlo. Por primera vez en su vida, Gálvez se dio cuenta de que sobraba y se fue.

–¿Te gusta esta canción, Fede? –cambió de tema la Sofia.

–Sí, sí, es... súper buena –le contesté por contestar, porque en verdad no tenía idea qué estaban tocando.

–¿Bailemos? –me preguntó con una voz suave. Y sin esperar que yo le respondiera, caminamos a la pista.

Listo para empezar a moverme miré para todos lados. Me di cuenta de que nadie saltaba, al revés, estaban todos abrazados. Era un lento. Entonces hice como los demás. Le puse las manos en la cintura. Ella levantó sus brazos y me rodeó el cuello.

Por fin se hacía justicia. Nadie; ni un hot dog, ni un pailón desatinado, podría romper estos momentos mágicos que estaba viviendo y que jamás en mi vida iba a olvidar.

Por eso cerré los ojos y bailé, bailé y bailé.

10 Ataque de inspiración

–¡Martínez, Martínez! Nos vienen a buscar –me avisó el Quique –¡Ya, vamos, tu papá está esperando!

¿Pero cómo tan rápido?, cuando para mí habían pasado cinco minutos no más.

–¡Ya po, llegó hace rato y se va a enojar! –volvió a repetir, pero esta vez zamarreándome un hombro, traté de no pescarlo, pero ella bajó los brazos y me dijo:

–¿Parece que te tienes que ir?

–Sí... eh... yo... lo pasé bacán, Sofía.

–Yo también, Federico.

Me acerqué a darle un beso de despedida y cuando separé mi cara de la suya, volvimos a mirarnos unos segundos. Ahora, aparte de sentir algo en el estómago igual que en el estadio, sentí que el corazón me llegaba de una a la garganta.

–De ahí nos vemos –me alcanzó a decir riéndose.

–Obvio, te llamo –le contesté, pero no sé si escuchó, porque el Quique ya me había mandado otro tirón.

Me fui callado todo el camino. Lo único que pensaba era en lo que había vivido recién. Ni siquiera escuché lo que Gálvez transmitió durante el viaje. Yo estaba en otra. Estaba en el lento que había bailado con la Sofía y en el planeta que habíamos estado todo ese rato.

Después de que se bajó el último y quedamos solos con mi papá, al toque cerré los ojos haciéndome el dormido. No quería que empezara con las típicas preguntas que me cargan: que cómo lo había pasado, que con quién bailé, que cómo estaba la música y todas esas latas. No le contesté nada, preferí esperar a que llegáramos a la casa, porque de todas maneras mi mamá iba a repetírmelas.

Así mismo fue. En cuanto me vio empezó a disparar. Yo, igual que mi hermana, le contesté con puros “sí”, “no” o a lo más con “un poco” para que no siguiera con las preguntas. Pero como no pudo aguantarse, terminó diciéndome:

–Se nota que bailaste mucho, mi amor, porque estás con los cachetes colorados y con cara de cansado. Anda a acostarte y mañana conversamos más –me cerró un ojo como si la información que esperaba de mí fuera de carácter reservado y que mi papá no podía oír.

Al principio lo encontré raro. Después me acordé de que como ella es la única que sabe que soy poeta, debe creer también que tiene derecho a que le cuente todos mis otros secretos.

Le di las buenas noches a los dos. Después pensaría en qué chiva meterle a mi mamá para correrme del interrogatorio que, estaba seguro, vendría. Ahora necesitaba sentarme frente a una hoja y desahogarme:

Noche inolvidable

Esta noche quedará grabada

para siempre en mi memoria.

Hoy mi corazón de poeta,

latió junto al de mi amada.

Estuve a punto de perderte,

pero mi pasión fue más fuerte

y jugándome el honor,

fui con fuerza a defenderte.

¡Oh! musa, mi musa,

me costó tanto encontrarte

que por nada ni nadie,

voy ahora a dejarte.

Debería haber seguido escribiendo, como lo hacen los poetas famosos cuando les da un ataque de inspiración, pero lo frené después de la primera poesía. Preferí cerrar los ojos y revivir esos últimos momentos que estuve con ella. Total con una noche así, estaría un montón de tiempo iluminado.

11 Lo bueno y lo malo

Ya han pasado dos semanas desde que fui a la fiesta y no he dejado de pensar en la Sofía. Lo bueno, es que sigo inspiradísimo y, lo malo, es que la he llamado un montón de veces, pero ella no contesta. Todas las veces aparece una grabadora apestosa, y yo corto. ¿Para qué dejarle un mensaje?, ¿qué le puedo decir?, ¿que desde que la conocí y decidí que fuera mi musa, ya nunca más fui el mismo?, ¿que no me he podido olvidar del mejor lento de mi vida? En verdad, el único. ¿Que por tener la cabeza llena de recuerdos, es que me llueven los castigos y las anotaciones como siempre? No, ahora son tormentas y huracanes. ¿Que, además, casi no duermo y como súper poco?

Nunca le diría todo eso a la voz fría e impersonal que tienen esas máquinas.

Lo otro malo es que de todas las fotos que ha subido a Facebook de la fiesta, no salgo en ninguna. ¡Como si no hubiera ido! En cambio, el que está en casi todas, es el maldito grupiento y desatinado de Gálvez. Siempre con una niña distinta, abrazado y muerto de la risa. Pero cuando vi una que les sacaron a los dos conversando mientras yo, el muy gil, me comía el peor hot dog de mi vida, estuve a punto de cerrar la cuestión, pero después me arrepentí. Filo, me dije, total, lo bueno es que era una pura foto. Aparte ella no es como esas niñas superficiales y huecas que te pescan por un rato y después, de la nada, te abandonan como si fueras un perro pulguiento. Al revés. Mi voz de poeta me decía que ella no era así y que no podía ser tan tonto de quedarme pegado en esas cuestiones. Así que empecé a comentarlas una por una, pensando que en una de esas, aparecía y podíamos chatear.

No me resultó. Esperé un montón, pero nada.

Entonces, si quería hablar con ella, me quedaban dos posibilidades. Una, la más o menos mala, era volver a llamar, y aunque no me gustara, dejarle un recado. La otra, esperar hasta el domingo para verla en el cine; al Quique se le ocurrió esa buenísima idea cuando estábamos en clases, y nosotros con el Pelao y el Guatón apañamos al toque. Le mandó un mensaje a la Luz María para que les avisara también a la Sofía, a la Vero y a la Carolina.

De esto, Gálvez no tenía que oír ni una palabra, si no lo tendríamos dando jugo y mosqueando otra vez, toda la semana. Lo bueno es que desde la fiesta lo tenemos cortito, por eso ni se nos acerca.

De todas maneras, cómo todavía me queda un poco de inspiración, le escribí unos versos a otras cosas que parecen insignificantes, pero que para un poeta, que mira con los ojos del alma, no lo son. Una es mi almohada, porque ella es la primera que sabe todo lo que pienso y siento, y otra cosa, un bus del Transantiago, porque cada vez que me subo siento que me conoce y que sin que yo le diga, sabe dónde está mi casa.

Blanca confidente

Blanca y suave

es mi fiel almohada.

De noche me espera

paciente en la cama.

No me pregunta nada,

solo espera y calla.

Con paciencia escucha

mis inspiradas palabras.

En sus brazos duermo

en paz y calma.

Por las mañanas despierto

lleno de esperanzas.

Troncal del transantiago

Que desinteresada eres

culebra naranja.

*Tanta gente llevas
en tus generosas entrañas.
¡Cuántos secretos habrá
en tus asientos y ventanas!
Pero tú, fiel a los pasajeros,
nada pides, nada hablas.
En silencio trabajas
tardes y mañanas,
para que todos lleguen
sanos y salvos a sus casas.*

12 Ciento cuarenta y cuatro horas y...

No era tanto lo que tenía que esperar. Me quedaban solo ciento cuarenta y cuatro horas y millones de segundos, para estar sentado con mi Sofía en el cine. Digo mi Sofía, porque dicen que cuando el poeta encuentra a su musa, ella le compra su corazón; pero también lo llena de ansiedad, sobre todo cuando sabe que tendrá un encuentro con ella.

Antes de ayer, por ejemplo, traté de dormir sin pensar en el tema, pero no hubo caso, todo el rato se me aparecía su cara. Partí leyendo. No entendí nada. Después, quise pensar en el campo y en los paseos a caballo. Menos. Por último, hice una lista de los países que me gustaría conocer. Alcancé a contar dos, porque de puro cansado me dormí.

Ayer estaba en la misma, pero al menos llegué a contar cinco antes de caer zeta. No sé cuánto rato alcancé a dormir hasta que oí una voz que me repetía:

–Fede, Fede –era mi mamá–, mi amor, despierta, despierta –me movía el hombro–, vengo a contarte algo.

–¿Qué onda? ¿Qué pasa? –le contesté medio atontado. Abrí los ojos y ella ya estaba sentada en la cama.

–Adivina quién viene a pasar unos días con nosotros.

–¡Ah!... no sé, qué importa –me iba a dar vuelta, pero ella siguió.

–Ya, piensa.

–La Pepa y el Tata Julio –le dije, porque fue lo primero que se me vino a la cabeza para que se fuera y pudiera seguir durmiendo.

–Frio, frio.

–¡Ya, mamá!, me da lo mismo –pero ella dale con las adivinanzas.

–Te voy a dar una pista. Vienen de lejos.

–Entonces los mellizos, el Feli y el Tito.

–No pues, Fede, no estamos de vacaciones, ¿cómo van a venir?

–¡Dime tú!, tengo sueño y me da lata adivinar, aparte que no se me ocurre quién más puede ser –la miré fijo a ver si lo soltaba luego, pero como se demoró un poco, caché que había algo raro.

–¡Tus padrinos, Fede! ¿Qué te parece? –me dijo con una tremenda sonrisa.

–¿Es broma, mamá? –ahí el que se sentó fui yo.

–No, ¿cómo va a ser broma? Es verdad. Recién me lo confirmó la tía Mercedes. Llegan mañana.

–¿La dura?, pero ¿cómo mañana?, ¿por qué? y ¿hasta cuándo se quedan? –a esas alturas ya estaba totalmente despierto y bien choreado. ¿Qué tenían que venir a hacer aquí, cuando nunca llaman ni les importa lo que nos pase?

–No sé por cuantos días, depende –empezó a ordenar las sábanas y el cubrecama.

–¿Depende?, ¿depende de qué?

–Lo que pasa es que la mamá de la Merce se está muriendo y quieren que los niños estén con ella.

–¿Los niños? ¡Ah no, eso sí que no!, ¿los dos cabros apestosos también?

–¡Por Dios, Federico!, ¿cómo les dices así?

–¿Y cómo quieres que les diga, si es verdad? Y... ¿dónde van a dormir? –pregunté el muy idiota, cuando la respuesta era obvia.

–Esa es la cosa –ahora se puso a ordenar la ropa que tenía arriba de la silla para no mirarme–. Ya tengo todo pensado. La Florencita, con la Cata y la Paula. En esta pieza, tus padrinos; y Pablito contigo en la salita con los sacos de dormir nuevos.

–¿Qué?

–Federico. Son tus padrinos y lo lógico es que les prestes tu pieza.

–Ya, sí, filo con eso, pero dormir con ese enano maldito, mal enseñado y más encima metido, no –ella trató de calmarme– ¡Es peor que la Paula, mamá! Se la pasa llorando y metido en mis cosas; más encima las rompe. Acuérdate de que la última vez me desarmó los mejores autos de la colección que me regaló el abuelo, y cuando lo eché de mi pieza, ustedes a gritos me castigaron y a él lo consolaron.

–Pero, Fede, qué exagerado, Pablito era casi una guagua. Además no tienen dónde alojar. En la casa de su mamá, como están las cosas, es imposible, y acuérdate de que ella es hija única. Con los dos hermanos de Raúl tampoco se puede contar, porque también viven en Punta Arenas. Por eso, con tu papá les dijimos que se quedaran aquí.

Se paró y terminó el tema, dejándome claro que la decisión estaba tomada.

–¡Pero mamá! –insistí por si acaso– ¿y si le pido al Quique que me deje alojar en su casa esos días?

–Ni se te ocurra. Tú más que nadie tienes que estar aquí. Ahora lee un rato y después te duermes.

¿Que lea, que duerma? ¿Cómo? Si con la tremenda noticia que me había dado, más la cara de la Sofía, que iba a leer. Y dormir, menos.

Todavía no puedo entender en qué estaban pensando mis papás cuando eligieron al tío Raúl y a la tía Mercedes como mis padrinos. Me caen pésimo. Las pocas veces que han venido, mi madrina mira toda la casa de arriba abajo como si fuera inspectora, y no sé por qué le da con preguntarle a mi mamá los precios y dónde compró todo lo que va tocando.

Le encanta repetir que ella no viviría nunca en un condominio, porque le cargan los “apiñamientos”. En cambio mi padrino, para hacerse el choro y el importante, habla de los viajes y de los negocios que hace, y del modelo del último auto que tienen. Yo creo que son puras chivas y que es un chanta.

Los preparativos empezaron desde la mañana del día siguiente.

No sé de dónde sacó mi mamá dos sillones cama, pero cuando llegué del colegio ya estaban puestos, uno en mi pieza y otro en la de mis hermanas. Ventilaron los sacos que iba a usar yo y la peste. Desocuparon algunas tablas de los clósets y obvio, flores en todas partes.

Como a las siete y media llegaron con mi papá.

La primera en saludarme, súper exagerada, fue la tía.

–¡Qué grande estás, Federico! Si parece que ayer te estábamos bautizando, y mirate ahora, tan alto y buenmozo –dijo la muy cínica.

Menos mal que mi padrino fue más piola. Él me dio un solo abrazo.

–Ya debes estar preparándote para dar la PSU, ¿o no?

–No. Estoy en segundo medio –le contesté bien seco, por desubicado.

–Claro, tienes razón, se confundió. Y, ¿las notas? Con lo inteligente que eres debes tener uno de los mejores promedios de tu curso –metió la cuchara mi madrina.

–No, al revés, me va pésimo; con las notas y la disciplina –rematé. ¡Puso una cara con mis respuestas! Mejor, porque se quedó callada.

–¿Y has pensado qué te gustaría estudiar? ¿Vas a seguir los mismos pasos de tu papá? –ahora el metido era él.

–No, jamás. ¡Ni loco!

Con eso, otra vez cambiaron de tema.

–¿Y las fiestas? –preguntó ella con cara de amorosa– ¿Tienes muchas?

–Sí.

–Y polola, ¿hay pololita por ahí?

¿Pololita? ¡Ahí sí que se pasó! ¡Qué metida que es esta vieja, qué le importa! No vienen, no llaman, no hacen regalos y ahora ¿quieren saber toda mi vida en cinco minutos?

Ya estaba chato con el interrogatorio, así que traté de correrme y, justo, como si fuera un ángel, apareció la Horte con unas bebidas y yo aproveché de desaparecer, hasta que nos sentamos a comer.

Apenas escuché lo que hablaron. Estaba pensando en el domingo y en lo que iba a sentir estando al lado de ella en el cine.

–Fede, pásame la ensalada, por favor.

–¿Federico! –era la voz de mi mamá–. ¿No oyes que te están hablando? Pásale la ensalada a tu tía.

Tuve que volver a la realidad. No sé para qué. El cabro chico encontró todo malo y no comió nada. La Cata estaba desesperada por pararse luego para ir a ver la teleserie. La Florencia le hablaba y le hablaba a la Paula de su iPhone y todas las aplicaciones que tenía. Ella la miraba y no le decía nada, porque el modelo de su celular con suerte puede llamar.

Por último salió el tema de la señora enferma. Que estaba en las últimas y que en cualquier momento se moría. Ahí la tía se puso a llorar. Mi mamá trató de consolarla y nosotros con mis hermanas no supimos qué hacer. La Horte le trajo una agüita, pero nada, ella siguió igual. La Cata, la Paula y yo, tratamos de pararnos de la mesa, pero el papá nos pegó una de esas miradas que lo dejan a uno parado o sentado donde esté.

Pasó lo mismo el miércoles, el jueves y el viernes. Bueno, lo mismo, lo mismo no. En verdad cada vez fue más brígido. Ya no solo lloraba en la mesa, también cuando me despedía de ella en la mañana ya estaba con los ojos hinchados. El tío se notaba triste también, pero se hacía el fuerte.

Una de esas noches, después de la comida y del llanto, cuando estaba a punto de meterme al saco, mis padrinos me llamaron a la pieza. Al principio me dio mucha lata ir, pero después pensé que no me costaba nada y fui.

–Fede –partió el tío Raúl– queríamos agradecerte por lo generoso que has sido al prestarnos tu pieza; sabemos lo incómodo que es para ti dormir en el suelo.

–No se preocupen. No me importa –obvio que no les iba a decir que mucho peor era oír al cabro mamón darse quinientas vueltas en la noche.

–Gracias igualmente. Bueno, también queríamos entregarte un regalito, que con tanto ajetreo todavía no te lo habíamos dado –dijo la tía mientras me entregaba un paquete todo producido, con papel plateado y una cinta gigante.

–¿Para mí? –en verdad me sorprendió.

–¿Lógico!, somos tus padrinos. Ábrelo a ver qué te parece.

Mientras le sacaba el scotch, no me pasé ninguna película. Estaba seguro de que fuera lo que fuera, iba a ser horrible, como los otros tres regalos que me han dado desde que nací.

–¿Me están molestando? ¡Un reloj! –dije casi gritando de la impresión cuando lo vi. ¡Era cuático!

–¿Te gusta? –preguntó la tía, aunque estaba de más.

–¡Está filete, tía! Gracias, gracias.

Mientras lo sacaba de la caja, mi padrino me fue mostrando todo lo que tenía: cronómetro, barómetro y no sé qué más. Yo movía la cabeza y a todo le decía que era bacán, aunque después del segundo metro ya estaba entero confundido.

Era increíble, por primera vez en casi dieciséis años, le habían achuntado.

Me lo puse y les agradecí hartas veces. A ver si con eso se me quitaba un poco el cargo de conciencia por todo lo que había pensado de ellos.

Después, les di las buenas noches y antes de empezar a caminar hacia la puerta, la tía me habló:

–Fede, mi amor, con tu tío nos llama la atención la cantidad de libros que tienes y sobre todo tantos de poesías.

–Eee... sí, es que me gusta leer.

–¿Y también poesías? –insistió él.

–Sí, es lo que más leo. Es que yo... so... –menos mal que alcancé a reaccionar y paré en seco. De lo puro emocionado y contento que estaba por el regalo, casi les confesé lo todavía inconfesable.

–¿Cómo? –preguntó mi madrina.

–No, nada –me hice el loco– ¡Buenas noches! Y gracias otra vez.

Aunque después de esa noche, empecé a encontrar más simpáticos a mis padrinos, igual el ambiente en mi casa era para puro bajonearse. Entonces decidí irme a la casa del Quique cuando terminábamos las clases y llegar solamente a comer.

Fue la mejor idea que se me pudo ocurrir. Yo no sabía que él chateaba todos los días con la Luz María, y gracias a eso supe que todas sus amigas estaban motivadísimas con lo del cine el

domingo. Que las cuatro lo habían pasado bacán en la fiesta y, lo más cuático, que la Sofía para su cumpleaños quería hacer una junta con nosotros.

Como todos los plazos se cumplen, ¡por fin llegó el sábado! Ahora faltaban solo veinticuatro horas. Nada, eran nada.

En la mañana salí con Tomás en bici. Después de almuerzo, como las visitas se habían ido muy temprano a ver a la señora, que según la Horte ya estaba con un pie aquí y el otro allá, aproveché de encerrarme en mi pieza a escribir algunos versos, hasta que me llamaron a almorzar. No alcanzamos a comernos ni una lechuga, cuando sonó el teléfono. Era el tío Raúl, para avisar que la señora ya había puesto los dos pies en el otro lado, o sea se había muerto, y altiro supe que mi esperadísimo tercer encuentro con la Sofía también.

Tuve que ir al funeral de una señora que jamás en mi vida había visto. Aunque igual me dio un poco de pena, tuve que abrazar y consolar al cabro chico. Tuve que estar parado muerto de frío, mientras a caleta de gente le dio por hablar y hablar de la señora. Dijeron las mismas cosas que en el funeral del papá del profesor Sanhueza. Ella tampoco se quejó y era santa total.

Pero lo peor fue que tuve que perderme la ida al cine. No pude hacer nada para zafar. A la muerte no se la quita nadie de encima, y menos yo, un pobre poeta que soñaba hace ciento cuarenta y cuatro horas y todavía no sé cuántos segundos, para estar por fin sentado junto a su musa en el cine.

13 Apuñalada

El lunes en la tarde se fueron las visitas y yo fui el único que acompañó a mis papás al aeropuerto.

Nos dieron no sé cuántas veces las gracias por haberlos invitado a la casa y por la ayuda que les dimos en estos días tan tristes para ellos.

Al despedirnos, el tío Raúl me abrazó. Pero ahora sentí que su abrazo fue súper distinto al que me dio cuando llegaron.

–Te prometo, ahijado, que desde ahora te vamos a llamar más seguido para que nos cuentes de tu vida y... –se me acercó al oído– por si aparece alguna pololita.

Esta vez no me enojé con eso de pololita y tampoco porque quisieran saber de mí.

–Yo también los voy a llamar –les prometí, aunque nunca antes habría pensado decírselo a ellos.

–¡Me encantaría! –dijo la tía, haciéndome cariño en la cara.

La despedida con la Florencia y Pablo fue más piola.

En el auto tuve que reconocerles a mis papás, que después de vivir con mis padrinos una semana, y de haberlos conocido más, ahora me caían bacán.

Cuando llegamos la Cata para variar estaba llorando.

–¡Catita!, ¿qué pasa? –le preguntó la mamá, aunque ya todos sabíamos por qué.

–Ter... mi... né con Santiago –contestó casi sin poder hablar.

–Pero, mi amor, tranquila, te apuesto que es una tontera igual a la peleíta que tuvieron la semana pasada y la antepasada.

–¡No, no, él me dijo que se chateó conmigo y que no vamos a volver más! –siguió llorando más fuerte.

La mamá le hacía cariño y trataba de consolarla. La Horte, como siempre también, le trajo una de sus agüitas milagrosas, que a la tía no le resultaban para nada, pero a la Cata, por suerte, le hacían filete. Después vino lo típico. Mi mamá la acompañó a su pieza, hasta que de tanto llorar se durmió.

No es que a mí me dé lo mismo verla sufrir; no, pero mi hermana, igual que todas las mujeres, es ultra exagerada para todo y más cuando pelea con el pololo o con alguna amiga, por eso yo ya estoy acostumbrado.

Esos días de drama para ella, son una fiesta para mí; deja de sentirse la dueña del control remoto y del computador. No manda a nadie, ni pide favores. Pero esa tarde la fiesta fue doble. Para suerte mía, la Paula no estaba en la casa. Por eso, cuando vi el computador desocupado y ninguna mosca dando vuelta, al toque lo prendí y abrí Facebook. Crucé los dedos para que la Sofía estuviera conectada y, como me dice la Fran antes de empezar una prueba, me mandé puras buenas vibras.

¡Y sí, ahí estaba!

Cuando volví a ver su foto de perfil, sentí que se me aceleraba el corazón, y aunque eso me puso un poco nervioso, igual atiné rápido.

¡Hola!

Esperé. Nada, silencio total. Volví a escribir.

¡Al fin te metiste!

¡Qué perseguido! pensé cuando levanté el dedo de la tecla, pero ya era tarde.

Más silencio.

No entendía por qué se demoraba tanto en contestar, pero igual no quise esperar más y seguí.

¿Qué onda? ¿Qué has hecho estos días?

¡Idiota! ¿Qué días? si no habían pasado ni veinticuatro horas desde que, tal como ya sabía, estuvo en el cine.

Yo... estoy en mi casa.

Otro comentario idiota. ¿Adónde iba a estar si no? Mal, todo mal. Por urgido me estaba poniendo cada vez más patético. No saqué los ojos de la pantalla, aunque sonaban y sonaba los pitos de otros que me estaban hablando.

¡Hola, Fede!

¡Bien!, por fin. Le contesté altiro.

¿Qué estás haciendo?

Nada, igual que tú. Estaba chateando un rato antes de estudiar química.

Obvio, ¿qué va a estar haciendo, aturdido?, me dije. Está sentada frente al computador chateando contigo.

Y yo, matemáticas.

Era verdad, pero sabía que después de conversar con ella, cacharía menos que nunca.

Te llamé el otro día, pero me contestó la grabadora.

Se lo dije así como si nada.

Es que cambié de celular. El otro se me cayó.

¡Con razón!

Este es el nuevo: 98672451

Lo anoté altiro.

¿Cómo lo pasaste en el cine el domingo?

¡Bien, bien! La película no era tan buena, pero como el Guille es tan simpático, me dio lo mismo.

¿El Guille? ¿Qué Guille?

¿Qué Guille?

¿Cómo qué Guille? Guillermo, el Pailón. Es que encuentro horrible que le digan así, por eso para mí es Guille.

¿Para mí? ¿Era broma? ¡El metido del Pailón otra vez! Pero ¿cómo supo que íbamos a ir al cine? ¿A cuál de los giles engrupió ahora? ¿Y por qué nadie me contó que fue?

Igual, Fede, que lata que no hayas ido, porque lo habríamos pasado bacán.

Fue tanta la rabia que mandé un tremendo grito. Me acordé de la mamá, de la abuelita y la bisabuelita de ese... maldito pintamonos de Gálvez.

Después del cine fuimos al Mc Donalds.

¿Fuimos? ¿Qué onda? Altiro se me apareció en la pantalla la cara y la risa de ese *loser* y se me quitaron de una las ganas de seguir hablando.

Me están pidiendo el computador.

Nunca imaginé que algún día yo, iba a querer que eso fuera verdad.

Chao

Ya. Entonces de ahí hablamos.
Que te vaya bien en matemáticas.

Fue lo último que alcancé a leer antes de que se apagara la luz del computador y yo me fuera a negro total.

El chanta del Pailón me había apuñalado por la espalda.

Me paré. Necesitaba desahogarme, pero no quería escribir. Habría pescado la bicicleta, pero ya era muy tarde. Así que salí al condominio y me puse a caminar alrededor de la plaza.

Recién a la quinta vuelta me volvieron los pensamientos.

Que Gálvez me las iba a pagar, que la Sofía no tenía la culpa de que ese chanta de Gálvez la haya engrupido haciéndose el simpático en el cine. Ella de pura buena onda lo pescó, pero jamás una niña tan bonita, sensible y simpática como ella, se iba a fijar en un tipo como él; de eso sí que estaba seguro, segurísimo, mi corazón de poeta me lo venía diciendo hace rato.

Entonces, no podía perder el tiempo pensando en la puñalada que me había mandado el... el... innombrable. Ya se me iba a ocurrir cómo cobrarle lo que me había hecho, por ahora lo más importante era recuperar el tiempo, dominar en la cancha, como nos dice Bruno, y ganar el partido. Me había costado mucho encontrarla para dejar que un cualquiera se la llevara. Como sea, tenía que ver cómo hablar o por último volver a chatear con la Sofía.

Entré a la casa, y por fin después de comida, pude sentarme a escribir:

Una verdad

Sabemos los poetas,

que puñaladas

y traiciones,

se combaten

con versos,

jamás con golpes.

Otra vez quisieron

de mí arrancarte,

pero te juro que

sobre mi cadáver

voy a entregarte.

14 Gálvez no existe. Filo con Gálvez

Sí ya me costaba dormir porque me acordaba todo el rato de la Sofía, ahora olvidarme de que el Pailón estuvo sentado con ella en el cine fue imposible. Por eso, al otro día, cuando lo vi en el colegio, me dieron ganas de pescarlo del cogote y pegarlo en la pared, decirle que la Sofía era mi musa y que ni se le ocurriera meterse con ella. Pero tuve que comerme la pica. Todavía no quiero que nadie sepa lo que siento y menos que soy poeta. Por eso decidí que lo mejor era matarlo. Sí, matarlo. Desde ese día me olvidaría de que Guillermo Gálvez Peña estaba en el curso y en el colegio. O sea, dejó de existir para mí. Filo para siempre con Gálvez.

Entonces, eliminando al Pailón, la cancha se despejaba, y yo me pondría con todo para ganar el partido. ¡Jamás otro chanta me iba a hacer la misma!

La primera jugada tenía que ser llamar a la Sofía.

Salí del colegio corriendo para zafar del Quique y estar solo en el paradero.

Las manos me empezaron a transpirar y sentí la respiración entrecortada. No me hice caso. Conté hasta treinta, pero me faltó un poco, así que seguí hasta sesenta, no pensé más y me la jugué.

“Este teléfono está temporalmente fuera del área de servicio”, dijo la maldita grabadora.

Tranquilo, Fede, acuérdate que así son las cosas para nosotros, los poetas. Esperé. Volví a marcar... y... otra vez oí la misma voz chata.

¿Por qué no contesta? Empecé a ponerme nervioso y a caminar en círculo, hasta que una señora que estaba esperando la micro igual que yo, me preguntó la hora.

Recién ahí caché que todavía estaba en clases.

¿Qué hago? ¿Le dejo un mensaje o le mando un wasap? Eran tantas las ganas que tenía de hablar con ella, que al final hice las dos cosas:

Primero el mensaje de voz:

“¡Hola Sofía! Soy el Fede, cuando puedas llámame”.

Eso no más y corté.

Luego el wasap:

Hola, soy el Fede. ¿Estás en el colegio?

Lo mandé, y después este otro:

Llámame o métete a Facebook para que hablemos.

Listo, ahora tenía que esperar y ver si me respondía alguna de las dos cosas. No quise guardar el celular en la mochila, porque si sonaba, con el ruido de la calle no lo iba a escuchar. Me lo puse en el bolsillo del pantalón y a cada rato lo revisaba. Después en mi casa, para estar más seguro, lo saqué y lo anduve trayendo en la mano toda la tarde.

–Federico, ¡suelta ese teléfono, por favor! –me dijo la mamá mientras comíamos.

Lo dejé arriba de la mesa, pero sin sacarle los ojos de encima.

Al rato, como mi papá se dio cuenta de que estaba en otra, me volvió a retar.

–¿No oíste a tu mamá? Estamos en la mesa y les he dicho miles de veces que no quiero que traigan los teléfonos mientras comemos.

–Es que estoy esperando una llamada.

–Me da lo mismo. Sube y déjalo en tu pieza.

–Pero papá, no pued...

–¡Ahora!

Para allá parti sin alegar, porque si le bajaba la mala onda me podía quitar el teléfono.

Bajé, pero con los dos oídos pegados en el segundo piso. Por eso cuando volví a la mesa no entendí nada de lo que estaban hablando. Solo caché que mi papá le contestaba algo a la Paula.

–¿Cómo que qué lata, mi amor? Al revés, don Yiván es una persona muy agradable y les va a gustar conocerlo.

–¿Cómo se llama? –preguntó la Cata.

–Yiván Spendaryán.

–Pero, ¿por qué tan raro el nombre? –siguió.

–Porque es armenio.

–¿Armenio? ¿Y qué significa eso? –se metió la enana y yo movía la cabeza de un lado para otro, como si fuera un partido de tenis tratando de enchufarme en la conversación.

–¿Cómo que qué significa eso? ¡Qué incultura! Significa que nació en Armenia.

Por la cara que puso la Cata y, para qué decir la mía, el papá nos dijo a los dos:

–Obvio, por supuesto que ustedes tampoco tienen idea. Pero para mañana, como no quiero pasar vergüenza, quiero que los tres lean algo de Armenia y tenga tema con don Yiván.

Terminaron las preguntas y nos paramos.

–¿Quién es ese viejo que va a venir mañana, Cata?

–El nuevo jefe del papá –me contestó, choreada, y se fue.

Aunque me daba lo mismo quién viniera a comer o a tomar desayuno a la casa, igual pensé altiro en el Choclo. Él sabe caleta de todos los países del mundo, así que le iba a pedir que me dijera algunas cosas y con eso pasaba piola con el “jefecito”.

Volví corriendo a ver si tenía algún mensaje o llamada perdida, pero no, nada. Ni siquiera un chat. Aunque me dio un poco de lata, todavía era temprano. Saqué un libro de poesías y me metí a la cama.

Pasó un montón de rato, y cuando ya iba a apagar la luz, sonó el teléfono. Me senté más que rápido y contesté. Era ella.

–¡Aló! ¿Fede? Soy la Sofía, ¿estabas durmiendo?

–Sí, no, un poco, pero no, ¡hola! –le contesté todo tupido.

–Recién vi tus mensajes.

–¡No importa!, filo.

–Es que hoy salimos temprano del colegio y nos fuimos al mall con mis amigas y ahí se me descargó.

–¿Por qué salieron temprano?

–Porque los profesores tenían un curso o no sé qué cuestión rara.

–¿En serio? ¡Qué suerte! Ojalá a los de nosotros se les ocurriera hacer lo mismo.

–Oye, y ¿cómo están el Pelao, el Guille y el Guatón? –¿Ah? ¿Qué le podía importar cómo estaba ese...? Menos mal que no esperó que le contestara y siguió hablando aceleradísima– ¿Tú sabías que la Luzma y el Quique hablan todos los días y que pasa algo entre ellos?

–¡Ah! ¿El Quique? No, sí, un poco.

–Ya, porque el otro día, cuando chateamos, ¿te acuerdas? –¡Ah no! Le habría dicho que todavía me dolía la espalda con la puñalada de Gálvez– Bueno, también estaba hablando con el Guille y él sí sabía.

Ahora sí que se me subió la sangre y apagué tele.

–¡Aló! ¡Aló!

“Federico, acuérdate: Gálvez está muerto. Gálvez no existe. Gálvez no existe. Filo con Gálvez. Filo con Gálvez”, me alcancé a repetir antes de que se diera cuenta.

–Fede. ¡Fede! ¡Fede! ¡Alooo!

–¡Aló! Sí, sí –le contesté como pude– es que a veces se va la señal en mi casa. –¡Qué mula más mala!, pero me dio lo mismo.

–Oye –siguió como si nada–, podríamos hacer una junta.

–¿Una junta? –reaccioné– ¡Buena! ¡Sí! ¡Bacán!

–Les voy a decir a las demás y vemos qué onda.

–Dale, filete.

–Ya Fede, todavía tengo que hacer una cuestión para el colegio, así que después hablamos.

–Obvio.

–Chao.

–Chao –y corté.

¡Bien! Con eso último me quedó claro que la jugada estuvo perfecta. Había recuperado la cancha y por fin Gálvez quedaba enterrado y bien enterrado.

15 Armenio

Después de la brillante jugada y de los puntos que gané con los mensajes a la Sofía, logré hablar con ella y gracias a eso, pasé un día bacán en el colegio. Participé en todas las clases, y aunque no le achunté mucho con las respuestas, igual los profesores cacharon que estaba haciendo un esfuerzo y me felicitaron. Mejor dicho, casi todos, porque Jiménez no me pescó ninguna de las veces que levanté la mano.

Estaba tan motivado que hasta le pedi el cuaderno de química a Matías Hurtado, para ponerme al día. No es tan seco, pero es lejos el más ordenado del curso. También estuve brígido en el entrenamiento, y cuando terminamos, Bruno me dijo que lo había sorprendido.

Cuando llegué a la casa después de clases, mi mamá y la Hortensia estaban urgídisimas corriendo para todas partes.

–¿Qué onda? ¿Qué pasa? –les pregunté.

–¿Cómo que qué pasa, Federico? Tenemos la comida con don Yiván y su señora –me contestó la mamá sin mirarme, mientras arreglaba unas flores.

–¿Don quién?

–¡Por Díos, hijo! ¿En qué mundo vives? –“en el de las musas, la poesía y la inspiración, mamá”, le habría recordado, pero así como estaba era perder el tiempo–. El nuevo jefe de tu papá. Van a llegar a las ocho.

–¡Ah!, ¡verdad! ¿Ese que era de no sé dónde? –recién ahí me acordé.

Dejó el florero después de mirarlo por todos lados y de sacar y poner miles de veces las mismas flores y partió apurada a la cocina. Detrás fui yo.

–Pero, ¿por qué tanto rollo con eso?

–¡No hay caso contigo! ¿Por qué va a hacer? Porque para tu papá es muy importante y quiere darle una buena impresión de su familia.

La Hortensia estaba haciendo unas sopaipillas con pebre para el aperitivo, y vi que arriba de un mesón ya tenía listos los típicos alfajores cuáticos que hace ella para el café cuando tenemos visita.

–¿Cómo vas, Hortensia? –le preguntó mi mamá.

–Bien, señora, me falta solo poner la carne en el horno, lo demás ya está listo.

–Ya, entonces yo voy a poner la mesa.

No terminó la frase, se dio vuelta y empezó a darme órdenes.

–Fede, tráeme el paño y el lustra muebles, para pasarle a la mesa, por favor y después ayúdame a...

–Y aprovecha de traerme a mí, una bolsa de basura –siguió la Horte.

Como ya las conozco, sabía que si no me iba altiro, pasaría la tarde entera de mozo. Entonces aproveché que las dos estaban concentradas, saqué tres alfajores, abrí la puerta, pesqué la bicicleta y en dos segundos ya estaba camino a la casa del Quique.

Yo sabía que tenía ensayo con su grupo de música y aunque es súper chato oírlos tocar la misma cuestión todo el rato, fui igual; eso era mil veces mejor que estar en mi casa.

Increíble, pero se me pasó la hora muy rápido. Cuando me di cuenta, ya eran las siete y media. Ni me despedí. Me subí a la bici y pedaleé con todo a la casa.

A las pocas cuabras sentí que algo le pasaba a una rueda. Paré para mirarla. La maldita estaba completamente desinflada. O le faltaba aire, o se había pinchado.

Llegué apenas a la bomba que está cerca de mi casa y del mall. Ahí como los bomberos ya me conocen, tengo permiso para sacar la manguera del aire. Estaba en eso cuando sentí que alguien me llamaba desde un auto. Al principio no vi quién era y pensé que me había equivocado, por eso no pesqué. Al rato, volví a oír mi nombre clarito. Paré y enfoqué mejor: ¡era la Sofía!

Estaba en un auto con una señora. Me hizo señas y yo de la pura sorpresa e impresión, me quedé parado como si hubiera visto un fantasma. De puro pasmado, por aturrido se me olvidó soltar la manguera y el aire siguió saliendo, hasta que, obvio, la rueda se reventó. Toda la gente que estaba en la bomba, en la tienda y también la que iba pasando por la calle, quedó paralizada

con el ruido; y yo, del susto, me caí para atrás y me pegué tremendo cabezazo en el suelo. Varios bomberos corrieron a ver qué había pasado. Uno se preocupó de tranquilizarme, y otro, de la rueda.

Con todo el escándalo nunca supe si la Sofía vio la embarradita que me mandé, porque cuando pude levantar la cabeza para mirar, su auto ya no estaba.

¡Cómo tan mala suerte! ¡Qué rabia! ¿Por qué justo ahí, en esa bomba y a esa hora tenía que estar ella y ese fuera nuestro tercer encuentro? Bueno, tanto como encuentro no, porque ni siquiera nos saludamos, pero que la Sofía me haya mirado haciendo el loco igual era brígido y patético para mí.

Amargadísimo y mareado por el cabezazo, me fui caminando a la casa con la bicicleta en la mano.

Llegué y la dejé botada de pura pica y entré a la cocina.

Cuando la Horte me vio la cara y todo sucio, se asustó.

–Pero ¿qué te pasó, Federico?

–Nada, me caí.

–El jefe de tu papá ya llegó y estaba preguntado reciencito no má por ti. Así que apúrate y anda a cambiarte antes de que se enoje.

Subí. Mientras me lavaba con agua fría para que se me quitara la rabia, oía a mi papá llamándome desde la escalera. Cerré la llave y corrí. En el segundo escalón paré en seco.

–¡El armenio! ¡Chuta! No le había preguntado al Choclo y tampoco había leído ninguna cuestión del famoso país del jefe. Sabía que si bajaba sin saber nada, era mejor no haber nacido.

Meterme a Internet era demasiado lento, así que fui al mueble de los libros y saqué un almanaque del año uno que tiene mi papá. Filo, me dije, total nadie va a cachar.

Urgido empecé a dar vuelta las páginas, que además se me iban cayendo porque estaban todas sueltas, buscado la lesera de país, pero como no tenía idea en qué continente estaba, empecé a transpirar. Descarté de una vez las tres Américas y Oceanía. En Asia no estaba, seguí con Europa, tampoco, hasta que por fin en la segunda página de África apareció.

–Federico, baja –oí la voz de mi mamá.

Leí lo más rápido que pude.

Resulta que está entre Europa y África, o sea, no es de aquí ni de allá. Además ha sido invadido por cuanto país cercano existe. Está rodeado de puras montañas y tiene un clima terrible de malo; o hace un frío polar o un calor heavy. Pero lo peor, según lo último que alcancé a leer, es que allá, el 98% de la población es analfabeta. O sea Armenia era un país ultra pobre y casi ninguno de los armenios sabía leer. No pude ver cómo se llamaba la capital ni la moneda, porque volví a oír a mi mamá.

Entré al living y ahí estaban los armenios conversando con mis papás de lo más contentos y en un castellano mejor que el mío. La Cata y la Paula oían con caras de lata.

Me acerqué a saludar, a la señora primero y después el señor Spe no sé cuánto Yan. Le di la mano. Era bien flaco, alto, con una barba más o menos larga y blanca. Se notaba altiro en la cara de los dos, que tenían sangre de un país pobre y sufriente.

En eso entró la Horte con las sopaipillas y el pebre.

–¡Qué rico! –dijo la señora y sacó una. Después le tocó a él.

–¡Están exquisitas! Creo que nunca había comido algo tan delicioso –comentó don Yes, Yas o Yi..., sin parar de sacar del plato.

¡Cómo no le van a gustar!, pensé, si en Armenia quizás cuando eran chicos con suerte podían comer pan.

Mi mamá se dio cuenta de que algo me pasaba y empezó a levantar las cejas, desesperada para que cambiara la cara. Me costó reaccionar por la pena que me daba el parcito de armenios.

–¡Qué bonito está Santiago! ¿Se fijaron en la cordillera hoy? Yo no me canso de mirarla –comentó el jefe.

–A lo mejor le trae recuerdo de las montañas que hay en su país, señor Yasmán –comenté por fin como si fuera un experto en el tema.

Mi papá no podía creer que era yo el que había hecho ese comentario.

–Yiván, no Yasmán –me corrigió– . ¿Recuerdos? –Miró para todos lados haciéndose el desentendido y siguió hablando con mi papá.

–Pero igual las montañas les han servido para defenderse de las invasiones –insistí.

–¿Las invasiones? –repitió ella.

Me di cuenta de que la señora no quería acordarse de ese tema. Entonces lo miré a él, para que me contestara, pero otra vez no me pescó.

–Eduardo, ¿juega tenis? –le dijo a mi papá.

–Sí, no soy bueno, pero me gusta.

–Entonces podríamos ir el fin de semana a paletear un poco.

No podía creer lo que estaba pasando. Ninguno quería contestar. O están traumatados con sus historias o son fríos como el clima de Armenia. Lo miré de nuevo, ahora más concentrado para cazar cuál de las dos cosas era la correcta.

Los dos son flacos y tienen la cara bien gris, pero si hablan tan bien castellano, a lo mejor sus familias los sacaron de Armenia cuando eran súper chicos y tuvieron la suerte de que aquí pudieron ir al colegio. Pero podía ser lo segundo, que como aprendieron a leer se sienten superiores y creen que se las saben todas, y por eso son tan indiferentes y les da vergüenza cuando se les habla de su país.

–¿Qué suerte tuvieron ustedes de poder estudiar! –probé con esa pregunta primero.

–¿Suerte por estudiar? –me contestó él.

–Sí, porque como allá 98% de la población es analfabeta, don Yislán, que sus familias pudieran traerlos a Chile debe haber sido bacán para ustedes– con ese comentario hasta mis papás se callaron para oírme.

–Yiván, Federico, ya te dije, no Yislán –volvió a corregirme, con un poco menos de paciencia–. ¿Tantos?, la verdad no tenía idea, pero si tú lo dices así será –me contestó casi sin mirar y sacó otra sopaipilla–. Eduardo y Mónica, ¿han estado alguna vez en Escocia? –preguntó para cambiar de tema.

¿No lo sabía? ¿Qué tipo de hombre era este, que no sabía lo más importante y grave de su país?

–No, todavía no hemos ido –le contestó mi papá, como de memoria, porque me estaba mirando con cara de pregunta.

–Lo que es nosotros, con la Martita venimos llegando de un viaje maravilloso. Fuimos a conocer la tumba de mi abuelo. Realmente es emocionante ver un montón de lápidas como la de él. ¡Fueron tantos los ingleses valientes que murieron en la segunda guerra mundial! –comentó casi llorando–. Para mí esos son los verdaderos héroes.

Ahí recién me di cuenta de que el viejo no estaba traumatado, sino que era un frío e insensible armenio. Me dio tanta rabia oírlo hablar así de un compadre que fue capaz de dar la vida por un país que no era el suyo, mientras su patria era atacada sin parar y la gente se moría de hambre.

–No entiendo, señor Yasmás, Yalán –a esas alturas ya estaba súper confundido con el nombre y además me daba lo mismo–. ¿Cómo que su abuelo, siendo armenio, peleó por otro país y no defendió el suyo propio? –no paré–. Pero me imagino que su papá, sus tíos, sí habrán actuado como verdaderos armenios patriotas y seguirán preocupados por lo que pasa allá, ¿o no? –con esa pregunta sí que fui directo, pero él me miró de reojo con cara de choreado y no dijo ni una palabra. Siguió comiendo y tomando vino.

Mi papá empezó a toser, como siempre lo hace cuando no sabe qué decir. Mis hermanas empezaron a reírse a escondidas y yo solo esperaba respuestas de ese desertor y poco patriota del nuevo jefe. Mi mamá, nerviosa, y sin saber qué hacer con el silencio que había, me mandó a la cocina.

–Fede, anda a buscar más pebre, por favor

Yo no me iba a mover hasta que el don ese, cara de palo, me contestara.

–A ver, Federico, no entiendo tus preguntas. ¿Por qué dices que como armenios patriotas? ¿Me puedes decir de dónde sacaste que yo soy armenio? –me habló por fin directamente a los ojos.

–Mi papá nos contó –ahí lo miré a él que se puso blanco como papel–. Además con ese nombre y apellido usted no puede ser de otra parte.

–Ja, ja, ja –se rió–. Ahora entiendo. Lo que pasa es que mi nombre y apellido son de origen armenio, pero yo no tengo nada que ver; es más, soy tan chileno como ustedes –nos miró a todos, incluido a mi papá–. Mi tataratataratata abuelo nació ahí, pero sus hijos, los hijos de sus hijos y demás generaciones para adelante, jamás han vivido ni tienen ninguna conexión

con Armenia desde hace muchísimos años. Somos poquísimos los que conservamos el apellido y dos o tres tenemos nombres típicos de allá, pero nada más. Del abuelo que les cuento, es el papá de mi mamá y él era escocés.

¿Qué le contestaba? Lo dijo tan seguro que no podía ser mentira.

–Y, ¿cómo sabes cuántos analfabetos hay en Armenia, Federico? –me preguntó la señora Spedia...

–Del almanaque de mi papá –todos se dieron vuelta a mirarlo a él, que ya estaba rojo de vergüenza y de rabia.

–De... ¿de mi almanaque? ¡Eso es imposible! ¡Leíste mal!

–No, papá, te juro que eso decía –insistí.

–Tráelo, por favor –me mandó.



Antes de bajar, ordené las páginas sueltas como pude.

Él lo tomó e inmediatamente buscó Armenia para confirmar mi dato. Lo encontró y leyó en voz alta:

“Nivel de alfabetización: el 98% de la población es ALFABETA”.

–¿Oíste? Alfabeta, no analfabeta. Eso quiere decir, hijo –me explicó con los dientes juntos para disimular las ganas que tenía de matarme– que SÍ saben leer y escribir. Lo leíste mal – siguió, ahora con la boca chueca–. ¡Pídele disculpas inmediatamente al señor Spendaryán, Federico!

Así lo hice. Muerto de vergüenza, me acerqué a él que, desde hacía dos semanas, era el nuevo jefe de mi papá, pero que no sabía si seguiría siéndolo después de esa noche, y le pedí disculpas. No, en verdad, miles de disculpas.

Después de eso no sabía dónde meterme. Mis hermanas tampoco. Para qué decir mi mamá. A la pobre no le quedó otra que hacerse la comprensiva y reírse como si hubiera sido una broma mía.

Menos mal que cuando pasaron a la mesa, nosotros nos fuimos. Yo solo quería ver televisión, harta televisión, a ver si lograba olvidarme de ese día que habría sacado para siempre del calendario.

16 El silencio de contreras

Después de la tremenda desubicada que me mandé con el jefe armenio de mi papá y, antes que eso, el numerito en la bomba de bencina, mi voz interior quedó afónica de tanto gritarme que no podía seguir así. Ya era demasiado tener todo el día la cabeza pegada en inspiraciones, versos y musas. Así que me hablé golpeado para ver si así reaccionaba:

“Ya, Federico, en serio, para de pavear si no te vas a quedar sin musa, sin colegio y sin familia”.

Sabía que me iba a costar obedecer a mi propia parada de carro, pero por mi futuro, como fuera, tenía que hacerlo. Tampoco la cuestión era tan exagerada y me iba a olvidar de la Sofía, no, solo tenía que tratar de urgirme menos y cambiar un poco de tema.

En el colegio, los dos primeros días me costaron caleta. No duraba más de diez minutos concentrado, porque sin quererlo se me iban los pensamientos y las ganas de escribir.

En la mañana del tercer día, en clases de química y cuando todavía estaba oyendo en verdad al profesor, de la nada vimos que Ignacio Contreras se paró y, sin preguntar, salió de la sala dando un tremendo portazo. Todos en el curso se quedaron helados, y para qué decir el profesor Riquelme, que cuando reaccionó partió corriendo detrás de él; pero parece que no lo encontró porque llegó al poco rato y solo.

Nunca más, en todo el día, supimos de él. Tampoco si lo habían pillado y suspendido por lo que había hecho.

Todos tratamos de cachar qué onda le bajó, pero a ninguno se nos ocurrió alguna explicación.

Ignacio no era así. Él fue mi primer mejor amigo. Llegó al curso, desde Antofagasta, cuando estábamos en segundo básico. Me acuerdo perfecto que era igual de flaco y chico que yo. Además, la miss Cecilia nos sentó juntos y con eso nos hicimos inseparables.

Casi todos los fines de semana nos invitábamos; él iba a mi casa o yo a la suya.

Era seco para armar cuestiones con los legos y no se demoraba nada en hacer esos puzles de millones de piezas chicas. Nos pasábamos horas en el jardín esperando que los pájaros cayeran en las trampas que les poníamos o recogiendo lagartijas para después cortarles la cola.

Desde cuarto o quinto dejamos de juntarnos fuera del colegio, pero como ninguno era bueno para el fútbol, en los recreos jugábamos a las bolitas en una ratonera que nos hizo su papá. Siempre fue mateo y mucho más responsable que yo, al menos hasta sexto, por eso me ayudaba en las tareas y trabajos.

Desde el año pasado, cuando entramos en media, se empezó a juntar con gente de otros cursos, pero igual sigue siendo buena onda, seco para la talla y simpático con nosotros. Es uno de los que más participa en clases y los profes le tienen súper buena. Por eso lo que había hecho era demasiado raro y nada que ver con él.

Nunca nos imaginamos que al día siguiente lo veríamos en el colegio, porque para todos era obvio que, después de haber salido sin permiso y de un portazo, lo menos era una semana de castigo. Por lo menos para mi habría sido así.

Llegó sin hablar con nadie. Puso sus cuadernos arriba del escritorio y se sentó mirando fijo al pizarrón. Así estuvo las dos primeras horas. Después, cuando nos tocó con Jiménez, le llamó la atención bien pesado, como es él, porque no entregó un trabajo que debía. En física lo mismo. Sanhueza le entregó un control que, según De la Fuente que se sienta al lado, era un 2,3.

O sea todo mal con Contreras.

Hoy pasó lo mismo. Llegó con la misma cara, no habló con nadie y fue el primero en salir para los dos recreos y desaparecer del patio. Por eso decidí seguirlo a la hora de almuerzo, aunque se enojara conmigo por metido.

Se fue caminando rápido hasta la bodega donde se guardan las cosas de deporte y que no se ve desde el patio. Me quedé detrás de una pared, hasta que caché que se sentó y empezó a jugar con un palo en el suelo y con la cabeza agachada.

Ahí salí y sin preguntarle me senté al lado con otro palo y empecé hacer lo mismo que él.

Aunque nunca levantó la cara, Contreras sabía que era yo, pero no dijo nada.

—¿Qué onda, Nacho? —así le decía yo cuando éramos chicos.

–Nada, ¿por qué? ¿Qué haces aquí? –me preguntó, enojado.

–Te seguí.

–¿Me seguiste? ¿Para qué?

–Para saber por qué saliste así de la sala el otro día y si te castigó el inspector –le dije pasando piola.

–¿Estaba chato! Y no, no me castigaron.

–¿No te creo?, ¡qué suerte!, lo que es a mí, si hago eso me suspenderían todo el año.

Se quedó callado un rato. Yo no esperé mucho y le volví a preguntar.

–Pero, ¿por qué no estás en el patio con todos?

–¿Qué te importa? Quiero estar solo y punto –me contestó, seco.

Era más que obvio que Ignacio no estaba ni ahí con hablar, pero me dio lo mismo y seguí igual.

–¿Te acuerdas cuando cazábamos lagartijas en tu casa? ¿Y de las trampas bacanes que inventamos para los pájaros? –nada, solo levantó los hombros–. Y de esa vez que se nos ocurrió hacer una carpa en el jardín y cuando estábamos felices comiendo papas fritas, se prendieron los regadores y quedamos empapados, ¿te acuerdas?

–Algo.

–¿Algo? ¿Cómo algo? Si yo que tengo pésima memoria nunca se me ha olvidado ese día. Tu mamá nos hizo chocolate caliente, me prestó ropa y después tu papá como nos habíamos quedado con las puras ganas de acampar, para quitarnos la pena, prendió la parrilla y comimos un millón de salchichas. ¡Te tienes que acordar de eso! ¿O también se te olvidó?

Esperé. Siguió mudo. Entonces cambié otra vez de tema, total, todavía no me había echado y nos quedaba un poco de recreo.

–Siempre he pensado que tienes mucha suerte con tus papás –le dije–. Los míos a veces no más son buena onda. Me pasan retando por las notas, el desorden de mi pieza y porque me la paso en otra. En cambio los tuyos, por lo que me acuerdo, eran al revés, siempre estaban

preocupados por ti. Nos hacían panoramas y te daban permiso para todo. ¿Siguen igual? –ahí sí que le achunté, porque levantó la cabeza, pero me miró con cara de rabia y con los ojos brillantes me gritó:

–¡Cállate!

–Pero... si... te da rabia que se hayan puesto pesados por lo de la PSU, los míos están iguales. No hay que pescarlos... lo hac...

–¡No! –me volvió a contestar gritando– Son ellos los que no me pescan a mí. Les doy lo mismo. Lo único que les importa ahora es pasarse peleando y gritándose por teléfono puras cuestiones idiotas y pesadas. ¡Es apestoso!

–¿Peleando por teléfono?

–Sí. El fin de semana mi papá se fue de la casa. –Por fin levantó la cara y me habló más tranquilo–. Así no más, sin decirnos nada. Llegó el viernes de la oficina, subió a la pieza y llamó a mi mamá. Ella entró de lo más normal. Al rato salió blanca y apenas podía caminar. Después vimos a mi papá bajar la escalera con una maleta grande. Nos dio un beso a mi hermana y a mí, cerró la puerta y se fue.

–¿Se fue? ¿A dónde?

–A un departamento a vivir con una polola que parece que tiene desde hace caleta de tiempo. Lo peor es que dijo que iba a tener muchos gastos así que mi mamá va a tener que trabajar no más, y como todavía no encuentra nada, está todo el día histérica y llorando.

–Ya, y... ¿qué onda con ustedes?

–¿Que qué onda? Esto es chato. Ahora con mi hermana vamos a tener que hacer todo en la casa porque mi mamá va a tener que salir todo el día.

–¡Qué lata, Nacho! Yo no tenía idea.

–Y no quiero que nadie sepa. Así que no se te ocurra abrir la boca, ¿me oíste? Solo Sanhueza y el inspector saben, por eso no me castigaron.

Le di mi palabra de hombre que le guardaría el secreto.

Cuando sonó el timbre, volvimos caminando en silencio a la sala y, antes de entrar, me dio las gracias.

En la clase con el latero de Villegas, me fijé que le había cambiado un poco la cara, había abierto el cuaderno y empezó a tomar apuntes.

A la salida lo esperé para irnos juntos al paradero. Ahí seguimos acordándonos de las cosas que hacíamos cuando chicos y terminamos riéndonos con todo.

Hoy ya no lo encontré tan serio y lo vi conversando con De la Fuente. En el recreo del almuerzo no se fue a su escondite y nos comimos una pizza los tres con el Quique.

En verdad fue brígido lo de Contreras.

Desde que me contó he pensado hartito en mi familia. En mis papás, en mis hermanas y en la suerte que tengo de que estemos todos juntos. También me sirvió, sin pensarlo, de inspiración para escribir por fin algunos versos nada que ver con la Sofía y cuestiones románticas.

Mi familia

La familia es un tesoro

que si la perdemos

quedamos perdidos y solos.

En la mía peleamos,

discutimos

y también gritamos.

Pero al final del día

siempre nos reconciliamos.

17 Un nuevo y último reencuentro

Aprendí que a los amigos de la vida nunca hay que dejarlos de lado. Tengo que estar siempre atento para oírlos y ayudarlos. Si no, ¿de qué amigo estamos hablando? También aprendí que no siempre lo que uno cree es perfecto, como por ejemplo, los papás de Contreras. Porque con los años todo puede cambiar. Bueno, a veces tampoco es necesario que pasen muchos años, especialmente si de mujeres se trata. En mi caso bastaron poquitos días para que la Sofía, mi musa tan esperada, y ya a estas alturas amada, se transformara en otra persona. De ser buena onda, simpática y pescarme caleta, pasó a ser cinica, a burlarse de mí y a mirarme solo como un amigo.

Por eso, ahora entiendo más que nunca a mi papá cuando dice: “¿De dónde salieron las mujeres? ¡No hay caso, nunca se sabe nada con ellas!” Pero por su culpa, igual los hombres siempre quedamos como unos pobres giles perdidos totales, cayendo una y otra vez en sus trampas.

La que me tendieron a mí, empezó y terminó así:

Estábamos en plena clase de física, a punto de cumplir los quince minutos de concentración que había logrado alcanzar después de mi parada de carro, cuando el Quique me pasó, escondido, un papel.

–¡Oye, Martínez!, ¿quieres acompañarme al mall después del colegio?

–¿Al mall?, ¿a qué? –le contesté.

–Me voy a encontrar con la Luzma en el Dunkin’ Donuts.

–Ya pero, ¿y yo qué tengo que ver ahí?

–Lo que pasa es que ella no quiere ir sola, entonces van a ir también la Sofía, la Vero y a lo mejor otras amigas.

¡BACÁN!, me dije, es justo la oportunidad que estaba esperando.

–¿Y a quién más invitaste?

–Al Guatón y al Pelao.

Le estaba contestando que sí, cuando el profe me pilló.

–¿Qué hace, Federico?

–Nada, señor, estaba tomando apuntes –le contesté el muy chivero, pero aunque no me creyó y me miró con cara de sospecha total, me la dejó pasar.

Terminó la última hora y, antes de salir, el Quique me volvió a preguntar:

–Ya, Fede, ¿apañas?

–¡Eh..., sí, obvio!

¡Qué increíble! Llevo no sé cuántos días pensando qué hacer para saber si la Sofía alcanzó a verme en la bomba haciendo el ridículo. No me había atrevido a hablar ni por Facebook ni por WhatsApp con ella de puro cobarde, y ahora resultaba que sin planearlo me llegaba la gran oportunidad.

El Pelao arrugó, así que nos fuimos caminando los tres. Yo casi no abría la boca porque el parcito habló puro de fútbol. De repente, de la nada, el Guatón le preguntó al Quique:

–Oye, ya po, ¿cuándo le vas a pedir pololeo a la Luzma?

–Ahora –le contestó él de lo más tranquilo.

–¡Ah ya! Y... ¿estás seguro de que va a venir la Vero?

–Ya te dije que sí. Ella, la Sofía y parece que otras niñas de su curso que no conocemos. ¿Desde cuándo tanto interés en la Vero? ¿No te gustaba la Carola?

–Así que me guste me guste, no, pero la encuentro bonita.

–Falta que a ti no más te guste la Sofía –dijo mirándome el Quique como si sospechara algo.

–A mí, no, no estoy ni ahí –le mentí.

–¡Menos mal, compadre! Porque el otro día en el cine, se rió y conversó todo el rato con el Pailón.

¡Qué simpático! ¡Qué atinado acordarse de eso justo ahora! Lo miré y me quedé callado. Fue inevitable imaginármelos juntos y volví a sentir el dolor de la puñalada. Pero al tiro me acordé también de que ese innombrable ya no existía.

Después de ese comentario, ellos siguieron con la lata del fútbol y yo quedé más nervioso todavía. Tanto que dejé de oírlos.

Mientras más nos acercábamos al mall, la lengua más se me secaba, casi no podía hablar.

¿Cómo estará? No sabía si había cambiado mucho desde la fiesta. Solo había hablado por teléfono con ella, porque el segundo que la vi en la bomba estaba muy lejos.

Si seguía bonita o no, me daba lo mismo. ¡Qué importa! Traté de convencerme. A los poetas solo nos interesa la belleza interior de nuestras musas. Su sensibilidad y dulzura. Pero no lo voy a negar, si la Sofía además la tenía por fuera, más lo buena onda, simpática y sencilla que era conmigo, mejor.

Con todas estas reflexiones dándome vueltas en la cabeza, por fin llegamos. Las rodillas apenas me hacían caso. Seguía sin poder hablar y menos tragar.

Subimos la escalera. Traté de respirar profundo, pero por mucho que lo intenté, el aire no me pasaba de la nariz.

Era temprano todavía, así que las esperamos dentro del local.

–¿Trajeron plata? –nos preguntó el Quique delante del vendedor. Yo moví la cabeza diciendo que sí, pero ni me había acordado de ese detalle. Al Guatón ni lo miró, porque sabía que para comer siempre tiene de sobra– ¡Sentémonos! –dijo mostrando una mesa desocupada al lado de la ventana– y cuando lleguen las niñas, pedimos.

Yo no fui al tiro con ellos, me quedé parado en el mostrador, porque necesitaba urgente un vaso de agua. Se lo pedí como pude al compadre que atendía. Cuando me lo pasó, no respiré hasta tomármelo entero.

–Deme otro, por favor –dije, urgido antes de que se me volviera a secar la lengua.

Me dio otro igual, también lo tragué de una. Puse el vaso desocupado en la cubierta y solo levantando las cejas, le pedí que me sirviera más. Ese era el tercero.

–Pero, niño, ¿qué te pasa?, ¿eres diabético o estás enfermo?

–No –moví la cabeza–, es que no sé por qué tengo tanta sed.

¡Ah!, qué alivio, ya podía hablar, así que me fui más tranquilo a la mesa.

Estaban los dos de lo más relajados conversando no sé de qué. Yo, hiper ansioso, lo único que hacía era mirar para todos lados esperando que ella llegara.

Por fin, entraron. Venían las tres y dos amigas más que ni miré. Entraron conversando de lo más relajadas.

Se acercaron y nosotros, al toque, nos paramos a saludar.

Ahí estaba ella...

Al principio la desconocí. No me acordaba cómo tenía el pelo y que era un poco baja, pero de sus pecas no me había olvidado.

–¡Hola, Fede!, ¿cómo estás?

–Bien –apenas me salió la voz, porque al verla, otra vez se me había secado la garganta.

–¿Quieren que elijamos las donuts al tiro? –preguntó el Guatón, apurado.

–Ya, estamos muertas de hambre –dijo la Luzma.

Pidieron una cada una. Cuando me preguntaron a mí, dije que no, que solo me iba a tomar un vaso de agua.

El vendedor me miró con cara de “no lo puedo creer”. Qué ganas de decirle que yo tampoco, pero las cosas se me estaban dando así y por el momento no podía hacer nada.

Antes de sentarnos, me dio otro ataque, no precisamente de sed, sino de botar toda el agua que había tragado. Tenía que ir al baño o sería imposible que pudiera moverme. Para qué decir toser, hablar o reírme con alguna talla.

Salí más aliviado y miré hacia la mesa. Desde ahí se notaba que lo estaban pasando bacán. Caminé, pero antes de llegar paré en seco, porque alcancé a oír que la Sofía, riéndose con todo, les contaba lo que había pasado en la bomba de bencina con el aire y la maldita rueda. Todos, al igual que ella, no paraban de mirarme y reírse de mí.

Aunque por orgullo no debía haberlo hecho, pregunté igual, haciéndome el tonto, qué era tan chistoso. El Guatón contestó:

–Que la Sofía te vio haciendo el loco en la bomba y que más encima te caíste. Jajaja...

–¡Ah!, eso. Fue pura mala suerte.

Volvieron todos a las risitas de burla.

No quise contestarles nada, aunque tenía mucha rabia. Solo los miré y el Quique, como me conoce, cachó que la talla me había caído como patada en la guata. Entonces trató de cambiar el tema.

Filo, me dije, no pienso enrollarme con esto, total a cualquiera le puede pasar, lo que me importa es aprovechar de hablar con mi musa.

–Nosotros vamos a esa tienda a ver una cosa –se pararon el Quique y la Luzma.

–Ya, vayan, nosotros los esperamos aquí –contestó la Sofía.

Faltaba que al Guatón, la Vero y las otras niñas se fueran. Pero no, se quedaron ahí y siguieron conversando sin pescarme. Yo tampoco me metí porque todo el rato traté de que la Sofía me mirara y me dijera algo para empezar a conversar solo los dos. Esperé un rato por si se daba cuenta, pero no, nada. Entonces volví a pararme. Ahora, más que nervioso, confundido.

–Vengo altiro –les dije, pero para ellos mi aviso fue como si lloviera.

Caminé al mesón otra vez. No alcancé a pedir nada, porque el compadre me pasó un vaso lleno de agua, sin preguntar.

–Toma.

Adentro de una, aunque esta vez no tenía nada seco, sino más bien, necesitaba despabilarme para que se me ocurriera algo y estar solo con la Sofía. Entré de nuevo y, cuando iba saliendo, escuché la voz de ella desde el baño de mujeres hablando con una de sus amigas:

–¿Qué onda ese Federico?, jajaja, ¿es un *loser*?

–No, no tanto, es un poco perquin y a veces medio inmaduro, pero es buena onda –contestó la Sofía.

–Ya, pero igual te mira hartito.

–No, nada que ver conmigo, es un amigo y no estoy ni ahí con pescarlo más. Con Stefano estamos bacán y cachito que el fin de semana me va a pedir pololeo.

¿Amigos no más? ¿Perquin e inmaduro? Era demasiado. Oírla me dejó mudo por dentro y por fuera.

No salí del baño. Y si hubiera podido habría tirado la cadena para ahogarme.

¿Para la niña que me había inspirado todo este tiempo y que me había devuelto la esperanza en las mujeres, a la que había elegido entre muchas como mi musa, yo era un nadie?

Tomé aire, me miré al espejo y me acordé una vez más, en mi corta vida de artista, de los poetas que vinieron antes de mí y a los que admiro con todo. Ellos sufrieron. Ellos vivieron la soledad y el abandono, pero la fuerza de su vocación los levantó; y la mía, aunque ese día estaba hartito más débil, no podía ser menos. Tenía mucha rabia y estaba apestadísimo.

No sé cuánto rato pasó. Cuando estuve más tranquilo decidí que a la mesa no pensaba volver. Pero que sí, de todas maneras, me iba a ir al toque de ese lugar apestoso. Si me veían, filo, les metería cualquier chiva.

Esperé hasta que no se oyera ninguna voz en el baño de al lado y salí.

Pasé por el mostrador y el vendedor me miró esperando que le pidiera agua. Moví la cabeza y seguí caminando como si nada hacia la puerta, pero cruzando los dedos para que nadie se diera cuenta. Así fue.

Esa noche ningún verso me sirvió para sacarme la desilusión que tenía. Esa noche, no solo se me había acabado el sueño, ese de dormir, sino también el otro, el de tener una musa que creía perfecta.

18 Sequía e inundaciones

Reconozco que después de lo que me pasó con la Sofia en el Dunkin' Donuts me bajoneé y seguí confundido por algunos días. Aunque igual me acordaba todo el rato de los poetas famosos para darme fuerzas, me apesté un poco. Pero ya no podía hacer nada. La Sofia no merecía seguir siendo mi musa y yo tampoco quería que lo fuera.

Lo increíble es que cada vez que ahora me meto a Facebook, ella está conectada y me saluda, pero no estoy ni ahí con contestarle. También le ha dado con subir y subir fotos de un compadre todo chanta y con cara de loro que me imagino debe ser el famoso Stefano.

Con todo este cambio en mi vida, era obvio que iba a entrar en una sequía creadora. Así le dicen los artistas al tiempo en que la cabeza y el corazón se cierran y nada los conmueve. Pero también dicen que no les importa tanto, al revés, para ellos son hasta necesarias. Así, pueden separarse un poco del mundo y tener silencio interior. Aparte les da también la cuota de incertidumbre y sufrimiento para que después, cuando se quita, puedan volver a crear.

En lo último estaba de acuerdo, porque yo me la he pasado en eso: esperando y sufriendo. Pero eso del silencio interior, para nada; ni sé cómo se hace. Lo único que me imagino es que uno debe, por un tiempo, no hablar o hablar muy poco con la gente.

Entonces así lo iba a hacer.

Partí bacán, porque justo con mi retiro salimos de vacaciones de invierno, y no tendría que decirle nada a los profesores ni a mis compañeros.

En mi casa tampoco. La Paula cayó enferma el mismo día y la Cata no alcanza a poner un pie fuera del colegio y empieza a inventarse cosas que hacer con las amigas para no estar nunca encerrada.

¡Ah!, y la lectura también me ayudaba caleta para mantener el silencio.

La cuestión es que en mi casa la paz era total, hasta que las noticias de la tele fueron cada vez más brígidas por lo de la lluvia. Resulta que había partido bien piola, pero después se transformó en un diluvio total.

Empezó a quedar la embarrada en todas partes y cuando digo embarrada, es porque en verdad las casas, las calles y los paso-niveles se llenaron de barro, piedras y palos que traía el agua de todos los canales que se desbordaron; y por eso, a cada hora aumentaban más los damnificados.

Todo el mundo empezó a moverse para ayudar, como siempre se hace en estos casos, y en mi colegio hicimos lo mismo.

Los del centro de alumnos llamaron a los presidentes de cada curso para que hicieran la típica cadena y les pidieran a los alumnos que fueran para organizar la ayuda. Por eso al tiro se me olvidó lo del silencio y le pedí a mi mamá que me llevara al colegio.

Cuando vi a Diego Fernández repartiendo las pegas, pensé que ojalá no me tocara eso de salir a buscar la ayuda, porque es súper chato caminar todo el día pidiendo ropa, alimentos y remedios, terminar empapado hasta los calzoncillos, muerto de frío, con hambre y cansadísimo. Pero filo, la cuestión era aperrar con lo que me dijeran.

—Martínez, tú ándate al gimnasio a ordenar la ropa que vaya trayendo la gente.

¡Buena! ¡Por fin, se hacía justicia! En esta campaña no me iba a congelar, al revés, dentro del gimnasio no hace nada de frío, aparte uno come caleta de cosas ricas que traen las mamás buena onda: galletas, bebidas, café, queques y hasta sándwiches. La cuestión es que quedé feliz con la suerte que había tenido, o al menos eso creí yo.

Al principio no había mucho que hacer así que aprovechamos de conversar y de reírnos un rato, hasta que empezaron a llegar cada vez más vecinos con sus aportes y se acabó el descanso.

Teníamos que bajar bolsas de los autos, subirlas hasta el gimnasio con una lluvia que no paraba y sin paraguas ni botas. Después, separar la ropa de la comida y los remedios. Al rato, vuelta a bajar, recibir las donaciones, subir, ordenar, y así todo el día.

En una de las veinte subidas y bajadas, vi llegar a una niña como de mi misma edad con una tremenda bolsa, caminando apenas, con la ayuda de dos muletas.

Cuando la vi, bajé corriendo la escalera para ayudarla, pero no quiso.

–Gracias, pero voy bien, mejor ayuda a esa señora que viene con unas frazadas hartas más pesadas.

Lo hice, y cuando volví a buscarla, ella ya estaba arriba.

–¿Necesitan ayuda? –le preguntó a uno de los que dirigían–. Porque si quieren me puedo quedar. En Puerto Varas me ha tocado hacer esto un montón de veces.

–¿Eres del sur? –me metí cuando la oí.

–Sí. Nací en Coyhaique, pero he vivido siempre en Puerto Varas, bueno, hasta ahora.

–¿Por qué hasta ahora? –alcanzó a preguntarle la Fran que estaba conmigo, antes que la llamaran.

–Porque mi papá se murió en el verano de un ataque al corazón. Entonces, como mi mamá es de Santiago y aquí están mis abuelos y sus hermanos, decidió que lo mejor era volver para no sentirse tan sola allá. Así que vendimos la casa, cerramos la oficina que él tenía, y recién hace dos semanas nos instalamos aquí.

–¡Ah! , pero... –quise seguir preguntándole más cosas, pero no pude porque alguien me llamaba urgentísimo.

–¡Fede, Fede, ven, ven, apúrate! –era Rodrigo Campos, uno del centro de alumnos– trae algo, está cayendo agua en esa esquina.

Dejé a la Javiera, porque así se llamaba, y partí corriendo a buscar uno de los basureros grandes que hay en el patio.

Lo puse donde estaba la gotera y volví a escuchar a Rodrigo que estaba en otra parte del gimnasio

–¡Aquí, aquí, otro, otro! –me gritó–. Y ahí partí de nuevo.

Así empezamos todos a recorrer el colegio buscando lo que fuera para poner debajo de las chorrocintas goteras que empezaron a aparecer al mismo tiempo en todo el gimnasio.

Nadie entendía nada. No sabíamos qué más poner. Los basureros estaban todos ocupados y el agua seguía cayendo como catarata, tanto que la ropa que la gente había traído se empezó a mojar.

Menos mal que la Javiera atinó rápido y empezó con otras niñas a trasladar la comida y remedios regalados a una sala que, hasta el momento, estaba seca.

En ese ir y venir nos pasamos no sé cuántas horas. Nunca más pudimos conversar y para qué decir comer. Ninguna posibilidad, no solo por todo lo que pasaba, sino porque lo primero que se mojó fueron los queques y los sándwiches. Y a mí lo único que me quedaba seco, era la parte de atrás de la oreja, o sea estaba empapado como sopa.

La cuestión es que no se pudo hacer nada más: el colegio estaba totalmente inundado y el rector nos mandó a todos para la casa.

¡Menos mal! A esas alturas lo único que quería era llegar para cambiarme, comer algo lo más caliente posible, meterme a la cama y taparme hasta el cuello.

La Javiera, que también estaba igual de mojada que yo, nos ofreció llevarnos a varios.

En el auto supimos que ella entraría a nuestro colegio cuando terminaran las vacaciones. Había quedado en el curso paralelo, pero la Fran le dijo que no se preocupara porque sus compañeros eran todos buena onda.

Supimos que era la mayor de tres hermanos y, además, que vivíamos a dos cuadras; por eso fui el último en bajarme. Les di las gracias a su mamá por traerme y a ella por haber sido tan paletaada en ayudarnos. Por último, le ofrecí que si quería, como vivíamos tan cerca, podríamos irnos juntos el primer día, para que no llegara tan perdida.

–Ya, gracias. De ahí vemos –me contestó.

Entré al condominio y, aunque apenas podía caminar, me pegué un pique hasta la puerta de la casa.

La abrí y... ¡No! No podía ser verdad lo que veía. “Fede, no te preocupes, es una visión por el cansancio y el frío”, fue lo primero que me dije. Pero no, la inundación, la misma del colegio, estaba ahí, en mi casa.

–¡Corre, Paula, tráeme otra toalla!

–¡Ya voy! –gritó mi hermana chica que tuvo que levantarse.

–Rápido, Mónica, saca la alfombra del living –pedía mi papá desesperado.

La Hortensia trataba de sacar el agua con la escoba, pero era imposible; a ella y a todos a esas alturas nos llegaba hasta los tobillos.

–Fede –gritó mi mamá, desesperada, cuando me vio–, ayúdame a mover el mueble de la televisión.

No sé qué había pasado con nuestro techo, pero las mismas cataratas del colegio estaban ahora en mi casa.

Cuando ya no pudimos hacer nada más, mis papás decidieron que lo mejor para no enfermarnos era dejar la casa e irnos donde mis abuelos. ¡Por suerte! Pero antes cada uno tenía que sacar algo de ropa y la escobilla de dientes.

Entré a mi pieza y vi que la ventana estaba abierta y que con el viento había entrado caleta de agua. Mi escritorio estaba entero mojado y la carpeta con mis poesías en el suelo. Todas la hojas flotaban cual náufragas perdidas en medio del océano.

Arrepentido, por no haberlas guardado, me enojé conmigo mismo:

“¡Esto te pasa por flojo!” Ahora toda mi inspiración estaba ahí, tirada, perdida y ahogándose. Apurado cerré la ventana, recogí las que pude y las dejé arriba de la cama para que se secaran un poco, porque si me las llevaba así, se romperían de todas maneras.

No pude hacer más por ellas, lo hecho, hecho estaba; además mi papá no paraba de gritarme:

–¡Federico, baja inmediatamente! ¡Nos tenemos que ir!

En el auto mientras las mujeres lloraban por lo que estábamos viviendo, yo, después de que se me fue pasando la impresión y la rabia al ver todo mi talento perdido en el agua, sentí que esa agua, de un minuto a otro, terminaba con mi sequía interior y comenzaba a inundarme de creatividad.

19 Después de la tormenta, siempre sale el sol

Que después de la tormenta siempre sale el sol, es la típica frase de consuelo que se dice cuando algo malo ha pasado y uno espera que las cosas se arreglen luego. Pero esta vez no fue así. Llevábamos más de una semana desde la inundación en el colegio y en mi casa, y de sol, nada de nada. Al revés, el mal tiempo siguió. No llovía, pero entramos en una onda polar como dicen en la tele, que es casi peor que la lluvia. Con esa cuestión hace un frío que llega hasta doler respirar en la calle y también dentro de las casas, y se congelan hasta las almohadas; bueno, no sé si en todas las casas, pero en la de mis abuelos, eso y muchas otras cosas. Es enorme y parece un refrigerador gigante.

Nos recibieron felices cuando llegamos como “damnificados”.

Hace un montón de años que viven solos y están acostumbrados a usar puras estufitas chicas que mueven dependiendo de donde estén. Según ellos, así se gasta menos. No tengo idea si será verdad o no, pero lo único que sé, es que con ese sistema uno se congela.

“Es lo que hay”, nos decía el papá cuando a alguno se le ocurría alegar.

Las vacaciones se alargaron, porque el colegio seguía con problemas de agua y barro igual que nuestra casa.

No sé cómo lo hicieron ellos para arreglar la embarrada que tenían. Lo que es nosotros, no paramos de limpiar y secar los muebles, las alfombras y las demás cosas que quedaron rancias después de la inundación.

Partimos la pega dos días después de que paró la lluvia junto con los maestros que contrató mi papá para que arreglaran el techo. La primera vez que entramos a la casa, subí al toque a ver cómo estaba mi pieza. Tenía que estar preparado para cualquier cosa, así que entré haciéndome el valiente.

Abrí la puerta y el olor a humedad era apestoso. El piso estaba casi seco, pero se había formado una capa de barro asquerosa. En medio de ella, vi algunas hojas que no alcancé a recoger el día de la inundación. Altiro me agaché, y con mucho cuidado, porque todavía estaban algo mojadas, las puse sobre la cama donde estaban las otras que dejé antes de irme y que ahora estaban secas, pero con tierra.

Esas las sacudí con mucho cuidado y, con la manga de mi polerón, traté de limpiarlas. Esperé un rato para que las otras terminaran de secarse e hice lo mismo. Después busqué entre mis cosas una carpeta nueva y las guardé.

Con todas las hojas recuperadas me senté en la cama a pensar.

¿Qué se hace ahora? ¿Qué habrían hecho García Lorca, Huidobro, Bécquer o Neruda al ver su obra tan maltratada? Porque era eso exactamente lo que había pasado con la mía; fue arrastrada por la fuerza implacable de la naturaleza que no tiene respeto ni consideración con el arte. Ella pasa no más y punto.

Debe ser otra señal de mi cruel e injusto destino, pensé. Sin musa y con mi inspiración embarrada, ¿qué querrá ahora de mí? ¿Será que en vez de las cenizas, como es lo típico, yo tendría que “resurgir” desde el barro, olvidándome de musas y romanticismos para dedicarme a escribir versos llenos de drama?

Fuera eso o no, cualquier cosa que tuviera que resolver sobre mi futuro, tendría que esperar un poco hasta que la casa quedara impecable y nosotros pudiéramos volver. Por ahora, tenía que saber ayudar a limpiar.

En verdad, lo mío no fue precisamente ayudar. Más bien, aunque tenía toda la intención de hacerlo, hice todo lo contrario; por culpa de otro cambio brusco que experimentaría mi vida, en vez de sacar el agua con la escoba, no sé cómo, la esparcía más.

–¡Ya pues, Federico, atina! Deja de hacer tonteras y pavear –me retó mi mamá.

No me resultó mucho. Igual no podía imaginarme escribiendo versos llenos de dolor, oscuridad y cuestiones así, pero si tenía que hacerlo, lo haría. Renunciaría a todos los versos inspirados en los sentimientos puros del alma y partir de cero.

Cuando llegamos de vuelta a la casa-congelador, traté de escribir algunas líneas para empezar altiro con mi nuevo estilo dramático. En una de esas, pensando positivo, también soy seco para eso.

Oscuridad

Todo está oscuro.

El miedo me ahoga

y la soledad me atormenta.

Si la vida es dolor

yo seré un pobre sufriente.

Si la vida es desgracia,

sufriré hasta mi muerte.

La leí con voz sufrida y la encontré terrible de mala. Después escribí otra. Fue peor, más patética todavía; y cuando estaba terminando la tercera, me fui a negro total. No hubo caso. Nada de música ni rimas, al contrario. Entonces paré y traté de imaginarme cómo iba a ser mi vida si me dedicaba a escribir poesías densas, amargadas y llenas de sufrimientos, pero no pude. Así que no lo pensé más, las pesqué y las rompí.

¡Filo! ¡Chao con las tonteras dramáticas! Y chao con seguir oyendo esos mensajes idiotas del destino.

Lo mío era el sufrimiento, pero por amor. Aunque sea un poco cacho lo de buscar musas, al menos el tiempo que duran sin chatearte, vives lleno de esperanzas e ilusiones, y con eso los versos salen fáciles y uno es feliz.

Entonces entendí que lo de mis poesías embarradas, había sido pura mala suerte y ningún rollo más.

Dos días después de la tremenda tormenta, la temperatura había subido bien poco, pero algo era algo, y ahora solo nos quedaba esperar que el perla del “rey sol” se le ocurriera aparecer y quedarse. Así, no solo ayudaría a que las calles, mi casa y el colegio volvieran a la normalidad, sino también mi vida, que después de tantas dudas necesitaba recuperar la paz para volver a escribir.

20 Madurez

Aunque nunca me imaginé que algún día yo, Federico Martínez Castro, poeta y alumno del montón para abajo, según Sanhueza, quisiera que se acabaran las vacaciones, igual me puse contento cuando nos avisaron que por fin entrábamos a clases.

Los días que alojamos en la casa de mis abuelos, a pesar de haber pasado hartito frío, me gustaron mucho. Ellos son muy buena onda y estaban felices de que estuviéramos ahí, especialmente mi abuelo, que por unos días tuvo un público exclusivo para sus historias. La mayoría son bien fomes, pero le pone tanto, tanto, que termina por entretenernos. La Ita, así le decimos a la abuela, se preocupó de hacernos unos desayunos exquisitos y cada día un postre distinto. Pero igual, la casa de uno es la casa de uno y yo ya quería estar en la mía.

Antes de irnos les dejé sobre la cama una poesía a mis abuelos, para agradecerles y decirles cuánto los quiero.

A mis abuelos

Gracias a la lluvia

intensa y desatinada,

pude estar unos días

protegido en su casa.

Aunque es un poco fría,

eso no importó nada.

“Compartir es la cosa”,

nos dijiste, querido tata.

Gracias a los dos

por ser como son.

Gracias por querernos

con todo el corazón.

El lunes estaba tan motivado que fui el primero en levantarme y, gracias a eso, llegamos como nunca de temprano al colegio.

La cuestión es que estuve concentrado en clases de matemáticas. No sé por qué pero entendí la materia, y eso que Sanhueza no es precisamente el más claro y bueno para explicar.

En todas las demás clases de ese día seguí igual, tanto que al pobre Verdugo no lo dejé ni abrir la boca en física. La verdad es que me llegué a asustar con esta madurez y entusiasmo repentino que me bajó después de tantos días de encierro. Además, no sé tampoco por qué todos en el curso estábamos más amigos.

En el primer recreo, el Guatón me dio la mitad de su sándwich sin que yo se lo pidiera. Contreras me contó que lo había pasado bacán en las vacaciones y que ya estaba más acostumbrado con su nueva vida. También la Adrienne, la gringa, me preguntó cómo lo había pasado yo, esta vez con la frase completa en castellano.

A la última hora, la Fran me hizo señas para que no me fuera cuando sonara el timbre. ¿Para qué, qué querrá? A lo mejor me quería pedir ser su pareja en el trabajo que estaba dando Jiménez. Aunque igual era raro, porque para esas cosas yo soy cero aporte y menos para ella que le cuesta tanto como a mí. Pero como el día había sido entero iluminado, quizás esa vez yo era justo la persona que ella necesitaba.

No, error, no era nada de eso.

–Fede, ¿por qué no fuiste a saludar a la Javiera en el recreo? –me preguntó preocupada.

–¿La Javiera?, ¿qué Javiera?

–¿Cómo qué Javiera, barsa? La niña nueva, la que nos ayudó. La que viene de Puerto Varas.

–¡Verdad! ¡Esa Javiera! ¡Qué tonto, se me olvidó! –le dije sintiéndome culpable total.

–Ya, no importa, pero cuando la veas mañana, salúdala. Acuérdate de que no conoce a nadie.

–Y, ¿le preguntaste qué onda con las compañeras? –seguí, pero un poco arrepentido y haciéndome el interesado.

–No sé con las compañeras, pero me dijo que los compañeros eran súper simpáticos.

–¡Ah!, bacán por ella –le contesté. Y para cortarla con el tema le dije–: Me tengo que ir al entrenamiento. Es el primero de este semestre y me la quiero jugar con todo para ser titular.

Llegué corriendo al gimnasio. Ya habían empezado.

Después de dar un montón de vueltas trotando, vino lo típico. Que botear, lanzar, hacer pases y correr haciéndole el quite a los contrarios.

–Martínez, ¡bien!, ¡muy bien! –me felicitó el profe– Si sigue así, es muy probable que puedas estar en el primer partido de la temporada.

–¿En verdad, entrenador?

–Claro, hombre, pero dependerá de ti. Si no faltas a los entrenamientos y juegas concentrado.

Mi madurez siguió intacta aunque ya habían pasado diez horas, así que en cuanto llegué a la casa, comí algo, me duché y como nunca antes en mi vida escolar, me puse a hacer tareas y a ordenar mis cosas.

En la noche, mientras me lavaba los dientes, aproveché de mirarme al espejo y conversar conmigo mismo, como lo hago más o menos seguido:

“Federico, tranqui, no es grave lo que te está pasando, es solo la madurez que por fin te llegó y que te va a ayudar a ser un poeta famoso y una estrella de básquetbol nacional. ¡Grande, Fedé!”

21 Sol, nubes. Nubes y sol

La madurez, las buenas vibras y la motivación, como era de esperar, me duraron bien poco. Lo bueno es que igual alcancé a vivir unos días brillantes y llenos de luz, igual al cielo cuando está despejado. Hasta que, igual que en el cielo, entran nubes terribles de cacho y de pura mala onda dejan el cielo oscuro. Eso mismo pasó conmigo después de los pocos días iluminados que tuve. Sin anotaciones, sin castigos y con notas azules. Tan brillantes fueron que varios profesores me pusieron observaciones positivas en mi “hoja de vida”, que estaba completamente en blanco.

En mi casa la cosa fue parecida. No peleé casi nada con la Paula, y la Cata no me quitó el control remoto cuando yo estaba viendo televisión. O sea, viví en un clima primaveral filete. Hasta que de a poco, sin darme cuenta, el brillo se fue y volví a ser el de antes, el de siempre. Con eso volvieron las típicas latas: retos, llamadas de atención y amonestaciones, en el colegio y en la casa. También aparecieron los pensamientos románticos, las poesías y la necesidad urgente de encontrar inspiración en una nueva musa.

Dudas

No sé qué será mejor:

si las nubes o el sol.

No sé qué será mejor:

buscar o esperar

que le llegue a uno

la ansiada inspiración.

Así con las cosas, los días siguieron nublados para mí, volví a urgirme, a pavear y a tener mi típica y ya acostumbrada mala suerte. Pero esta vez, juro que yo no tuve nada que ver con lo

que me pasó. La culpa fue de un par de malditos desgraciados que se les ocurrió robarme la bicicleta, sí... MI BICICLETA, mi tercera pierna, mi amiga y mi compañera.

Iba como siempre en la ciclovía que hay en mi barrio a comprar pan cuando, de la nada, salieron dos compadres y me bloquearon el paso.

–¡Hey! ¿Qué onda? ¿Qué les pasa? –les dije bien choreado.

–¿Qué?, ¿qué, qué onda? ¡La única po' cabro!, ¡que nos pases la bicicleta... y ahora!, ¿oíste?, ¡ahora te dicen! ¡Ya! –me gritó uno.

–¿Mi bicicleta? ¿Están más locos?, jamás.

–¡Ah!, ¿no? –dijo el más gordo con cara de “aquí mando yo”, y me pegó en un hombro, pero yo no la solté.

–Ya, ¡pasa cabro! –volvió a gritarme el mismo matón.

–¡Te dije que no! –y la afirmé más todavía– ¡Váyanse!

Ahí el gordo me mandó un empujón y me caí al suelo, pero a él le dio lo mismo. De un tirón me quitó la bicicleta y pasó por arriba mío y salió pedaleando con todo.

Aunque me dolió caleta y apenas podía mover el pie, me paré igual y corrí como pude detrás de ellos. Alcancé a tomarle la polera al guatón mala leche y lo boté al suelo. No sé si quedó aturdido o no, pero no me podía importar menos. Seguí para alcanzar al otro, pero no hubo caso, no pude; el maldito se la llevó sin que pudiera hacer nada más.

Y... ahí quedé yo, solo, lesionado e inmóvil. Tenía tanta rabia e impotencia que le pegué dos puñetazos al suelo y terminé de desatar la tormenta que me habían anunciado las nubes negras. Me hice una herida heavy en cuatro dedos de la mano derecha y, por la carrera que me mandé, el tobillo se me hinchó brígido.

Amargado y adolorido total, volví arrastrando el pie y con toda la mano llena de sangre, pero sin dejar de pensar qué iba a hacer ahora sin mi bicicleta. Estaba casi nueva, me la habían regalado mis papás hacía dos navidades no más, así que tendría que pasar por lo menos un año para que me regalaran otra. Comprármela yo con mi mesada, menos posibilidades todavía; estoy endeudado hasta el año 2020.

La pica me aumentaba por minuto. Con los dedos heridos y el pie hinchado y hecho bolsa como lo tenía, quizás en cuánto tiempo podría volver a entrenar. No tomar apuntes en el colegio no era tema, me daba exactamente lo mismo, pero qué iba hacer con mi recién recuperada inspiración. Si me venía así de una, como me pasa siempre, nadie podría escribir por mí. Todavía soy un poeta en las sombras y no pensaba salir de ahí por el momento.

Hundido total en mi desgracia, justo antes de doblar en la esquina oí que alguien me llamaba. Miré para todas partes, pero no vi a nadie.

“Obvio”, me dije, “es pura imaginación, no seas perseguido”. Convencido de eso seguí caminando, no, más bien cojeando.

–¡Hey, hey! –volví a oír, ahora mucho más claro– ¡Hey, niño!

Me di vuelta y en la otra vereda había un señor, que no había visto nunca, con mi bicicleta en la mano. Al toque, sin mirar para ningún lado, y aunque estaba súper adolorido, crucé la calle.

–¿Por qué usted tiene mi bicicleta, si recién me la robaron dos estúpidos ladrones? –qué pregunta más tonta, pensé. Él debe ser cómplice de los matones. Entonces sin pensar nada, me achoré y le quité la bicicleta, sin que alcanzara a reaccionar.

–¡Para, niño! No tengo nada que ver con el robo –adivinó el caballero por mi actitud–. Yo solo te la recuperé. Vi todo lo que pasó. Conozco a esos tipos y no es la primera vez que hacen esto en el barrio. A mi hijo le pasó lo mismo, pero esa vez no pude agarrarlos, por eso ahora los perseguí hasta que di con ellos. Les puse dos combos bien dados y se la quité.

–Perdóneme, es que yo pensé que usted...

–Sí, ya sé, me di cuenta.

–¡Gracias, gracias! –le di una mirada rápida, por si le hubieran hecho algo, pero no, estaba igualita– ¡Qué buena onda, señor! ¿Cómo le puedo pagar? –le dije, aunque no tenía ni uno, porque no sabía cómo agradecerle lo que había hecho por mí.

–No es nada, niño. Ahora ándate a tu casa para que te curen esa herida y –bajó la cara y me miró el pie– te lleven al doctor por ese pie.

Me despedí con la mano buena y le di dos veces más las gracias, pero a él no le dije que me carga que me digan niño ni nada de eso. Ese día si me hubiera dicho guagua o mocoso me habría sentido igual de feliz.

Llegué hecho polvo de dolor, pero igual estaba demasiado contento por haber recuperado la bicicleta, y porque las nubes negras de mi mala suerte por fin se habían ido y me dejarían el cielo otra vez despejado. O por lo menos eso creí yo.

Mi mamá me vio llegar cojo y con una herida en la mano, soltó lo que estaba haciendo y corrió asustada a verme.

Lo primero que hizo fue curarme los dedos y después tomó una bolsa con hielo, me la puso en el pie y partimos de urgencia a la clínica.

En cuanto el doctor me vio, dijo:

–¡No me gusta nada esto! –“como si a mí sí”, me dieron ganas de decirle–, voy a hacerte unas radiografías, pero yo creo, por mi experiencia, que tendremos que operar.

–¿Operar? –preguntó mi mamá.

–¿Operarme? –repetí yo.

–Sí, y poner unos dos o tres pernos.

–¿Pernos? –volví a repetir– ¿Cómo que me va a poner unos pernos?

–No hay otra solución –contestó, serio, mientras escribía–. De otra manera, tu tobillo nunca quedará bien –y se fue como si nada.

Mi mamá me dio un beso y salió detrás de él.

Era demasiado, otra vez volvían las malditas nubes a oscurecerme la vida.

Y ahí en ese silencio de la pieza, nacieron estos versos a mi bicicleta. Los memoricé de puro inspirado y fue lo primero que escribí cuando pude usar el lápiz:

A mi bicicleta

Solo con dos ruedas

*en tu lomo me llevas
por calles y veredas,
parques y alamedas.
Pedaleo y pedaleo,
doblo, paro, miro y freno.
Contigo voy seguro,
contigo nada temo.
Más que fierros y tuercas,
eres amiga y compañera.
Junto a ti me enterrarán
el día en que yo me muera.*

22 ¡Bingo!

Nunca hasta ahora me habían tenido que operar, a lo más cuando era chico tuvieron que ponerme puntos; una vez en la frente y otra debajo de la ceja, muy cerca del ojo. Por eso no puedo negar que después de oír al doctor, quedé enterito asustado y me acordé altiro de cuando la Pepa dice que “una operación, es una operación”, o sea que, según ella, siempre se corren riesgos. En este caso, quería decir que la cuestión no era llegar y poner unos pernos, también podían pasar otras cosas; entre ellas morirme o, en el mejor de los casos, quedar para siempre cojo, si es que el doctor encontraba que mi pie estaba para el gato y decidiera llegar y cortar.

Bien injusto lo encontré, porque yo que nunca le he hecho nada malo a nadie, o al menos no he robado, estaba pasando por todo esto por culpa de unos malditos ladrones de bicicletas.

No tuve idea cómo me durmieron antes de la operación, solo desperté en una sala toda iluminada y con un montón de enfermeras que iban de allá para acá y que a cada rato se acercaban a preguntarme una cantidad de cuestiones raras. Yo las oía, pero tenía tanto sueño que era imposible contestarles. De lo que si estuve seguro, es que esa sala no era el cielo, o sea, ¡BINGO! No estaba muerto.

Tampoco sé cuánto rato estuve ahí, solo recuerdo la larga y latera explicación que me dio el doctor cuando pasó por mi cama:

–Federico, por ningún motivo puedes apoyar el pie hasta que los huesos se suelden, por eso durante un tiempo vas a tener que usar muletas para caminar.

–¿Muletas, doctor?

–Sí, muletas –me contestó, el muy pesado.

Dejé de oír las otras instrucciones y pensé solo en que si no podía apoyar el pie, entonces otra vez había hecho ¡BINGO! ¡No me habían cortado el pie!

Pero igual seguí pensando que era demasiada mala suerte, o mejor dicho, mala pata. No poder caminar ni hacer deporte, justo ahora que el profesor de básquetbol por fin me pescaba

y que con mis amigos estábamos siendo los más populares y picando mil en las juntas y fiestas. Sin contar que, como nunca he caminado con esas cuestiones, tendría que pedir ayuda para subir o bajar las escaleras, y me transformaría en un cacho apestoso para todos.

Estuve un rato más en la sala de recuperaciones, hasta que por fin me llevaron a la pieza. Ahí estaban mis papás esperándome. Después entró una enfermera a hacer las típicas cuestiones con las agujas, igual que al Quique cuando lo operaron el año pasado. Además, dejó conectado un timbre que podía tocar cuando sintiera dolor.

–Bueno, mi amor, ya pasó lo peor. Ahora en unos días más nos vamos a la casa y después de que te saquen los puntos podrás caminar –dijo mi mamá contenta.

–¡Yaaa!, ¿caminar?, ¡a dónde! Si tengo que usar esas cuestiones chatas de muletas –le corregí, enojado.

–Fede, ¡qué exagerado! El doctor dijo que serán unos pocos días. Acuérdate de mí que ni siquiera te vas a dar cuenta cuando ya podrás dejarlas –opinó mi papá tratando de pasar piola, para que yo no siguiera alegando.

La cuestión es que además me tenía que quedar una semana entera en la clínica y eso me bajoneó más todavía.

Pero no todo fue tan malo para mí, porque ni en mis mejores sueños me habría imaginado que el accidente, la operación y mi ausencia en la casa por tantos días iban a cambiar así a mi familia.

Cuando llegué todos fueron súper simpáticos conmigo. La Horte me preparaba el almuerzo que yo quería. La Paula y la Cata me preguntaban a cada rato si necesitaba algo, con unas voces de ángeles que jamás les había oído.

En verdad fue bacán vivir por unos pocos días en el Paraíso, aunque bien pocos para mi gusto. Los conté, fueron tres y medio. Después de eso, nadie más me pescó. Excepto mis papás. Así que el resto del tiempo que estuve en reposo, me apañé solo no más.

Pasó lo mismo en el colegio. No, fue más corta la buena onda; duró solo dos días. De ahí en adelante, cada uno volvió a preocuparse de lo suyo y yo pasé a ser invisible y a valer hongo para ellos. Nunca más me ayudaron a salir de la sala ni llegar al patio en los recreos. Al revés, cuando sonaba el timbre partían todos disparados, y si no fuera porque yo tenía que andar vivo el ojo, eran capaces hasta de botarme. Entonces como podía llegaba al patio y me sentaba

en un banco, desde ahí veía pasar a mis compañeros y a mis supuestos amigos caminando de lo más felices. Con suerte uno que otro se sentaba un rato conmigo, pero a puro reírse de mi “mala pata”.

En este período de abandono y soledad, escribí caleta de poesías, porque son justamente este tipo de sentimientos los que nos despiertan a los poetas una gran inspiración.

Abandono total

Hoy

me inspira la soledad,

la tristeza y una verdad.

Es mentira eso de la fiel

y eterna amistad.

Nadie lo pesca a uno

cuando tiene una dificultad,

cuando necesitas apoyo,

comprensión y solidaridad.

A los pocos días me acostumbré a que nadie me pescara, hasta que en un recreo de almuerzo, en el que para variar estaba sentado solo en “mi” banco, comiéndome el mismo sándwich de carne que le dio a la Hortensia por hacerme para que recuperara las fuerzas, vi que se me acercaba la Javiera, la niña nueva que conocí para las inundaciones, y que solo había saludado un par de veces en el patio.

Venía con su almuerzo en la mano y de lo más contenta se sentó al lado mío.

–¡Hola, Fede! –me saludó con una sonrisa de oreja a oreja.

–¡Hola! –le dije mirándola cómo pescaba sus muletas y las ponía apoyadas en la esquina del banco, como quien deja una mochila.

–¿Qué onda? ¿Verdad que te operaron? –me preguntó mientras sacaba de la bolsa una cajita plástica con ensalada.

–Sí, del tobillo.

–¡Qué fome!, te compadezco, porque las operaciones son terribles de fome.

–Y que te pongan pernos, peor. Aunque en comparación con usar mule... –Ahí, justo antes de terminar “letas” me di cuenta de la estupidez que estuve a punto de decir.

–Obvio –no necesitó oírme terminar la frase, porque ya había entendido–, pero en verdad vas a ver que no es para tanto –y siguió comiendo de lo más tranquila, pero yo no pude tragar ni una miga más-. Oye, –dijo cambiando de tema– al final, ¿quién de tu curso va ir hoy a probar la voz? ¿La Florencia, la Antonia o De la Fuente?

–¿A probar qué? –le pregunté sin cachar lo que me estaba preguntando.

–La voz, para ver quién canta mejor.

–¿Y qué importa quién cante mejor? –seguí sin entender nada.

–Porque así vamos a saber quién es el mejor de nuestra generación para ir al festival.

–¿Para ir a dónde?

–Al festival.

–¿Festival? ¿Qué festival? –volví a preguntarle más perdido todavía.

–Es que justo cuando no estabas, el centro de alumnos avisó que íbamos a participar en el Festival Interescolar de la Canción.

–¿Y desde cuándo existe esa cuestión?

–Desde este año. La cuestión es que es en un mes más y primero van a hacer una selección entre todos los cursos de media, para elegir quién tiene la mejor voz. ¡Ah!, y también tienen que elegir una canción inédita para representar al colegio. Por eso, nosotros los de segundo vamos a empezar hoy a hacer una preselección de las voces, mientras otros se ponen a escribir una canción.

–Ya. Entonces yo creo que de los tres, la Flo es la mejor.

–¿En verdad? Y... ¿la Antonia?

–No tanto. Y De la Fuente no tenía idea que cantaba. Y de tu curso, ¿a quién van a mandar?

Se quedó callada un rato. Guardó el tenedor, tapó la cajita y la volvió a poner en la bolsa. Se dio vuelta y dándome la espalda tomó sus muletas. Antes de pararse, me dijo sonriendo y segura:

–Yo.

–¿Tú?

–Sí, yo. No es que sea tan seca, pero toco guitarra desde que era una enana y, además, en Puerto Varas canté siempre en el coro del colegio.

Me quedé mirándola mientras se paraba. Después, con una muleta en cada brazo y con la misma cara de contenta, levantó un poco la cabeza y me hizo un gesto con las cejas para que me levantara.

—¡Vamos, ya sonó el timbre y si no corremos nos van a anotar por llegar tarde a la sala!

¿Corremos?, ¡esta está loca!, apenas puedo caminar y voy a correr. Pero en dos segundos la Javiera ya estaba en la mitad del patio haciéndome señas de nuevo y a punto de bajar la escalera.

Volvió a gritarme:

—¡Ya, apúrate!

No sé cómo, pero viéndola a ella caminar como si nada, me picó el orgullo. Para no ser menos, apoyado en mis muletas, a punta de saltos y todo transpirado, llegué a la sala antes que el profesor.

¡BINGO! ¡Ya no iba a ser un cacho para nadie!

23 Más allá de las muletas

Después de casi dos semanas usando las muletas, quedé en verdad seco. Pude subir y bajar las escaleras sin ningún rollo. Caminaba más lento y, aunque a veces me cansaba un poco cuando tenía que estar mucho rato parado o ir a un lugar más lejos, lo hacía igual. Hasta fui a dos fiestas. No bailé, pero lo pasé bacán.

Lo bueno es que los profesores trataban de no echarme de la sala por si me tropezaba y fuera peor. Obvio que al único que le dio lo mismo eso fue a Jiménez. Me pilló con los ojos cerrados en su clase. No me mandó a la inspección porque, según él, ya no saca nada, así que una vez más partí a la biblioteca con una tremenda lista de verbos y conjugaciones para aprenderme de memoria. La misma que alcancé a leer dos veces antes de ver a la Javiera buscando unos libros.

—¿También te mandaron a buscar libros? —me preguntó cuando me vio entrar.

—No, me echaron por quedarme dormido en la clase de lenguaje.

—Jajajaja, ¡nadie puede!, jajaja. Pero, ¿por qué no te vas a la inspección, entonces?

—Es que Jiménez dice que ya no hay caso conmigo y que prefiere tenerme estudiando a que dé vueltas por el patio flojeando.

—¡Ah!

—Oye, ¡eres seca! —aproveché de felicitarla—, supe que te eligieron para cantar.

—Gracias, pero igual fue cuático, porque todos eran demasiado buenos.

—Ya, pero la Fran nos contó que fuiste lejos la mejor y que, además, tocas súper bien la guitarra.

—¿Qué exagerada, nunca tanto! —se notó que le dio un poco de vergüenza mi comentario, porque se puso roja.

—¿Y ya seleccionaron la canción?

—No, todavía no, aunque yo sé que de todas las generaciones han entregado varias, pero me contaron que la mayoría, o son mamonas o son unas cuestiones muy raras.

—¡Qué brígido!, porque quedan dos semanas, ¿o no?

—¡No!, menos mal que lo aplazaron, así tenemos un poco más de tiempo. Pero el profesor Hugo, de música, dijo que cuando tengan la canción él puede ayudar a ponerle la música y hacer los arreglos que se necesiten. Ya, Fede —se acomodó los libros entre una mano y la muleta— me voy o si no Villegas va a creer que estoy perdiendo clases. De ahí nos vemos —me dio un beso y se fue.

Los verbos que tenía para estudiar ni los miré, en cambio saqué un libro y leí el resto de hora que quedaba. Total a Jiménez se le olvida siempre los castigos que me da.

El festival empezó a ser cada día más tema en el colegio, porque nadie le achuntaba con la canción. Varias de mis compañeras, que jamás han escrito nada, inventaban letras que al final, y después de leerlas en voz alta, ellas mismas se reían por lo patéticas y terminaban rompiéndolas. De la Fuente y Vargas trajeron otra un poco mejor, pero no la seleccionaron.

Así pasaba el tiempo y los perlas del centro de alumnos, rechazaban y rechazaban canciones.

¿Para qué le pondrán tanto?, si es una competencia entre colegios y no el Festival de Viña. Si siguen así de exagerados, nos vamos a quedar afuera, decíamos con mis amigos; pero no había caso, nada les gustaba.

Un día me encontré con la Javiera en el quiosco. Estaba con algunas compañeras comprando el almuerzo. Y, para variar, a los cinco minutos de conversar salió el famoso festival.

—¿Cómo no va haber alguien en todo el colegio que pueda hacer una canción normal? No entiendo —comentó un poco bajoneada—. He tratado, pero no me sale nada. Yo no sé escribir, sé tocar guitarra y cantar no más.

Las amigas pensaban lo mismo que ella y también estaban igual de bajoneadas con lo que estaba pasando.

En verdad, ver a la Javiera tan chata me dio pena, porque con lo poco que la conozco, ya sé que ella no es para nada como las otras mujeres que viven haciéndose rollo por todo; al revés, ella está siempre contenta.

–En verdad se está poniendo bien peluda esta cuestión –le dije–. Yo tampoco atino con la música. Cómo será que hasta cuando canto en la ducha, el agua se me pone fría.

–Ja, ja, ja, ¡qué eres tonto! –me dijo, riéndose.

Menos mal que con esa talla le cambió la cara y pudimos seguir conversando de otras cosas.

Desde ese día nos sentábamos a conversar en “mi” banco casi todos los recreos. Hablábamos de un montón de cosas, mientras todo el mundo se paseaba delante de nosotros. Nunca nos faltaba tema y siempre terminábamos riéndonos con alguna talla, o por último, nos quedábamos callados, pero igual así me sentía bien con ella.

Una de esas veces, y como de la nada, le pregunté por qué usaba muletas. También como de la nada, la Javiera me contó que había nacido así. Cuando se le estaba formando la columna, algo pasó que no alcanzó a cerrarse bien en la última parte. Entonces sus piernas no tienen la fuerza suficiente para caminar. Además, me dijo que desde que nació la habían tenido que operar varias veces, porque con este problema algunos órganos no le funcionaban muy bien.

–¿Y te dolieron mucho las operaciones?

–Algunas más que otras, pero gracias a eso puedo hacer un montón de cosas que otros que tienen mi misma enfermedad no pueden, como usar muletas y no silla de ruedas.

–Y a ti, ¿cuántas veces te han operado? –me preguntó ella.

–¿A mí?, una. Esta no más.

En otro recreo hablamos de las familias. Le conté que era el único hombre y que tenía dos hermanas. Una, catete y apestosa; y la otra, como era la mayor, creía que se las sabía todas. De mis papás le dije que casi siempre son buena onda, hasta que les daba con la cuestión de las notas, porque ahí sí que se ponían pesados. Ella bajó la cabeza y vi como se le cayeron las lágrimas. Me sentí pésimo. El muy gil me había olvidado de que su papá había muerto en el verano.

Para variar no supe qué hacer ni qué decirle y, para variar también, ella se dio cuenta.

–Fede, no importa, esto me pasa siempre que me acuerdo de mi papá y, aunque él también era exigente con las notas, lo echo mucho de menos.

A mí no se me había muerto nadie y tampoco tenía su enfermedad, pero de solo imaginármelo se me hizo un nudo en la garganta.

Le hice cariño en la espalda y tratando de animarla un poco, le dije:

–¿Quieres un helado? Ayer me dieron la mesada, así que elige no más.

Volvió a levantar la cabeza, se limpió la cara con la mano, me miró y de nuevo sonriendo me contestó:

–¡Ya, bacán! Quiero un Chocolito.

La miré mientras se comía su helado y sentí que tenía que ayudarla. Ella ya lo había hecho conmigo. Me enseñó a no hacerme atado por tener que usar muletas y eso se lo iba a agradecer siempre.

24 Poesía cantada

Seguía sin aparecer la canción perfecta para los del centro de alumnos y por eso, obvio, tendríamos que olvidarnos de participar en el cacho de festival. No es que a mí me importara mucho que fuéramos o no, pero al ver que todos estaban urgidos con el tema me empecé a preocupar en serio yo también.

–Total –dijo la Fran un día en la sala de computación–, si no vamos a este, iremos al próximo. Quizás, ¿cómo saben si de aquí al otro año aparece un tremendo escritor en el colegio y ganamos?

–¿De adónde?, por lo menos hasta ahora han sido puros chantas los que han presentado canciones; por eso, no creo que de la nada aparezca un súper autor –remató la Coni.

Yo a estas alturas igual les encontraba toda la razón, pero no dije nada.

Cuando salimos de la sala, venían detrás mío el Pelao y el Quique.

–Oye, Martínez –me di vuelta y los dejé pasar–, el sábado vamos a ir al cine con unas niñas que conoció el Guatón y que, según él, son más simpáticas que la Luzma y compañía –dijo primero el Pelao.

–¡Ey!, para, ¿qué onda, qué te pasa con mi polola? –salió en defensa el Quique, que estaba pololeando desde ese día que habría borrado del calendario.

–Nada, relájate –lo calmó-. Ya, Fede, ¿quieres ir con nosotros o no? Yo creo, compadre, que te conviene.

–¿Me conviene?, ¿por qué?

–Porque dice el Guatón que las tres son bonitas.

–Ya, filete, voy de todas maneras –le contesté, motivadísimo, pensando en que alguna de ellas me podría gustar para que fuera mi musa número... no sé cuánto. Total la desilusión que tuve con la Sofía ya era parte de mi pasado.

Ese día era jueves y, aunque estuviera cojo, igual el profe me exigió que siguiera yendo, como un “ejercicio de disciplina y compromiso”, me dijo.

Al principio corrieron e hicieron los típicos ejercicios y después empezaron a jugar. Me entretuve un rato, pero de tanto mover la cabeza de un lado para otro me empezó a doler el cuello. Entonces me aburrí, no miré más y me quedé un poco dormido.

Cuando el entrenador tocó el pito para avisar que el partido había terminado, desperté y volví a la realidad. Después, en el segundo pitazo, el que avisa a los equipos que deben saludarse al medio de la cancha, sentí que la tele que tengo dentro de la cabeza, y que a veces se me va a negro, ahora se me prendía con todo. Se me olvidó que quizás ese fin de semana podría cambiar mi vida de poeta sin musa, y me pregunté de nuevo y en serio eso que había pensado el otro día en el quiosco: ¿cómo podría ayudar a mi amiga Javiera para que pudiera cantar en el festival?

Entonces, no sé por qué, me bajó un flash de inspiración y saqué de mi mochila un cuaderno, un lápiz y me puse a escribir todo lo que sentía.

¿Cómo ayudar?

Tengo mis manos atadas

para poder ayudar.

De música no sé nada,

lo mío no es cantar.

Solo letras y poesías

es lo que puedo aportar,

que de nada sirven

para ir a un festival.

La leí una vez. La leí una segunda, y cuando estaba a punto de guardar el cuaderno, paré. ¿Por qué no?, quizás sí podría ayudarla. A lo mejor, pensé, aunque no se me dé para nada la

música, sí se me dan bien las letras, los versos y las rimas, entonces perfectamente podría hacer una poesía que sirviera de letra para la canción que ella necesitaba. Pero, ¿serviría una poesía para hacerla canción? No tenía idea.

Lo pensé en la noche y decidí que lo mejor era preguntarle lo más piola posible, a ver si mi idea tenía futuro o no.

La busqué en el primer recreo, pero cosa rara, no la encontré; y en el segundo, tampoco. Se me ocurrió que quizás estaba enferma, así que a la hora de almuerzo le pregunté a una de sus amigas por ella.

–Está con el profesor de música. Se aburrieron de esperar y se pusieron a escribir ellos mismos una canción, porque el lunes es el último plazo para presentar la que podríamos llevar al festival.

–Ya, pero dile que si puede me busque a la salida. Necesito decirle algo urgente.

¡Qué lata!, llegué tarde con mi idea, ya la estaba haciendo. No puedo negar que cuando lo supe, me importó un poco, porque ya me había hecho la idea. Pero después pensé que para ella lo importante era cantar y no si la canción era una poesía o un cuento, la cuestión era cantar.

A la salida, cuando íbamos con el Quique bajando la escalera, oí que la Javiera me llamaba. El muy torpe, por darme vuelta rápido, casi me caigo. Menos mal que el Quique atinó rápido, porque si no me habría sacado la mugre y con mi mala suerte, seguro me habría quebrado el otro pie.

–Fede, Fede –llegó apurada la Javi–, ¿qué te pasó?

–Nada, casi me caigo –le contesté mientras dejaba las muletas y me sentaba en un escalón para recuperarme del susto.

–Oye, la Paty me dijo que...

La interrumpí, porque conociendo a mi amigo, si sabía lo que quería preguntarle, se largaría a reír de mí sin parar. Entonces se me ocurrió decirle que me esperara abajo.

–Compadre, voy a quedarme un rato aquí porque me duele un poco la pierna. Ándate tú primero y de ahí voy yo –lo engrupí y me creyó.

–Ok. Pero no le pongas tanto tampoco –me dijo y se fue.

La Javiera dejó sus muletas y se sentó al lado mío.

–¿Qué onda, Fede? ¿Qué querías decirme?

–Es que –no sabía cómo preguntárselo, por miedo a que se riera. Pero ya estaba ahí, así que sin más rollo lo solté–: Javiera, ¿a una poesía se le puede poner música, o sea hacerla una canción?

–¿A una poesía? Obvio, si al final las canciones son eso, poesías. ¿Por qué?

–No, no, por nada, es que de repente se me ocurrió... que...

–¿Qué cosa?

–Eso, que a lo mejor alguien pudiera hacer una poesía –traté de contestarle bien piola y creo que me resultó, porque mientras se paraba me dijo:

–Y ese alguien, es justo el que no existe en este colegio.

–Pero ahora igual no importa, porque la Paty me dijo que tú y el profesor estaban escribiendo una hoy.

–No, no pudimos hacer ninguna cuestión. Cuál de los dos salió más ñurdo para las letras. Así que filo, mala suerte no más –le volvió a cambiar la cara–. El lunes es el último plazo y ya no podemos hacer nada.

–¡Qué lata por ti!, bueno y ¡también por el colegio! –volví a disimular.

Ahora sí que estaba totalmente seguro de mi decisión: yo escribiría la famosa canción. Me la iba a jugar con todo. La Javiera se lo merecía.

Nos despedimos.

–¡Que lo pases bien el fin de semana! –me dijo.

Yo esperaba que así fuera, para el bien de mi futuro como autor-músico-poeta, o poeta-músico-autor, no sé en qué orden. La cuestión es que ese sábado, como fuera, una de las niñas que conociera, sí o sí, debía ser una verdadera musss... ical inspiración para mí.

25 Idea jugada

Después de hablar con la Javiera me fui con el Quique a tomar la micro. No le hablé casi nada, solo ponía cara como si lo estuviera escuchando, pero lo único que en verdad oía era mi voz interior apoyándome por la idea que se me había ocurrido: “¡Bien, Fede, así se hace, ahora juégatela con todo”.

Si la poesía que escribiera le gustaba a los del centro de alumnos, entonces tendría que enfrentarme a la segunda decisión más importante de mi vida: confesar que soy poeta, y eso también era brígido para mí.

No más silencios, chivas y disimulo. Llegaría la hora de la verdad, mi verdad. El mundo por fin sabría que yo, Federico Martínez Castro, era un artista. Un poeta, pero poeta poeta, de los que nacimos y morimos siéndolo.

La cuestión, aunque fuera necesaria, igual era peluda. Pensar en la cara que pondría mi papá al saber la tremenda noticia, no dejaba de ponerme nervioso. La de la Cata, la Paula y la de mis amigos podía imaginármela. De todas maneras se largarían a reír, pero después cuando cacharan que lo mío era verdadera vocación, no me molestarían más.

La que no quería perderme era la del apestoso e insoportable profesor Jiménez. Él siempre encuentra que todo lo hago pésimo y me tiene mala, no se imaginaría nunca que yo podría presentar una poesía para que llevaran al festival.

Pero pasara lo que pasara, no iba a arrugar. “La palabra de hombre es sagrada”, como dice mi tata; más si se la da uno a uno mismo. Así que dijeran lo que dijeran, yo aperraba de todas maneras.

Estaba tan concentrado en mis pensamientos, que el Quique tuvo que zamarreararme fuerte para que reaccionara. Habíamos llegado a mi paradero y tenía que bajarme.

–¿Cómo tan repavo? ¿Qué te pasa? ¡Atina *loser*, tienes que bajarte! –me dijo, choreado.

–Ya, ya, ya voy... –tomé mis muletas y bajé.

Este, pensé altiro, va a ser el último en saber, por inmaduro e insensible.

La poesía que haga, me dije, tiene que ser la mega top ultra cuática de todas las que hasta ese día había hecho. Algo así como la ganadora de un Óscar para el cine, o sea la mejor entre las mejores. Pero eso sí, no le diría a nadie que estaba escribiendo, y menos si no me seleccionaban. Este secreto me lo llevaría a la tumba en el mismo sobre blanco en el que pidieron que se entregaran las canciones a la comisión.

La cuestión es que tenía poquísimo tiempo para buscar inspiración y trabajar. Así no podía perder ni un segundo y ese mismo viernes empecé. Llegué del colegio, pasé por la cocina, saqué un vaso de leche, un pan con mantequilla y me encerré en la pieza, hasta las ocho y media que me llamaron a comer.

–Fede, ¿así que es de tu curso la cojita que va a cantar? –me preguntó la Cata.

–Primero, tiene nombre, se llama Javiera, así que no le digas cojita –le aclaré, enojado– y segundo, no, es de mi paralelo y canta bacán.

–Ya, tranqui, no seas perseguido, acuérdate que es nueva y casi nadie en el colegio la conoce, por eso no sabía cómo se llamaba.

–Pero, ¡qué pena por ella! –siguió la cabra metida de la Paula–, porque se va a quedar con las puras ganas de cantar no más.

–¿Qué sabes tú, enana? Esta cuestión es de la media y los cabros chicos no tienen nada que opinar.

–Para, Fede, igual la Paula tiene un poco de razón –volvió a hablar la Cata–. Con lo enrollados que están los del jurado, van a terminar cantando “Los pollitos dicen” –ahí se largaron a reír las dos.

¿Dónde estaba la gracia?

Ellas, sin importarles para nada lo enojado que estaba yo, siguieron riéndose.

–¡Tanto cuento por una cuestión tan fácil! ¡Cualquiera puede hacer una simple canción!

–Ya, entonces si es tan fácil, escríbela tú –le contesté a la Paula.

No quise seguir oyendo tonteras. Tenía muy poco tiempo y perderlo con las dos hermanitas “simpáticas” que tengo, no valía la pena.

Volví a mi pieza y, aunque me quedé con un poco de rabia, estaba tan urgido por escribir que se me pasó rápido. Estuve hasta tarde tratando de hacer una poesía que no fuera ni terrible de ñona, ni arrastrada o última de macabea. Estaba bien que yo fuera un poeta romántico, pero nunca tanto como para hacer puras cuestiones mamonas.

Apenas dormí pensando en ideas. De repente se me venía una, prendía la luz y la anotaba. Después cerraba los ojos y al rato me venía otra, y así estuve hasta que amaneció.

Llegó el sábado y todavía no tenía nada, así que tuve que llamar al Pelao para decirle que no podía ir al cine con ellos.

Sabía que estaba perdiendo como en la guerra al no conocer a esas niñas, pero algo más fuerte que yo me decía que mi lugar estaba en el silencio de mi pieza. Mala suerte no más con la inspiración que creí que me podía dar una de ellas. Ahora la tendría que sacar de no sé de dónde, pero esa tarde, solo necesitaba concentrarme a full para crear, crear y crear.

Una vez que me tragué la foca que me mandó mi amigo, volví a sentarme. Escribía dos palabras y miraba la hora. Después, dos más y de nuevo los ojos en el reloj. Así estuve mucho rato, hasta que decidí que lo mejor era sacarme la porquería, para no saber cómo pasaban tan rápido las horas y a mí no se me ocurría nada de nada.

La técnica tampoco me resultó.

La cuestión se estaba poniendo cada vez más peluda y yo me urgía y me urgía, hasta que sentí que me fui a negro total. Me paré para tranquilizarme y poder volver a pensar. Fue justo en ese momento cuando vi en mi mente un punto blanco, lejano y luminoso. No era otra cosa que la cara sonriente y buena onda de la Javiera.

Eso me hizo reaccionar y acordarme de que ella era mi amiga, que no podía fallarle, que aunque me quemara las pestañas, como le dice la Horte a la matea de la Cata cuando se queda estudiando hasta tarde, iba a escribir esa poesía o lo que me saliera para ayudarla.

Así pasó el sábado, llegó el domingo y las hojas seguían en blanco.

En la mañana me di veinte vueltas por la casa y en la tarde también, siempre esperando que me llegara la inspiración; pero tampoco, la maldita nunca quiso aparecer.

Finalmente a las doce y media de la noche, justo cuando estaba a punto de emprender la retirada con mi proyecto de poesía, como hacen los cobardes, se me hizo la luz.

¿Cómo no se me ocurrió antes? Obvio, más que obvio, lo que tengo que escribir, es exactamente lo que soy, lo que he vivido y lo que estoy sintiendo ahora. Eso hacemos los poetas, expresar nuestras emociones, dudas y todo lo que nos atormenta el alma. Entonces nacieron estos versos con mi máxima inspiración.

No más silencio

¿Qué mejor letra

para una canción,

que mostrar la fuerza

de mi vocación?

No más vergüenzas,

no más temor,

no más silencios:

Este soy yo.

II

Sin buscarla apareció,

una mañana al salir el sol.

La poesía necesitaba

a alguien como yo.

Alguien que,

a este mundo dormido,

le sacara la pasión

*que todos tenemos
cuando nos habla el corazón.*

Coro

Noches sin dormir.

*Noches despierto soñando,
con poemas, versos y rimas.*

Rimas y versos de amor.

La, la, lara, la, la (bis).

III

*Varias musas he tenido
que me han dado inspiración,
pero todas*

junto al viento

*han partido sin razón,
dejándome solo y perdido
en un mar de dolor.*

*Pero sabemos los poetas
que así son ellas:
no tienen compasión.*

IV

Esperanzas aún tengo

en el verdadero amor.

*Ese que llega sin permiso,
ese que da paz al corazón.*

*Sueño que algún día,
dos ojos bellos y una dulce voz,
den su permiso para amarlos
y entregarles todo lo que soy.*

Coro.

26 El maldito sobre

Terminé mi poesía y a los dos minutos sonó el despertador. Para no creerlo. Lo había hecho, había logrado escribir una canción para la Javiera. Estaba demasiado feliz y súper cansado también. Ahora venía lo segundo más difícil: entregar la canción y, obvio, esperar que la seleccionaran. Después podría relajarme y dormir con la consciencia tranquila por haber cumplido con mi deber de amigo.

Doblé las hojas y las metí en un sobre blanco de carta. Lo cerré bien cerrado con un poco de saliva, y además le puse scotch para estar seguro de que nadie fuera a abrirlo. Tomé el lápiz y escribí de lo más formal:

Sr.

Presidente del Centro de Alumnos: Diego Fernández

Canción para el festival: "No más silencio"

Autor: F.M.C

II medio C

Presente

Abrí la mochila y lo puse entre medio de los libros. Me vestí al toque y empecé a apurar a mis hermanas, que no entendían qué bicho me había picado que me quería ir luego. Por suerte que ni a ellas ni a mi papá se les ocurrió preguntar nada. Era imposible contarles que a lo mejor estaban frente al autor de la canción, que el colegio llevaba semanas esperando para representarlo en el Primer Festival Interescolar de la Canción y que, además, era posible que muy luego supieran que yo, su hermano –o para mi papá, su hijo–, era poeta.

Tampoco les mentí diciendo que tenía una prueba o una interrogación a primera hora, porque esa cuestión no me la creería ni yo.

Entonces me acordé de la cantidad de atrasos que tengo y de la amenaza que me había hecho el inspector.

–¡Apúrense!, que si hoy llego tarde me van a notificar y si tengo una más, me dijo el inspector, me voy cortado.

Parece que les di pena, porque en diez minutos ya estábamos todos en el auto. Respiré tranquilo, pero cuando íbamos saliendo, la porquería de portón, para variar, se trancó.

Como ya le conocemos la maña, entre los dos con mi papá lo empujamos las tres veces que el perla necesita para abrirse, pero como hacía mucho frío, el cachito se trancó y tuvimos que empujarlo más fuerte, hasta que por fin se hizo el simpático y nos dejó salir.

Durante el viaje hice lo posible para que no se dieran cuenta de lo nervioso que estaba. Mi idea era llegar temprano para que nadie me viera entregar el sobre en la secretaría. Por eso, cuando mi papá paró frente al colegio, me hice el educado y dejé que se bajaran mis hermanas primero. Después, para hacer tiempo y que salieran del auto luego, hice como que me costaba bajarme y dejé que se me cayera una de las muletas y la parca, pero con el tremendo show, también se cayó la mochila. Lo que no calculé fue que mi papá es papá y al verme tan complicado, le tocó la bocina a la Paula para que se devolviera y me viniera a ayudar.

–¡No, papá!, déjala –le dije haciéndome el todopoderoso.

Ya era tarde, la Paula estaba ahí. Haciéndose la simpática conmigo solo para aparentar, me recogió las cosas.

Mi táctica había fallado. Pero no importó mucho, porque cuando llegamos a la puerta le dije que ya estaba bien. Le di las gracias y dejé que se fuera a su sala.

Avancé más que rápido donde la secretaria. Tenía que entregar el sobre antes de que empezara a llegar la gente.

Me paré delante de su escritorio y de lo más educado la saludé.

–Buenos días, señora Lucía.

–Buenos días, Federico. ¡Qué sorpresa verte a estas horas por aquí! ¿Necesitas algo?

–Eh, sí, es que... le traigo uun, uun, uun...

–¿Un qué? –trató de ayudarme, porque de puro nervioso para variar me había puesto tartamudo.

–Uun, uun, so, so-so-bre... –le contesté más torpe todavía.

–Bueno, no hay problema y ¿para quién es el sobre?

–Papa, papa, papara... Die, Die, Diego, Fefer, fefer, nández –le dije como pude.

Entonces abrí la mochila y separé los libros para tomar el sobre. Pero..., no estaba, no estaba y no estaba. ¿Cómo?, ¡yo lo había dejado ahí! Empecé a transpirar. Las piernas se me pusieron de lana. Las manos, aparte de empapadas, me tiritaban tanto que no podía sacar las cosas, así que ahí mismo, arriba de la mesa, di vuelta la mochila completa.

La secretaria me vio tan desesperado que dejó lo que estaba haciendo y se puso a buscar conmigo.

Revisamos cuaderno por cuaderno, libro por libro, pero no había caso; el maldito sobre con mi obra maestra, había desaparecido.

–Quizás se te quedó en la casa –trató de buscarle una explicación la señora Lucía para tranquilizarme; pero yo ya no estaba tartamudo, estaba completamente mudo.

Mientras ponía las cosas otra vez en la mochila, traté de recordar todos los pasos que había hecho, desde que cerré el sobre en la mañana, hasta que entré a la oficina, pero las imágenes se me confundían.

Estaba más que seguro, segurísimo de que lo había dejado entre los libros.

¿Dónde estaba el maldito sobre? Para más remate como había escrito a mano no tenía otra copia, entonces si no lo encontraba ¡chao con ver a la Javiera feliz! y ¡chao con contarle al mundo que había nacido un nuevo poeta!

¡Chao, chao, con todo chao!

En verdad, me dieron ganas de llorar con las mismas ganas de esa vez cuando era chico y se me perdió una caja llena de láminas del álbum *El Salvaje Mundo Animal*. Nunca supe qué pasó con ellas, pero para mí fue como haber perdido un brazo o un ojo.

Ahora había perdido mucho más que eso.

Sentí el timbre. Tomé mis cosas, levanté la cara junto con las cejas y con una semi sonrisa me despedí de la secretaria, porque todavía no me salía la voz.

Habría llegado a la sala arrastrando los pies, pero ni siquiera eso pude hacer, porque con las apestosas muletas, solo se avanza saltando.

Las tres primeras horas no existieron para mí. Seguía dándole vueltas en la cabeza a todo lo que había hecho, pero nada. De repente se me ocurrió que si lo escribía en orden, quizás descubriría dónde estaba el desgraciado.

1.- Escribí toda la noche.

2.- Puse el punto final.

3.- Sonó el despertador.

4.- Doblé las dos hojas.

5.- Las puse en un sobre blanco.

6.- Pasé la lengua por la parte de atrás.

7.- Le puse scotch.

8.- Escribí el nombre de la canción, mis iniciales, el curso, etc.

9.- Abrí la mochila.

10.- Puse el sobre entremedio de los cuadernos.

11.- Cerré la mochila...

¿Cerré la mochila?, ¿la cerré?, ¿la cerré?!

¡Noooooooooo! No la cerré.

Hasta ahí no más llegó mi lista. Si la mochila había quedado abierta, quería decir que el sobre se había caído. Pero, ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿lo habrán pisado o alguien inteligente lo recogió?

Cerré los ojos para que las imágenes volvieran como en cámara lenta.

¡Ya sé!, grité sin darme cuenta de que Sanhueza estaba haciendo una pregunta. Ya sé, seguí pensando. Tiene que haberse quedado a la bajada del auto, o camino hacia la oficina de la secretaria; pero no pude seguir imaginando las escenas porque el profesor me interrumpió.

–¡Qué bien, señor Martínez!, ¡por fin sabe algo! Somos todo oídos. Díganos entonces, ¿cuándo y para qué se usa el número Pi?

¡Qué se yo! No tenía idea que los números se usaran para algo que no fuera sumar, restar y todas esas latas.

–¿Qué, cuándo se usa? –le pregunté, porque pensé que con lo poco concentrado había entendido mal.

–Sí, ¿cuándo usamos el número Pi?, Federico, Pi, Pi.

¡Usamos, era mucha gente, entonces tenía que ser una de esas fórmulas que le fascina al profe.

–Estamos esperando –me presionó.

Miré al Choclo para que me soplara, pero el pobre no pudo hacer nada, porque Sanhueza estaba parado delante de su banco.

–Eh, eh, el número Pi ees, esss.... eee es –vuelta a tartamudear, pero tenía que seguir no más, mientras se me ocurría algo, hasta que me iluminé. Respiré para poder hablarle y le dije que esa cuestión era lo mismo que decir “partes iguales” para que sea más corto escribirlo.

–¿Me está tomando el pelo? –gritó con todo Sanhueza.

–No, no. Es que las letras también nos ayudan en matemáticas– ocupe el “nos” para seguirle la onda.

Ahí todo el curso se largó a reír, menos yo y Sanhueza.

–¡Tome sus muletas y desaparezca de mi vista! –me echó mirándome con odio–. Pero esta vez no se las va a llevar peladas, Martínez. Cuando termine el recreo lo quiero en mi oficina y verá lo que es reírse de sus mayores.

No le había achuntado para nada, pero salir de la sala fue lo mejor que me podía pasar, así tendría tiempo para recorrer el colegio buscando el sobre.

Me empecé a dar vueltas, mientras pensaba en qué iba a hacer si no lo encontraba. En esa sonó el timbre y todos los cursos salieron a recreo.

Seguí mirando el suelo. De repente vi un par de muletas que se me acercaban. Era la Javiera que venía caminando como nunca de rápido a contarme la noticia.

–¡Fede, Fede, parece que ya tienen una canción! –me dijo aceleradísima y con una sonrisa de oreja a oreja.

–¿En verdad?, ¿cómo supiste? –quise saber, disimulando el dolor de guata que me dio pensar que todo lo que había hecho, no servía para nada.

–Porque recién me encontré con Vidal, el secretario del centro de alumnos. Parece que hoy en la mañana, alguien les dejó un sobre con la letra de una canción bacán. Según ellos, la mejor que han leído.

–¿Un sobre?, ¿de qué color?

–¡Qué sé yo!, ¡qué importa! –me contestó, apurada.

–Y ¿quién la escribió? –le pregunté con más dolor de guata y sin querer saber la respuesta.

–No saben, solo tenía unas iniciales, pero como dice II medio C, debe ser de tu curso. Así que cuando termine el recreo van a ir a la sala a preguntar.

–¿A mi sala? –ya no me dolía la guata, simplemente no la sentía, ni la guata ni nada. El cuerpo se me había congelado.

¡Ahí estaba! ¡Ese era mi sobre!

–¡Estoy demasiado feliz!, aunque todavía no la leo, debe ser buenísima para que les haya gustado tanto. ¡Ah!, también me dijeron que hoy mismo hay que empezar a ponerle la música.

Sonó el timbre.

–Me voy, después te cuento qué onda.

La miré irse tan contenta que hasta juraría que la vi caminar sin apoyarse en las muletas. Le volvieron a brillar los ojos y los dientes se le pusieron mucho más blancos. Si hasta el pelo le cambió de pura felicidad.

Me di vuelta para ir a la oficina de Sanhueza, dispuesto a recibir las penas del infierno, pero ya daba lo mismo lo que me pasara.

27 F.M.C

Después de que se fue la Javiera, caminé feliz a la oficina de Sanhueza, pero no alcancé a llegar a la puerta, porque Diego Fernández me paró en el pasillo.

–¿Te estaba buscando, Martínez! –dijo.

Aunque ya sabía por qué quería verme, igual puse cara de perdido por si acaso.

–¿A mí?, ¿por qué?

–Para saber si tu segundo apellido es Castro.

–Eh... sí, eh... sí, Martínez Castro, ¿por qué? –se lo confirmé con la cara de pregunta.

–¡Eres seco! –se acercó y me dio un tremendo abrazo–. Al principio creímos que era la Fran Marín, de tu curso, pero ella nos dijo altiro que no había escrito nada, que además su segundo apellido era Torres y que la única posibilidad que quedaba eras tú: Federico Martínez Castro, o sea F.M.C, el autor de la letra que nos llegó hoy.

–Sí, ese soy yo –esperé un poco y le dije la verdad–. Yo les mandé un sobre con la canción; bueno no yo, no sé quién porque en la mañana lo traía y se me cayó.

–Ya, no importa eso, lo importante es que nos llegó.

Igual fue raro confesárselo así como así, pero mi suerte ya estaba echada y no me quedaba más que aperrar con ella.

–¡Nadie de tu curso tenía idea que escribías!

–Es que, es que..., era un secreto.

–¿Secreto?, ¿por qué? si eres seco –volvió a repetirme.

–¡Eh!, por nada... –no me iba a poner a explicarle a él cuáles eran las razones–. ¿Les gustó lo que escribí? –le pregunté inseguro todavía.

–¡Es brígida! ¡Está bacán!

Quise saber cuándo se la iban a entregar a la Javiera y si le iban a decir quién era F.M.C, pero no alcancé, porque él mismo, como adivinando mis pensamientos, me respondió:

–Lo único que nos falta ahora es avisarle a la Javiera, la nueva, la del II°B, la niña que va a cantar, la... –lo paré, porque si seguía con las descripciones, me iba dar hasta el número que calzaba o de qué color tenía los ojos. ¡Como si yo no supiera que los tiene verdes con manchitas café claro!, además, que cuando está contenta se le ponen brillantes (me dieron ganas de decirle).

–Sí, ya sé quién es. Y, ¿le van a contar que fui yo el que la escribió?

–Obvio. La cuestión es que tienen que empezar hoy a ponerle la música con el profesor Hugo. Y a partir de mañana o pasado, darle full a los ensayos. ¡Ah!, otra cosa, Martínez, yo que tú hablaría con ellos por si necesitan hacerle algún ajuste o cambio en la letra.

No tuve tiempo de decirle que ya lo había pensado, porque vi salir de su oficina al profesor Sanhueza. Venía rojo de rabia. Más bien, venía echando humo de rabia.

–¿Qué hace aquí, Martínez? ¿Me puede decir, qué parte de “lo espero en mi oficina después del recreo”, no entendió?

–No, señor, si yo entendí todo, pero es que...

–¡Empezamos otra vez con sus “peros” y sus “esques”! –me contestó bien golpeado.

–Profesor, no puede enojarse con el “astro” de las letras de este colegio –lo paró en seco Diego.

–¿De qué astro habla, Fernández?

–De que este compadre, así como usted lo ve, es el único alumno que ha podido hacer una canción digna de representarnos en el festival, señor.

–¿Escribir? ¿Usted? ¿No me diga? –se dio vuelta y me miró fijo, como no creyendo lo que oía–. ¿Es verdad eso, Federico?

–Sí, profesor.

–¿Pero de dónde y desde cuándo escribe canciones, Federico? –ahora no estaba rojo, ahora tenía cara de pregunta y el tono de voz harto más suave.

–No, canciones no, pero poesías –le recordé la conversación que habíamos tenido el año pasado, cuando le hablé de mi vocación de poeta y él no me pescó.

–Eh, sí, sí claro, ahora que me lo dice, algo me acuerdo –me contestó haciéndose el simpático.

–Bueno –nos interrumpió Diego– me tengo que ir. Pero profe, tranquilo, no siga; al revés, tendría que estar orgulloso de que en su curso haya un tremendo artista. Ya, Fede, de ahí hablamos. –Se despidió del profesor y se fue.

–Entonces tendré que felicitarlo pues.

–Yo creo, señor –volvió a mirarme fijo y como que no quería, pero sabía que era su obligación hacerlo y me abrazó.

–Por esta vez y como reconocimiento por su trabajo, lo liberaré del castigo. Pero por favor, Federico, no porque usted sea poeta se va a olvidar de los números y de las otras materias. Los poetas igual necesitan conocimientos y cultura, ¿lo entiende, verdad?

–Sí, profesor, no se preocupe –le contesté para que no siguiera dándome jugo con sus consejos lateros.

Me fui a la sala, y cuando entré, todos mis compañeros se pararon y empezaron a aplaudir y a gritarme cosas como: “¡Qué buena, Martínez! ¡Grande, Martínez! ¡Qué seco! ¡Eres una máquina!”

El Quique, el Pelao y el Guatón me felicitaron. No se rieron como yo pensé. Igual era raro que reaccionaran así, pero en una de esas, pensé, estos compadres para suerte mía habían madurado justo ese fin de semana.

Tengo que reconocer que ese detalle me sacó un tremendo peso de encima.

Las mujeres fueron súper buena onda también. Todas querían saber de qué se trataba la canción, cuándo la había escrito y si tenía más por ahí escondidas.

Les conté que en verdad lo que yo escribía eran poesías y que esa canción era una de ellas.

–¿Poesías?, pero ¿cómo poesías? –me preguntó la Florencia.

–Poesías, Flo. Versos, rimas, así como Bécquer, Huidobro, Neruda... –¿qué más podía decir?

–¡Qué filete, qué cuático! ¡Eres seco, Fede!

–*¡Amazing*, increíble, *you are a poet*, eres poeta, nunca, *never and ever*, jamás me lo habría imaginado! –dijo la gringa y después me dio un beso de lo más simpática.

Estábamos en eso cuando entró a la sala Jiménez.

Furioso por el manso escándalo que teníamos, mandó uno de sus típicos gritos y le pegó tan fuerte al pizarrón que no sé cómo no se rompió la mano.

–¡Silencio! ¡Silencio! –de a poco nos fuimos callando–. ¿Qué significa esto? –preguntó al curso, indignado.

–Es que Martínez es brígido, un astro, profe –le contestó De la Fuente.

–Sí, aunque no lo crea, es poeta y escribe bacán –se sumó la Maca.

–¡Hizo la canción que vamos a presentar en el Festival! –remató el Pelao.

–¿Cómo? ¿De qué hablan? –volvió a preguntar como si no hubiera oído, aunque se lo habían dicho clarito.

–¡Que Martínez es poeta, profe! ¡Poeta! –le repitió el Choclo, orgulloso.

No pudo disimularlo. Se quedó petrificado, con los ojos abiertos como platos y los labios apretados. Hasta que, haciendo un esfuerzo, me buscó en la sala, caminó hasta mi banco, me hizo señas para que me levantara y mirándome fijo me dijo:

–A ver, Martínez, ¿de qué están hablando sus compañeros? ¡Explíquese!

Lo hice y mientras escuchaba, se ponía cada vez más tieso y más blanco.

Cuando terminé seguía callado. Era la primera vez en toda mi historia escolar, que dejaba callado y para adentro a un profesor, y más a uno como el “perfecto” de Jiménez. Yo, su peor pesadilla, era el único que sacaba la cara por el colegio y además con una poesía escrita solo y nada más que por mí.

–Si es verdad lo que dice... –paró por un segundo– debo confesar que me ha sorprendido muchísimo. Jamás lo habría esperado de usted –me miró de arriba abajo tratando de encontrar por dónde me salía el arte–. Sin embargo, me gustaría leerla y luego hablar más sobre este asunto con calma.

Me dio la mano bien seco, después se devolvió al escritorio y como si nada empezó la clase.

Esta vez la hizo distinta. Habló todo el rato como un robot y varias veces lo vi mirando el reloj. Yo creo que lo único que quería era salir luego de la sala.

Para mí también esa hora se me hizo eterna. Afuera los dados estaban tirados y bien tirados. Me esperaban muchas cosas importantes. Una, hablar luego con la Javiera para ver su reacción. La otra, más heavy todavía, verle la cara a mi papá cuando supiera que tenía un hijo poeta.

Esperé hasta la hora de almuerzo, pero la Javi no estaba ni en el quiosco ni en el casino. Supe, por la Paty, que la habían sacado de clases para que empezara a trabajar con el profesor de música.

A la salida, le pedí al Quique y al Pelao que me acompañaran a la sala de música para ver al profe y a la Javiera. No me hicieron ningún atado, porque yo ahora era un poco “famoso”.

Ahí estaba con la guitarra en la mano y de lo más concentrada, mientras el profe tocaba el piano y escribía las notas.

Ninguno de los dos nos vio, hasta que al amermelado del Pelao se le cayó el celular y con el ruido pararon. Cuando la Javi me vio, pegó un tremendo grito. Puso la guitarra en una silla, tomó sus muletas y trató de pararse, pero se le cayeron las hojas al suelo. Yo corrí a recogerlas.

–¡Fede! ¡Qué onda la letra! ¡Te pasaste! Y, ¿por qué no me dijiste nada? ¿Cuándo la escribiste? –me hacía y hacía preguntas, pero yo me reía y la miraba.

–¡Excelente, Martínez! –aproveché de decirme el profe–. Aquí nos tiene haciendo lo mejor por su obra.

–Gracias, señor –un poco tupido con tantas felicitaciones, no quise que me diera la lata, así que fui al grano–. ¿Hay que hacer algún cambio en la letra? –les pregunté.

–No, nada, está perfecta, solo estamos buscando qué ritmo le calza mejor –me contestó la Javi.

–Ya, entonces no los molestamos más. Nosotros nos vamos y..., de ahí me la muestran.

Le di un beso a ella, la mano al profesor y salí con varios kilos menos encima. El próximo paso era llegar a mi casa y enfrentar la última y peor parte: contárselo a mi papá. Y saber si con eso, me podría sacar las últimas toneladas que me quedaban en la espalda y comenzaba a ser completamente libre.



28 La hora de la verdad

La única que estaba en la casa cuando llegué era la Horte, que hasta esa hora no sabía nada de lo que había pasado. La saludé como siempre para que no fuera a sospechar lo que se venía; y siguiendo con la misma rutina de todos los días me dijo:

–¡Fede, no dejes tu mochila tirada, súbela a tu pieza y tómate la leche!

–Ya sé, ya sé –le contesté, apurado.

Ese día le obedecí al toque. Ella me miró extrañada, pero como estaba ocupada no hizo ningún comentario.

Tuve la suerte de que mi mamá llegó antes que mis hermanas. Como ella ya sabía lo mío, le conté mi versión de lo que había pasado antes que lo supiera por las dos cachitos de hermanas que tengo.

–Mamá, quiero decirte algo.

–¿Es grave? ¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? –me tocó la frente y me miró los ojos urgida.

–No, tranquila, relájate, no estoy enfermo.

Oyendo eso se le quitó la cara de susto y se sentó mirándome a los ojos, lista para oír lo que yo tenía que decirle.

Le conté todos los detalles, como le gusta a ella.

–¡No puedo creerlo, qué fabuloso! ¡Qué bien, Fede! ¡Te felicito! Me siento muy orgullosa. Sé perfectamente lo que significa esto para ti. Pero más orgullosa estoy porque te atreviste a mostrar tu talento por una amiga –se paró y, tomándose la cara con las dos manos, me dio un beso en cada cachete–. Por tu papá no te preocupes, yo sé que no va a ser fácil para él, pero te aseguro que también se sentirá feliz de saber que tiene un hijo poeta. ¿Cuándo voy a poder leerla? ¡Me muero de ganas de saber qué dice!

–Mañana voy a tratar de sacarle una copia cuando vaya al ensayo, pero igual me acuerdo de algunas partes.

Le dije algunos versos y vi cómo se emocionó oyéndolos.

Estábamos en eso, cuando sentimos a la Paula abrir la puerta gritando como las locas.

–¡Mamá, mamá! ¡El Fede escribió una canción bacán! ¡Mamá, todos dicen que...!

Abrió la puerta de la cocina y al verme paró en seco. Se quedó con la última palabra en la boca y los ojos como plato.

–¡Ah!, ¿ya llegaste? –me dijo la enana apestosa.

–No, estoy allá todavía.

–¡Mamá! –no me miró más y siguió hablando como loro.

–Para, para, ya sé todo. Tu hermano me lo acaba de contar.

La cabra chica se puso pálida de pica por no haber sido ella la primera en repartir la noticia y, como le carga perder, empezó con sus comentarios infantiles.

–¿Así que tu canción es una de las poesías ñoñas que escribes?

–¡La ñoña eres tú! –le contesté.

–Paulita, ¿cómo tan pesada? En vez de hablarle así, felicítalo.

–¡Yaaa! ¡Felicitaciones, señor poeta! –tuvo que decirme obligada, aunque por la cara se notaba que igual estaba feliz por mí.

Una hora más tarde llegó la Cata y yo estaba más preparado para oír cualquier pesadez, pero lo increíble e insólito, es que fue todo lo contrario. Ella me dio un beso y un abrazo.

–¿Qué onda, hermanito? Te lo tenías de lo más guardado. Eres “el” tema del colegio. Todos dicen que tenemos muchas posibilidades de ganar con tu canción.

¡Uf!, respiré un poco más aliviado sabiendo que una parte de la familia ya estaba al día. Ahora faltaba solo la segunda y más brígida: mi papá.

Mientras lo esperaba me senté a escribir. Ese día sería una capítulo importantísimo en mi biografía, entonces ¿qué mejor que dejarlo plasmado en algunos versos?

Mi verdad

No es un pecado,

lo mío es vocación.

Las letras me hablan,

no puedo callar su voz.

Sé que no era tu sueño

tener un hijo trovador.

Pero te juro que yo,

seré de todos, el mejor.

Cuando oí la puerta sentí por un segundo que el corazón me dejaba de latir.

El momento había llegado y ya no podía arrugar. Tenía que saber pararme y hacer lo que tenía que hacer sin darle más vueltas. Total, en diez o quince minutos, cualquiera de mis hermanas o mi mamá le iba a ir con el cuento y eso sería mil veces peor.

“Esto lo hago más que como hombre, como poeta hecho y derecho”, me dije. Entonces bajé la escala dispuesto a aperrar con lo que viniera.

Mi papá estaba ahí, en la entrada, todavía con la chaqueta en la mano y leyendo unos sobres que había sobre la mesa.

–¡Hola, hijo! ¿Cómo te fue hoy?

–Bien, bien, papá, ¿y a ti? –tenía que parecer de lo más normal.

–Hoy como nunca tuve mucha pega y un millón de problemas.

Después de esa respuesta, por un segundo pensé que quizás tenía que esperar un poco más, porque si el pobre había tenido un mal día, ahora por mi culpa, también tendría una pésima noche, pero me arrepentí. Tenía que jugármela. Era ahora o ahora.

–Papá, eh..., es que tengo que decirte algo.

–¡No, no! No quiero saber ni de castigos, ni amonestaciones y menos que te expulsaron. Así que por favor, si es algo de eso, guárdatelo –me contestó sin mirar.

–Es que... no, no es eso, es...

–¿Qué pasa? –ahí dejó sus cosas en la silla y me miró.

–Lo que pasa es que hoy seleccionaron la letra de una canción que escribí para el Festival Interescolar de la Canción.

–¿Como la letra que escribí? No entiendo, ¿qué escribiste?

–En verdad es... es una poesía –lo dije y me quedé callado esperando que me cayeran las penas del infierno después de su reacción.

–¿Una poesía? ¿Que escribiste una poesía? ¿Tú?

Silencio. Me miraba y yo a él. Más silencio.

Chuta, aquí se arma. Si sigue callado es mejor que suba, pensé, que prepare mis cosas y me autoeche de la casa.

–¿Escribiste una poesía? –repitió–. Y, ¿es primera vez o ya lo habías hecho antes?, eso de escribir, digo.

–No, o sea sí –me confundí un poco porque no sabía qué pregunta contestar primero–. El año pasado descubrí que me gusta mucho escribir, eh, en verdad papá, más que escritor, soy poeta.

Ya, lo había dicho de una. Ahora solo tenía que oír el grito del destierro.

No hubo.

–¿Poeta? ¿Poeta, tú? –me miró moviendo la cabeza de arriba abajo –¿Qué sorpresa! Nunca me lo habría imaginado, pero ahora que me lo dices puedo entender muchas cosas tuyas.

Siguió parado sin dejar de mirarme y de mover la cabeza. No estaba enojado como me imaginé siempre. Tampoco saltaba de contento, pero podría decir que aparte de lo sorprendido, su cara tenía algo más, no sé qué, pero algo que no era malo. Después se me acercó y, sin decir nada, me dio un abrazo.

Entonces como lo vi en buena onda, aproveché de contarle lo seguro que estaba de mi vocación. Cuando la había descubierto y que había decidido hacer de la poesía mi profesión.

Oyó todo sin decir nada. Esperó un rato y después de que terminé, me dijo bien serio:

–Federico, hijo, de verdad estoy bastante impresionado con lo que me cuentas. Ser poeta es una gran cosa. Tener talento para expresar ideas, sentimientos y emociones a través de versos es realmente notable, pero no puedo dejar de decirte que como está el mundo hoy, ser poeta es solo un hobby. Por eso tienes que estudiar una carrera normal, una carrera como Dios manda. Eso no quiere decir que dejes de escribir; no, hazlo, hazlo siempre, pero lamentablemente es archisabido que con el arte no se puede comer ni mantener a una familia.

–Es que yo papá..., yo he pens...

Ahí me paró.

–No hablemos de eso ahora. Todavía eres muy chico, te falta mucho para tomar decisiones tan importantes –se dio vuelta y empezó a subir la escala. Ya iba en el tercer escalón, cuando se devolvió.

Con una sonrisa en la cara y poniéndome una mano en el hombro volvió a hablarme:

–Yo, a tu edad, también fui poeta. Mi sueño era serlo toda la vida, pero aquí me ves, siendo un ingeniero; y aunque nadie lo sepa, todavía me gusta de vez en cuando escribir algunos versos locos por ahí.

¡Increíble!, mi papá me había contado su secreto más guardado.

Ahí me quedé yo, parado, mirando cómo subía muy despacio la escalera.

La hora de la verdad llegó sin planificarla y en pocas horas había pasado. Podía estar totalmente tranquilo y en paz. No solo por los miles de kilos que logré sacarme por fin de la espalda, sino porque había conocido a otro papá. El hombre era como yo: un soñador, un poeta. Pero él había tomado una decisión distinta a la mía: él prefirió seguir en las sombras.

29 Cuenta regresiva

Tres días.

“Puedes estar tranquilo, Fede”, me dije cuando desperté, “las personas que más te importan, ya saben que eres poeta. O sea, has superado lo más difícil”.

Ahora solo me queda saber cómo nos iría en el famoso festival y si había valido la pena tanto atado. Si nos mandan a la casa o si el talento musical y literario sería por alguna vez reconocido.

Otra cuestión, menos difícil, pero igual de cacho, fue superar el tema de la operación al tobillo.

Me llevaron al último control con el doctor, que después de hacerme una radiografía, dijo que el hueso había soldado perfecto, pero que igual por algunos días tenía que andar con cuidado para no forzarlo.

Con eso ya podía estar tranquilo, sin embargo en el colegio no había nada superado; al revés, estaban todos nerviosos y pendientes del festival. Era el único tema que se hablaba en los recreos, en las clases, en el almuerzo y en los chats.

Casi todos los alumnos y también algunos profesores estaban súper confiados en que nos iba a ir bacán, pero yo, aunque no se lo dije a nadie, prefería esperar hasta tener el premio en la mano. No quería que me pasara lo mismo que a la selección chilena de fútbol, que a veces se sienten campeones al meter el primer gol del partido. Entonces de tanto creérsela, dejan de atinar y el otro equipo aprovecha esa tontera y no dejan al arquero chileno en paz. Ahí recién y justo a dos minutos de terminar el partido, tratan de darlo vuelta, pero como ya ha pasado la vieja, casi siempre se van para la casa echándole la culpa al clima, a la altura, a las lesiones, al público y hasta al perro que quiso entrar a la cancha y los desconcentró.

Tema aparte era el director del colegio. Para él, las competencias son una cuestión de vida o muerte, así que la Javiera y los demás que participaban tenían su permiso para faltar a clases y concentrarse solo en ensayar.

¡La suerte!, en cambio a mí, que mal que mal era el autor, nada de nada. Pero igual no me importó, porque todavía me quedaba la esperanza de que se arrepintieran y necesitaran cambiar algo de la canción.

Dos días

No hubo caso, seguían dejándome afuera. Nadie necesitó nada. El profe decía que las palabras calzaban perfecto; y la Javi, que así tal cual, era preciosa. Así que me quedé con las puras ganas de poder faltar a clases.

Pero mientras en los ensayos valía hongo, en mi curso pasé a ser el más popular. ¡Increíble!, todos me preguntaban cosas: que cómo se me ocurrían y si me inspiraba en algo o en alguien, que cuándo escribía y a qué hora, que si era verdad que los poetas son tan locos y puras cuestiones así.

Como yo ni loco les iba a hablar de mis musas, me corría metiéndoles cualquier chiva y ellos quedaban felices igual. Fue tanto, que el Pailón me calzó justo a primera hora cuando entré a la sala y corrió a pedirme que le escribiera una poesía. Yo como nunca más le había hablado, lo miré y seguí caminando porque encontré que ahora sí que se había vuelto loco. Pero él, como es catete catete, me siguió hablando sin parar y pidiéndome que por favor le escribiera. Antes de darme vuelta, pensé un poco.

“Ya me da lo mismo este chanta, total la Sofía desapareció de mi vida y no estoy ni ahí con él, pero igual lo voy hacer sufrir un poco”.

—¿Que te escriba una poesía? —le dije— ¿Estás loco?, jamás podría inspirarme en ti.

—No, Martínez, no es para mí, es para una niña que me gusta; porque si le entrego una poesía romántica, me va a pescar mucho más.

Le dije altiro que era un desubicado y que no entendía nada.

—¿No sabes que las poesías expresan lo que siente el poeta que las escribe y no cuestiones de engrupidores como tú?

Siguió y siguió. Hasta que haciéndome el importante y el bueno, le hice unos versos así no más y con eso, se quedó tranquilo.

Después apareció otro con la misma tontera. También traté de decirle que no, pero al final fue peor o más catete que Gálvez y me convenció.

Otro que se puso a la cola fue el Quique. Quería que le hiciera una a la Luzma. Traté de correrme, porque la sigo encontrando súper pesada, pero como él es mi mejor amigo, se la hice igual.

Cuando llegó el cuarto gil, me di cuenta de que cualquier cuestión que escribiera, a todos les gustaba. Entonces, me dije que sería muy tonto de mi parte no aprovechar este minuto de gloria que me estaba dando la vida, así que seguí no más escribiendo, total el amor es un sentimiento universal.

Crucé los dedos para que a los profesores no se les ocurriera pedirme nada, porque ahí sí que no tendría cómo sacármela, menos ahora que casi todos me están teniendo buena y que estamos en mitad del segundo semestre.

¿Qué hacía si el profe de biología me pedía una inspirada en las células o el de física en las ondas? Al único que quizás me resultaría hacerle el favor, sería a Villegas. Él alucina cuando habla de sus personajes favoritos de la historia, y eso lo encuentro bacán. Ya me veo inspirado en algún emperador, rey o hasta en el mismísimo Bernardo O'Higgins.

La cuestión es que para la mayoría de ellos, ya no era el mismo. Menos el amargado de Jiménez que todavía me mira con cara de duda, porque estoy seguro de que sigue pensando que soy un chanta y que mi poesía es una vulgar copia.

Sanhueza, en cambio, me preguntó recién algo de las rectas paralelas y otra cosa de los triángulos, que yo para variar no sabía; y en vez de retarme como siempre, me dijo que después del festival, cuando ya estuviera más tranquilo, repasara la materia... ¡PLOP!

Pero lo más importante no es lo que digan o dejen de decir los profesores o nadie, sino como quede la canción, que hasta ayer estaba filete. Si cuando estaban ensayando, todos nos pusimos a bailar del buen ritmo que le pusieron. Además, aparte de la Javiera en la guitarra, tres niñas de segundo hacen el coro y tocan instrumentos de percusión. Una, las maracas; otra, la pandereta y la última, uno que no sé cómo se llama, pero que tiene unas semillas que dan vuelta cuando las mueve. ¡Ah!, también hay un compadre de cuarto que le da el toque con un ukelele. Pero lejos la mejor, y no es por ser exagerado, es la Javi. Tiene una voz espectacular y es increíble verla con los ojos cerrados cantando inspiradísima.

En ninguno de los dos ensayos a los que he ido he podido conversar con ella, pero estoy seguro de que le gusta verme ahí, porque cuando le hago señas para saludarla y despedirme, ella se ríe.

Último día

A esas alturas, la mayoría del colegio no estaba ni ahí con las clases. Lo único importante era lo que pasaría al día siguiente; tanto, que en algunos cursos hicieron apuestas.

Ya no dejaron entrar a ningún alumno a los ensayos –bueno, excepto a mí–, para evitar que los artistas se pongan nerviosos y más esa tarde que era el último. Por eso cuando sonó el timbre a las 3:30 p.m., corrí lo más rápido posible a la sala de música, pero sin “forzar el hueso”.

Se notaba que todos estaban cansados y nerviosos, pero lejos el peor era el profesor Hugo. Los hacía

cantar y parar. Después, vuelta otra vez a cantar y a parar. Estuvo toda la tarde con la misma cuestión, hasta que por fin encontró que sonaba perfecto y dio por terminado el ensayo.

¡Menos mal!, pensé yo, porque al flaco del ukelele estuve a punto de tirarle un cuaderno para que se callara.

Mientras cada uno guardaba sus instrumentos, me acerqué a saludar a la Javiera.

–¡Les quedó espectacular la canción!, ¡demasiado buena! –le dije entero emocionado– ¡Está bacán el ritmo!

–Sí, yo también encuentro –me contestó mientras ponía la guitarra dentro del forro.

–A todos los que vinieron al ensayo de ayer les gustó caleta y, Javi, el Quique, que también es seco para la música, dice que es perfecta para un festival, porque aparte de que el coro es fácil de aprender, cuando uno la oye dan ganas de ponerse a bailar al toque.

Después de que dije eso, sin contestarme nada, bajó la cara y el pelo se le vino encima, pero ella no hizo nada para sacárselo.

–En verdad, hasta yo la bailarías en una fiesta y ¿tú?, ¿la bailarías?

Siguió callada mirando para abajo.

–¿Qué te pasa? –le pregunté sin entender por qué estaba así.

–Nada –me contestó. Ahora, apenas levantando la cabeza, empezó a meter las cosas desordenadas y con rabia dentro de la mochila.

–Javi, ¿a ti no te gusta? –el muy gil todavía no atinaba, así que seguí dándole más jugo–. Además apuesto que mañana todo el teatro va a bailar con ustedes –insistí con la tontera del baile.

Pero ella, nada. “¡Qué raro!, ¿qué le pasa?”, pensé cuando la vi sacar todas las cosas que recién había guardado. “¿Por qué se enoja?, si todo lo que yo le estoy diciendo es en serio, no son chivas. La canción no puede estar mejor, y mi intención es darle ánimo y buenas vibras, no ponerla más nerviosa”, porque eso pensé yo que tenía: tensión y nerviosismo.

Seguía sin pescarme, al revés. Entonces empecé a sospechar que en verdad le pasaba algo más grave, que no quería decírmelo y que yo tampoco sospechaba qué podía ser.

–Me tengo que ir. Tomó sus muletas y sin mostrarme la cara se puso a caminar rápido.

Para allá partí yo detrás de ella, pero en vez de quedarme callado y esperar que dijera algo, de puro aturdido, lento y desatinado, seguí con lo mismo.

–Tienes que estar tranquila, Javi. Yo sé que debe ser nervioso cantar delante de tanta gente, pero estoy seguro que vas a matar mañana. Ya lo veo, todo el colegio bailando con ustedes y... desp...

Ahí paró y antes de salir, por fin se dio vuelta, levantó la cara y me miró. Estaba llorando. Al verla, me callé al toque.

–Ya Fede, cállate, ya sé, ya sé que la letra es buenísima y que el profe le achuntó seco con la música, pero no es eso, es que, es que, me, me da... –volvió a bajar la cara.

–Pero, ¿qué?, ¿qué te da? –necesitaba saberlo luego.

Esperé un rato en silencio hasta que ella se enderezó, y secándose los ojos, me dijo:

–Lo que pasa es que a mí también me gustaría bailar esta canción y todas las canciones de los festivales y las fiestas, pero, pero, es que..., con, con estas cuestiones... –miró las dos muletas, después se levantó una y otra vez, llorando y dijo–: No puedo bailar.

Recién ahí atiné. Todo mal, todo muy muy muy mal. ¿Cómo no me di cuenta antes? ¿Cómo podía ser tan torpe? ¿Qué hacía, qué le decía ahora?, traté de pensar rápido.

–¡Perdona!, ¡perdona!, ¡no lo pensé, yo..., yo soy un idiota, un estúpido –no sabía dónde meterme–, por favor, no quise, yo no, no... ¡perdona!

–Ya, olvidate, relájate, tranquilo, te conozco y sé que lo dijiste sin querer. Es que a veces me da mucha rabia no poder hacer lo mismo que hacen los demás –volvió a bajar la cabeza un segundo–, pero después de un rato se me quita. Total no soy la única, otros también tienen enfermedades peores que la mía o les pasan cuestiones más heavy. Y a mí me tocó esto.

Terminó de secarse las lágrimas y de a poco recuperó su sonrisa.

Le tomé el hombro y le hice cariño en el pelo, para mostrarle que estaba arrepentidísimo de lo que había hecho, mientras pensaba que ella, una vez más, tenía toda la razón. Yo que tuve que usar muletas más de un mes y, aunque en ningún caso me puedo comparar con ella, conocí algo, casi nada, esa rabia de la que hablaba.

Salimos al patio; ella más tranquila, pero yo no tan relajado.

Cuando íbamos en la mitad, volvimos a hablar de otras cosas con la misma confianza de siempre.

Durante todo el camino a la casa seguí pensando en la tremenda desubicada que me había mandado. Pero de una cosa, solo de una cosa, no estaba arrepentido: que gracias a mi metida de pata, pude conocer más a la Javi, y eso me gustó mucho.

30 Primer festival interescolar de la canción

El teatro era enorme. Además, como llegamos temprano, pudimos ubicarnos en la mejor parte. Del colegio fueron casi todos los alumnos de media y también caleta de profesores; y en primera fila, el rector con toda su familia.

De a poco se fue llenando la sala. Mis amigos y yo, mientras esperábamos que empezara, nos dedicamos a mirar a los que entraban. En eso, el Guatón se paró de repente y medio tupido dijo que había visto a las tres niñas que invitaron al cine, esas mismas que me quedé sin conocer.

–¡Hey, Pelao! –dijo el tarro con más durazos– ¡Vamos a saludarlas!

–¡Ah, no, sí no!, obvio, al toque, compadre –le contestó él.

–Ya, Martínez, ¡párate tú también! Ya no tienes ninguna chiva.

Me habían calzado. Era verdad, para ellos no tenía ninguna chiva, pero yo no estaba ni ahí, con las amigas ni con nada, lo único que me importaba era el escenario y ver aparecer a la Javi con su guitarra. Estuve a punto de negarme, pero después lo pensé un poco. Por algo pasan las cosas, dice la Horte. Si por segunda vez tenía la oportunidad de conocer a esas niñas, entonces posiblemente una de ellas estuviera esperando que yo fuera su poeta y ella mi musa. Eso me motivó un poco, aparte todavía faltaba para que empezara el festival, así que fui con ellos.

No sé cómo se las arreglaron estos dos para ubicarlas, pero la cuestión es que dimos con ellas y me las presentaron, aunque con todo el ruido que había, apenas oí los nombres.

El Guatón tenía toda la razón. Las tres eran bonitas y muy simpáticas, nada de creídas ni tontorronas como otras que hemos conocido.

Fue imposible conversar con toda la gente y movimiento que había, por eso una de ellas propuso que saliéramos.

–Afuera venden bebidas, ¿vamos?

También la tienda estaba llena y no pudimos comprar ninguna cuestión. No nos quedó otra que sentarnos en la escala que iba al segundo piso del teatro, aunque tuvimos que pararnos a cada rato para dejar pasar a la gente.

Fui el último en ubicarme, porque ninguno me hizo un espacio por estar de lo más cancheros engrupiendo. Por fin uno se corrió y me senté al lado de la Camila.

–¿Es verdad que eres el autor de la canción que va a presentar tu colegio? –me preguntó, interesada. No era tan bonita como las otras, pero de todas maneras se notaba buena onda.

–Sí, yo fui.

–¡Qué seco!

–Nunca tanto –traté de pasar piola.

La Trini, así se llamaba la mejor de las tres, estaba sentada dos escalones más abajo mío, pero no sé cómo igual oyó mi respuesta y se dio vuelta al toque para hablarme. Yo con tanto ruido y más bien con el pensamiento en el reloj apenas le oí:

–... tiemp... qué... hac... ías?

–¿Ah?, ¿hoy día?, no sé –le contesté.

–¿El día?, ¿qué día, Fede? –me miró sin entender lo que le había dicho. Volvió a preguntar, y yo volví a no escuchar o en verdad a no querer escuchar– ...rte de ...bir ...ciones, ¿as guit... o algún ...mento?

–¿Ah?, ¿que el festival va a empezar en cualquier momento? –le pregunté urgido, miré la hora y, aunque no hubieran pasado ni cinco minutos desde la última vez que vi el reloj, me asusté-. ¿Qué hora es? –dije y me lo puse en la oreja pensando que quizás se le había acabado la pila.

Ella no me contestó eso, pero seguía tratando de hablarme, y yo seguía sin pescarla.

–Un cuarto para las ocho. Tranqui, compadre, tranqui –me golpeó la espalda el Pelao, pero no estaba para nada tranqui, al revés, cada vez me ponía más nervioso.

A esas alturas me daba lo mismo saber en qué colegio estaban, que curso o cómo era la canción que presentarían.

El tiempo no pasaba. Volví a preguntar.

–¿Irán a partir puntual a las nueve? –lo dije al aire por si alguno escuchaba, pero no, nadie me contestó.

–Fede –me habló la Camila otra vez, pero yo seguía igual de sordo–, ¿en... c... tro... ble que sas ...ta?

El Pelao se dio cuenta de que de nuevo no la había oído, así que me mandó una patada, levantó las cejas y con cara de chato me hizo señas para que le contestara.

Le hice caso porque le encontré toda la razón. La pobre no tenía la culpa de que yo estuviera en otra. Así que me paré, bajé los escalones, me senté al lado de ella y, poniendo cara de interés, le contesté:

–Ya, ahora puedo oírte mejor, ¿qué me preguntaste?

–Te estaba diciendo que encuentro increíble que seas poeta. Es raro que a nuestra edad a alguien se le ocurra escribir poesías. A mí me encantan, pero soy la única de mis amigas.

–¿En verdad?, ¿te gustan? –quedé para adentro con el comentario.

–Sí, las leo y a veces también escribo, pero como no son muy buenas nunca se las he mostrado a nadie, total las hago para mí, para desahogarme, y ¿tú?

–¿Yo?, eh... ¿yo?

Quedé, como dicen en las películas, en shock. ¡Insólito! ¡Esto sí que no me lo esperaba! La miré. Sí, era bonita, le gustaba la poesía, se notaba que no era tontorrón; es decir, hasta el momento, tenía casi todo para ser la mejor y perfecta musa, y ocupar el puesto que tenía vacante desde la Sofía. Pero algo me dijo que ahora no, que ese no era el momento, así que me hice el urgido y salí con la típica:

–Voy al baño y vuelvo.

¡Qué iba a volver! En vez de eso me fui a sentar a la sala.

Ahí, de puro cansado y nervioso, mientras esperaba empecé a quedarme dormido.

En ese rato soñé como diez sueños. Uno bueno y el resto puras pesadillas, como las que tuve antes de la fiesta que me invitó la Sofía.

Esta vez, el escenario se hundía y la Javiera desaparecía. Yo corría como loco y me tiraba de piquero para poder sacarla del hoyo, pero por más que intentaba no podía y la Javi se ahogaba. Después me fui quedando sordo y al rato ciego. No veía a nadie y menos a ella, entonces me ponía a gritar, pero tampoco me salía la voz.

Y así, todos satánicos, hasta que en el último pedacito de sueño, antes de oír cómo el teatro se venía abajo con los aplausos, estaba en un lugar enorme, lleno de gente, pero todos sin cara y con ropa negra. Yo trataba de avanzar buscando a alguien conocido, pero no veía a nadie, hasta que entre toda esa multitud, aparecía la Javiera vestida entera de blanco, como iluminada y feliz. Cuando me veía me hacía señas para que fuera donde ella. La gente no me dejaba pasar, aparte me decían puras cosas pesadas. De repente, oía su voz cantando. La gente reaccionaba al tiro, se corría y yo podía ir. Pero justo cuando por fin nos encontrábamos, sentí que alguien me zamarreaba.

–¡Ya, Fede, Fede, nos toca, nos toca!

“¡Nos toca, nos toca!”, seguí repitiendo yo mientras trataba de despertar.

Me senté bien y oí al presentador:

Colegio: Cuarto Centenario de La Florida.

Título de la Canción: “No más silencio”.

Letra: Federico Martínez.

Arreglo musical: Hugo Sepúlveda y Javiera Rodríguez.

Intérprete: Javiera Rodríguez.

El colegio entero se paró a aplaudir. Yo todavía estaba medio atontado, entre los sueños, el nerviosismo y la ansiedad.

Entraron al escenario. Ella se notaba de lo más tranquila.

Cada uno se ubicó en su lugar. La Javiera, en un piso y las muletas en otro. Se acomodó y tomó la guitarra. Después, miraron al profe que tocaba el órgano y él les dio la partida.

Se apagaron casi todas las luces y comenzó a sonar la música.

Nunca me imaginé lo que iba a sentir cuando partiera la canción. Aunque la hubiera oído miles de veces en los ensayos, eso era totalmente distinto. Jamás me había pasado nada parecido. Más que la letra, la voz de la Javi me hablaba y recorría todo el cuerpo. Primero sentí frío, después calor y por último, que no podía respirar bien.

Cuando le tocó entrar al coro, los instrumentos sonaron más fuerte y a mí me dio un ataque de motivación total. Sin pensar nada, me paré y me puse a cantar con todo, sin acordarme lo terrible de tarro y desafinado que era.



Al principio, el que estaba al lado mío me tiró el polerón para que no hiciera el loco, pero yo ni lo pesqué. Entonces, de a poco se fueron parando los demás, hasta que el colegio completo se puso de pie a bailar y a seguir la canción.

En la última estrofa, la Javi, por primera vez, cerró los ojos como lo hacía en los ensayos. No sé qué me pasó cuando oí de nuevo su voz, algo cambió totalmente en mí, sentí que me daba la corriente y del golpe los pelos de mis brazos quedaban electrificados.

31 Tercer lugar, segundo lugar, primer lugar y ganador

Cuando terminaron, el teatro entero se paró a aplaudir. Todos los que estaban sentados cerca mío me felicitaban y decían que nuestra canción era lejos la mejor. Era obvio que ellos pensarán eso, pero cuando vi que el resto del público también aplaudía, entendí que no lo decían por pura buena onda.

Vinieron dos canciones más y prendieron las luces. Los jurados se pararon y salieron de la sala para sacar cuentas y definir quiénes eran los ganadores.

Mientras esperábamos, la gente aprovechó de salir a hablar y a moverse. Ahí se me acercaron algunos profesores y el director. Todos estaban felices con lo hecho en el escenario.

En verdad a esas alturas, a mí, que ganáramos o no me daba lo mismo. Lo único que me importaba era ella, porque si eso pasaba, sabía que estaría demasiado feliz.

Total yo ya tenía el mejor premio que puede recibir un poeta: una poesía hecha canción y, además, cantada por la voz de alguien como la Javiera.

El Pelao y el Guatón otra vez se fueron a buscar a sus amigas. Me volvieron a invitar, pero les contesté que no.

Seguí sentado esperando que el animador subiera al escenario y diera el veredicto del jurado. Esa media hora se me hizo larguísima. Pensé de todo, que perdíamos y nos tiraban tomates, que ganábamos y nos tiraban flores, que nos descalificaban, que me acusaban de haber copiado la letra... Y así me la pasé hasta que volvieron a apagar las luces.

Como era súper obvio y típico de los animadores, para ponerle más suspenso empezó a hablar y a hablar. Dio las gracias y dijo lo de siempre, que las canciones y los grupos eran todos muy buenos, por eso a los jurados les había costado mucho decidir qué colegio era el

ganador. Agradeció a los de la iluminación, los del sonido y así dio y dio jugo, hasta que empezamos a pifiarlo. Todos queríamos saber luego los resultados.

Hasta que por fin atinó.

Se oyó una música fuerte, esas que ponen para darle suspenso a este tipo de cosas.

Más pifias y continuó:

–En este sobre tengo las tres canciones ganadoras y, en este, –mostró otro– las menciones honrosas y otras distinciones. Comenzaré por... –hizo tiempo y otra vez pifiamos.

Nombró a dos colegio que tenían el mejor arreglo musical y el otro el mejor intérprete. Todos aplaudimos. Los premiados subieron a recibir sus diplomas.

Por fin pescó el sobre de los ganadores.

Música.

Con el mismo tono y cara que ponen los animadores en el Festival de Viña, empezó:

Tercer lugar:

Colegio: Mar de los Zargazos de la Reina.

Título de la canción: “Celebremos”.

Letra: Cristián Peralta y Consuelo Merino.

Arreglo musical: Cristián Peralta y Consuelo Merino.

Interprete: Dúo C dos.

Se oyeron miles de aplausos de su colegio. Ellos subieron casi saltando al escenario a recibir los diplomas.

El teatro entero estaba en silencio esperando saber los demás lugares. Se notaba que no había ninguno que no se estuviera comiendo las uñas o sobándose las manos. Yo, aparte de esas dos cosas, respiraba cortado y sentía una espada en el estómago. Hasta que después de poner otra vez la musiquita, el latero del animador siguió:

Segundo lugar:

Colegio: Cuarto Centenario de La Florida.

Cuando oí eso, apagué tele. Me fui a negro y ahí mismo me quedé, mientras cuanto compadre existía me mandaba unos tremendos golpetazos en la espalda y en la cabeza.

El resto saltaba y gritaba sin dejar continuar al animador.

¡Buena, Fede! ¡Ídolo! ¡Salimos segundos, segundos!

–¡Silencio, por favor! –dijo el compadre arriba del escenario, pero ninguno escuchó.

Volvió a repetir muy serio que nos calláramos. Esta vez sí le hicimos caso.

Siguió con lo que faltaba.

Título de la canción: “No más silencio”.

Letra: Federico Martínez.

Arreglo musical: Hugo Sepúlveda y Javiera Rodríguez.

Intérprete: Javiera Rodríguez.

Entre lo emocionado, confundido, nervioso y de puro inculto, no supe que tenía que subir al escenario, hasta que entre dos me mandaron un gran empujón y, como era de esperar, me caí. Lo primero que pensé, antes de pararme, fue en el hueso del pie. A lo mejor con la caída se me había vuelto a romper y no podría caminar; pero igual, con hueso roto o no, me paré, noté que estaba perfecto y corrí con todo.

Ya estaban arriba del escenario el profesor, los del coro, el compadre del ukelele y, por supuesto, la Javi con la cara iluminada de pura felicidad.

El animador nos fue abrazando uno por uno, mientras recibíamos el diploma.

Yo todavía no reaccionaba. Estaba como flotando. No oía ni veía a nadie. Tampoco pude pensar. Lo único que logré hacer, fue volver a mirar a la Javiera. Ahí estaban sus ojos verdes con puntitos cafés, de nuevo brillantes y con una sonrisa que casi no le cabía en la cara.

Me bajé solo del escenario porque los otros tenían que volver con los demás participantes.

Cuando caminaba hasta mi asiento, la mayoría me fue saludando como si fuera un artista famoso.

“Aprovecha, Fede, este minuto de fama y gloria que estás viviendo”, me dije.

Nunca supe qué colegio ganó, porque con lo mío tenía más que suficiente.

Fue imposible encontrarme con la Javiera cuando terminó el festival. La gente no dejaba caminar, además era súper tarde y mis papás ya estaban en la puerta esperándonos a mis hermanas y a mí.

Lo primero que hizo mi mamá cuando me vio salir fue llorar. Después, no paró más de darme besos y decir que lo encontraba espectacular y muy merecido el segundo lugar. Mi papá, en cambio, un poco más tranquilo, pero igual muy emocionado, me dio un abrazo bien apretado.

–¡Felicitaciones, Federico! Estoy muy orgulloso de ti.

La Paula, para variar, llegó gritando y también me abrazó. La Cata, igual de amorosa, aparte del abrazo me dio un beso.

En el auto no paramos de hablar del festival, de las otras canciones, de cómo participó la gente y solo la Cata dijo algo de la Javiera:

–Oye, ¡qué brígido cómo canta tu amiga! ¡Se pasó!, es demasiado buena y... bien bonita.

–¿Por qué usa muletas? –le saltó el maní a la Paula.

–Porque nació con una enfermedad y las va a tener que usar siempre.

–¡Ah! –parece que se quedó tranquila porque no siguió preguntando.

–¡Tenemos que celebrarlo! –dijo mi mamá– Fede, ¿quieres que hagamos un asado mañana? No todos los días un miembro de nuestra familia escribe una canción y gana el segundo lugar. Mi amor, invita a tus amigos y a los cantantes también.

Con todo lo que había vivido, sabía que me iba a costar mucho quedarme dormido, así que ni siquiera me puse el pijama. Solo tomé un lápiz y me puse a escribir:

¿Cuándo iba a imaginar

que mis versos iban a gustar?

¿Que con una bella música

nos harían bailar?

¿Cuándo iba a imaginar

que los mismos versos,

una voz hermosa

los harían entonar?

32 Llegó sin permiso

Esa noche, aunque estaba súper cansado, no pude dormir. Cerraba los ojos y veía el teatro lleno de gente gritando y aplaudiendo. A la Javiera arriba del escenario demasiado feliz. A mis amigos, profesores y al resto del colegio, felicitándome por el segundo lugar.

O sea ninguna posibilidad de pegar un ojo.

Volví a preguntarme una y otra vez lo mismo:

¿Cómo me iba a imaginar yo, que después de casi dos años de haber descubiertó mi vocación de poeta y haberla mantenido en secreto, de un día para otro la mejor de mis poesías la harían canción y le darían el segundo lugar en un festival interescolar, donde participaron caleta de colegios?

Pensando en todo eso, estuve hasta que amaneció y justo cuando lograba por fin empezar a quedarme dormido, sentí a mi mamá hablar por teléfono con todas sus amigas y, como estaba en llamas, repitió mil veces la misma historia: que tenía un hijo artista, que había escrito una canción, etc., etc. Y a mí cada vez me daba más vergüenza oírla ponerle tanto color a la cuestión.

¡Amor de madre! Pensé yo y mi papá también.

–¡No seas tan exagerada, Mónica! –lo oí decirle.

Llamó a mis abuelos de Talca, para contarles. Yo sabía que la Pepa iba a estar feliz, en cambio el tata Julio, para nada. Los que sí estaban igual de chochos fueron los otros, sus papás, que además le ofrecieron traer un postre de regalo hecho por la Ita.

Por último, invitó a todos mis tíos y primos al asado de la noche.

Después entró a mi pieza con el teléfono inalámbrico en la mano. Lo tapó y, hablando despacio, me dijo:

–Fede, mi amor, perdona que te despierte –¡como si con tanto escándalo hubiera podido dormir algo!– la tía Meche quiere hablar contigo.

–¿Mi madrina? –le contesté, sorprendido.

–Sí, ella y el tío Raúl quieren felicitarte. Los llamé y no pueden creer que te dieron el segundo lugar.

“Bueno, yo tampoco”, pensé.

Esperó que colgara y me preguntó si ya había llamado a mis amigos para decirles lo de la celebración.

–No, mamá, ¿a qué hora?, si recién desperté –eso fue por decir–. Además, son las diez y por mucho que hayamos ganado, no pienso dejar que me manden la tremenda foca por llamarlos tan temprano. Pero tranquila, como a las doce lo hago.

–¡Ah!, acuérdate de avisarle también a tu amiga, la cantante, ¿cómo se llama?

–Javiera, mamá, se llama Javiera y obvio que le voy a decir, si por ella ganamos.

–Tienes razón. Ya, entonces –se agachó para darme un beso–, levántate y anda a la cocina, te preparé un desayuno exquisito.

El resto de la mañana me di un par de vueltas por la casa, hasta que fueron las doce. Al primero que llamé fue al Quique. Volvió a felicitarme y al tiro empezó con sus típicas tallas fomes.

–¡Buena, Martínez! Ahora invéntate otra para el festival de Viña y te firmo que te dan la antorcha o la gaviota de oro. Y..., ¿cómo te quedaría el ojo si además te postulan al Nobel?, ¿ah?

–¡Cállate! Y dime si vas a venir o no –le corté en seco las tonteras, si no todavía estaría hablando.

–¡De todas maneras, compadre!, no me pierdo la celebración de don Federico Neruda, jajaja...

El segundo fue el Pelao, después el Guatón, el Choclo y también llamé a Contreras, que me dio las gracias y me dijo que era seco. A la Fran y a otros cinco más del curso y, por último, a la Javi.

Cuando estaba a punto de marcar paré, porque de una se me vino el escenario, las luces medio apagadas, la cara de ella cantando inspiradísima con su guitarra y... y... esa voz que no podía sacarme de la cabeza. Todo eso fue suficiente para volver a sentir lo mismo que la noche anterior en el teatro. Primero frío, después calor. El corazón acelerado y, para más remate, las manos transpirando.

¿Qué onda?, ¿qué me pasaba? No entendía. Son puras tonteras mías, pensé y tomé el teléfono de nuevo. Pero imposible, otra vez paré.

¡Ya, Fede, llama, llama!, es tu amiga, ¿por qué tan nervioso?

Pero igual encontraba raro sentir las mismas cuestiones que cuando soñaba despierto con la Anita o este año con la Sofía, y eso me inspiraba. Ahora todo lo que me estaba pasando era más fuerte, pero no me calzaba para nada. Las otras dos habían sido mis musas, en cambio la Javiera siempre ha sido mi amiga, no mi musa.

Es verdad que con ella me siento cómodo, relajado y podemos conversar un montón de cosas, que la he ido conociendo cada vez más, que cuando la miro sé altoiro si está contenta o, por la expresión de sus ojos, si está triste. También sé lo que le da rabia y lo que la hace llorar.

Pero aunque estuviera así de confundido, igual tenía que llamarla. Entonces tomé de nuevo el teléfono y marqué.

–¿Aló? ¿Está la Javiera?

–Sí, ¿de parte de quién? –por la voz, parecía que era su hermana chica.

–De Federico –dije de lo más natural, aunque seguía con el mismo frío. Además me vino de repente esa típica puntada en la guata que también conocía de memoria.

–¿Tú eres Federico?, ¿el poeta?, ¿el que le escribió la canción a la Javi?

–Sí, soy yo –“¿el que escribió la canción a la Javi?”, me repetí en silencio, y al toque me pasó algo más raro todavía. Algo que no alcancé a entender, pero que de un segundo a otro me dejó peor que antes, más nervioso y confundido.

–¡Javi, Javi, Javi!, es Federico, apúrate –la oí gritar.

–¡Aló! –contestó de lo más relajada y tranquila. Pero yo, de puro tupido, me trabé y no pude hablar –¡Aló, aló!, ¿Fede? –repitió.

–¡Eh, sí, sí...aló!, ¿Javiera?

–¡Hola! ¿Cómo amaneciste?

–Bien, bien. En verdad no, no tan bien.

–No entiendo, ¿bien o mal?

–Es..., es que, no amanecí mucho, porque..., porque casi no dormí –le contesté como pude.

–¿En verdad? Yo tampoco. Cerraba los ojos y volvía a ver el teatro, la gente. Oía los aplausos y todo.

–Es que fue brígido lo que pasó ayer –silencio–. Oye..., oye, lo que pasa, o sea que..., te llamo, para... para invitarte a mi casa en la noche. A mi mamá se le ocurrió hacer un asado de celebración. ¿Puedes?, o sea... ¿quieres venir?

–¡Qué bacán!, de todas maneras voy. ¿A qué hora?

–Como a las ocho y media, nueve... ¡Ah!, Javi –ahí me acordé–, si quieres, pero si quieres no más, no es obligación, puedes invitar a los demás que cantaron. –Otra cuestión rara que me pasaba, ¿por qué lo dije?, ¿qué ridículo?, cuando se suponía que ellos también eran parte del cuento.

–¡Ya!, no sé, de ahí veo –yo creo que a ella tampoco la motivó mucho que vinieran.

Nos despedimos y corté.

El corazón se me volvió a acelerar, pero ya no tenía ni frío ni calor. Esta vez, empecé a reírme solo. Estaba feliz, súper feliz, aunque no supiera por qué, pero me sentía feliz al máximo.

Confundido y todo, traté de escribir algo, pero no hubo caso, ninguna palabra calzaba con la otra.

Imposible, no podía concentrarme en otra cosa. No podía sacarme de la cabeza lo que me había dicho la hermana chica de la Javiera:

“¿El que le escribió la canción a la Javi?” A cada rato volvía a verle la cara y a oírla cantar. Como no pasó nada con la escritura, me tendí en la cama, cerré los ojos y sin darme cuenta, empecé desafinado y todo, a cantar como si estuviera con ella en el escenario.

Lo estaba haciendo perfecto, hasta que terminé la última estrofa y paré. La repetí y de nuevo paré. A la tercera vez, sentí como si me hubieran tirado un balde de agua fría. No, no fría; para ser exacto, congelada.

¡Ahí estaba! ¡En mi nariz! Y yo, el muy barsa no lo había visto. ¿Cómo tan gil, tan pavo y ciego? Por fiurdo y amermelado me estaba pasando lo mismo de siempre, cuando no encuentro algo en la casa. Por más que busco, no hay caso, no aparece, hasta que llega la Horte o mi mamá y en dos segundo lo encuentran, justo al frente mío, justo, justo donde yo pasé veinte veces y no vi. Esto era exactamente igual, pero la que me había abierto los ojos esta vez era una niña, una inocente niña chica. Ella, de puro buena onda me mostró, sin darse ni cuenta, la verdad. La más pura y total verdad: los versos de esa estrofa, me los había inspirado solo la Javi, la que hasta ese día, hasta hace media hora, había pensado que era mi amiga.

Obvio, más que obvio, por eso era tanta mi felicidad, por eso los fríos, los calores, tanto transpirar y demás cuestiones raras. Por fin caía, por fin encontraba a mi musa. La Javiera y ninguna otra, era, como dicen los últimos versos de mi canción, el verdadero amor. Mi verdadero amor:

*Esperanza aún tengo
en el verdadero amor,
ese que llega sin permiso,
ese que da paz al corazón.
Sueño que algún día,
dos ojos bellos y una dulce voz,
den su permiso para amarlos
y entregarles todo lo que soy.*

Por fin entendía que así tenía que ser, que así debían ser las musas, no solo fantasías e imaginación, sino algo real, como es el amor de verdad. Nada con la tontera de salir a buscarlas por ahí. No, ellas llegan sin darse cuenta a transformarlo a uno; y así, justo así, la Javiera había llegado a mi vida. Finalmente descubrí que lo que sentía era paz, la paz que lo pone a uno más contento que no sé qué.

¡Uf!, ¿qué hacía ahora con esto?

Entonces de repente me acordé de la mañana en la que desperté con la seguridad total de que yo había nacido poeta y así me iba a morir. Con la misma certeza me dije que esta vez no iba a fallar. Esta vez, daría hasta mi vida, si era necesario, por lo que sentía.

¡Filo con las tonteras! Basta de perder y perder tiempo.

Me senté en la cama con la firme e inamovible decisión: le voy a pedir pololeo.

Estaba en ese momento trascendente, cuando oí la voz de mi papá.

–¡Fede, baja, ven a ayudarme con el fuego!

¡Qué lata! Pero tenía que saber ir, total la celebración era para mí.

Iba en la mitad de la escalera y chanté en seco, porque me empezaron a venir una tras otra las típicas preguntas idiotas:

¿Y si la Javi no está ni ahí con ser mi polola? ¿Y si le gusta otro, o me encuentra ñoño? Y si, y si... ¡No, no y no! Moví la cabeza para que las tonteras que estaba pensando se fueran. No voy a arrugar. No pienso arrugar. Lo hago y lo hago.

Mientras veía el fuego, también corrí las sillas y puse la mesa, pero en ningún minuto dejé de pensar en lo que iba a hacer ni en la decisión que había tomado.

–¡Ya pues, hijo! Por favor, concéntrate en lo que haces. Tres veces me has salpicado chispas en la camisa y si sigues así, voy a terminar siendo yo el carbón –me retó con toda razón mi papá.

Traté, pero no podía.

Por fin sonó el timbre. Era el Quique. Al rato llegó el Choclo, la Fran, Contreras y, junto con el Pelao, la Javiera.

La vi entrar y la vista se me fue de una a sus ojos verdes con puntitos café. Nos saludamos con un beso. Ahí, por un segundo me volvió a dar calor y algo de ese dolor de guata.

La llevé a la terraza, se la presenté a mis papás y le traje una bebida. Yo seguí saludando a los demás invitados que llegaban.

Todo el rato me preguntaban cosas de las poesías, de la canción y esas cuestiones. Estaba chato de contestar, pero mi voz interior volvió a aparecer y me dijo: “Federico, este es el precio de la fama, así que sigue no más”. Lo que sí, estuviera con quién estuviera, siempre la miraba, y ella a mí.

No sé cómo habrá quedado la carne, porque aunque yo era el festejado, entre tanto atender y servir, no alcancé a probarla. Solo me comí dos choripanes, pero esa noche la comida no fue tema para mí. Lo que sí, siempre me preocupé de que la Javi tuviera de todo.

Cuando terminamos de comer, la Cata se paró y fue a buscar una guitarra que no sé de dónde sacó. Se la dio a la Javi para que nos cantara la canción. Nuestra canción, pensé. Ella no se hizo de rogar, al revés, feliz la tomó. Le dio unos toques para afinarla y empezó.

No le saqué los ojos de encima. No vi ni oí nada más que su voz. Cantó tan bien o mejor que en el festival o cualquiera de los ensayos.

En la última estrofa, sentí que de nuevo se me paraban los pelos del brazo y en vez de ponerme nervioso y esas cuestiones, me convencí más todavía de que el sueño del que hablaba en mis versos, ese que compartimos los poetas, en mí se hacía por fin realidad. Pero necesitaba urgente decírselo a ella.

Aplaudieron con todo. Se acercaron a felicitarla por la voz, y a mí por la letra. Después mi mamá sacó la torta y yo tuve que seguir dándole tema a los invitados, hasta que por fin empezaron a irse.

Ella seguía sentada de lo más contenta conversando con mi hermana. ¿Cómo la sacaba de ahí para que la Cata no se diera cuenta?

Esperé por si acaso, pero nada. ¡Ya!, ¡qué importa!, me paré y fui a buscarla no más, total ya me daba lo mismo lo que pensarán.

–Javi, ¿quieres conocer la plaza que hay aquí en el condominio?

–¿La plaza?

–Sí, ¡vamos! –le contesté como si fuera una orden, pero no se dio cuenta.

–Ya –tomó sus muletas y me siguió.

Salimos.

La ayudé para que nos sentáramos en el pasto.

Al principio estaba tan nervioso que hablé, no sé de qué, pero hablé y hablé. Ella, como siempre de buena onda, contestaba todo y se reía. Por fin, conté hasta tres, respiré profundo y bien disimulado le tomé una mano. Nunca lo había hecho, pero como en las películas sale a cada rato, ya sabía cómo hacerlo.

No dijo nada, solo bajó la cara. Le encontré toda la razón, porque yo habría hecho lo mismo en su caso. Seguí pensando en los galanes de las películas, que en este tipo de situaciones la llevan y, haciéndome el que se las sabía todas, le hablé.

–Javi, yo, yo quiero, quiero... pedirte..., no en verdad, quiero decirte. –Ahí la película se me empezó a poner borrosa y me volví a trabar.

–¿Pedirme qué, Fede? –ahora era ella la que me miraba.

–Bueno, eh, pedirte que, que, o sea, que si tú quieres, a lo mejor... ser mi polola –¡Ya, lo dije!

Se quedó callada y vi cómo se le ponían los cachetes rojos. A mí se me acabó lo de galán, porque no supe qué hacer. En un segundo me pasé miles de películas: que una vez más me había mandado un pastelazo, que se iba a reír de mí, que me mandaría quizás a dónde, que... que... que. Por último, era obvio pensar que después de tanto silencio la respuesta sería no.

Me habría ido corriendo, pero los hombres no nos arrancamos, menos los poetas. Nosotros vamos con todo hasta las últimas consecuencias, aunque quedemos destruidos. Por eso yo me iba a quedar para oír lo que fuera, total el sufrimiento y la desilusión ya son parte de mi vida. Aunque, perder a la Javi fuera lo peor y más triste que me pasara, ya estaba jugado.

Finalmente me contestó:

–Fede, yo... sí, sí, sí quiero ser tu polola.

No podía creer lo que estaba oyendo.

¡Sí!, me había dicho que ¡sí!

La miré de nuevo y ella a mí. Si no hubiera sido muy desubicado de mi parte, habría pegado un salto.

Le hice un poco de cariño en el pelo y después en la cara.

Ahora venía la mejor parte de las películas.

Sin soltarle la mano, me acerqué, cerré los ojos y le di un beso en la boca. El primer beso de mi vida, el beso más importante de mi vida.

Volví a sentir igual de rápido el corazón. Sentí el mismo frío y el mismo calor, pero esta vez no fue para nada desagradable ni me asusté, al revés, estaba feliz, demasiado feliz. La risa me salía como de la guata y me llegaba hasta la boca. Ella también se reía con las mismas ganas.

La Javi ahora no solo era mi polola, sino que sería desde esa tarde, desde ese día que jamás se borrará de mi memoria, mi inspiración, la musa de mis sueños. La que entró sin permiso y me robó el corazón.